



La Cita
Millonaria

SUSAN HATLER

Table of Contents

[Opiniones](#)

[Libros de Susan Hatler](#)

[Página del Título](#)

[Copyright](#)

[LA CITA MILLONARIA](#)

[Para Ann Rego, Tammy Ramsey y Cassandra Bloom,](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Epílogo](#)

[Sobre el Autor](#)

[Libros de Susan Hatler](#)

“Me hizo sonreír por completo.”
— *Getting Your Read On Reviews en Una Cita Inesperada*

“Una Cita Inesperada es una publicación perfecta y maravillosa para un día estresante o loco.”
— *Cafè of Dreams Book Reviews*

“Susan tiene un don para los diálogos despreocupados desde el corazón y para describir la chispa que hay en la conexión entre Holly y Dave... ¡Hecha un vistazo a este delicioso bocado!”
— *Tifferz Book Reviewz en Una Cita Inesperada*

“¡Susan Hatler tiene un don para escribir libros que me atraen a partir de la primera página!”
— *Books Are Sanity!!! en Amor a Primera Cita*

“La Sra. Hatler tiene una forma de escribir diálogos ingeniosos que te hacen reír a carcajadas a lo largo de sus historias.”
— *Night Owl Reviews en Verdad o Cita*

Libros de Susan Hatler

La Serie: Cita para Rehacer

La Cita Millonaria

La Doble Cita Desastre

La cita de al lado

Cita al Rescate

La Serie: Besos junto a la Bahía

Cada Pequeño Beso

El Beso Perfecto

Tan Solo un Beso

El Beso Más Dulce

Un Beso de Navidad

Todo Sobre Aquel Beso

Siempre en un Beso

La Serie: Mejor una Cita que Nunca

Amor a Primera Cita

Verdad o Cita

Mi Última Cita a Ciegas

Salva la Cita

Giros de una Cita

Licencia para Citas

Conducida a Citas

Arriba con la Cita

Déjà Cita

Cita y Corre

La Serie: Sueños Preciados

Una Cita Inesperada

Un Beso Inesperado

Un Amor Inesperado

Una Propuesta Inesperada

Una Boda Inesperada

Una Alegría Inesperada

Un Bebé Inesperado



La Cita
Millonaria

SUSAN HATLER

La Cita Millonaria
Derechos de Copia © 2020 por Susan Hatler

Todos los derechos reservados. Sin limitar los derechos del autor, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por en un sistema de recuperación de información, en ninguna forma o por ningún medio (sea electrónico, mecánico, por fotocopidora, grabado o cualquier otro) sin el permiso previo y por escrito del propietario de los derechos de copia este libro. Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares, marcas, medios de comunicación y los incidentes, son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia.

Notas de licencia

Este libro electrónico tiene licencia sólo para su uso personal. No puede ser revendido o regalado a otras personas. Si desea compartir este libro con otra persona, por favor, compre una copia adicional para cada persona con la que compartir. Si está leyendo este libro y no lo compró, o si no fue comprado para su uso exclusivo, por favor compre su propia copia. Gracias por respetar el trabajo del autor.

Traducido del Inglés al Español por Raquel Górriz

Diseño de portada Elaina Lee, For The Muse Design
www.forthemusedesign.com

LA CITA MILLONARIA

**por
Susan Hatler**

Para Ann Rego, Tammy Ramsey y Cassandra Bloom,
que siempre estan ahı para mı.

Capítulo uno

Aceleré carretera abajo por el camino que llevaba de vuelta al centro de la ciudad de Sacramento con tantas emociones corriendo a través de mí que no podía decidir cuál de ellas era la más intensa. ¿Desesperación? ¿Daño? ¿Enfado? ¿Dolor? ¿Frustración? ¿Una rabia profunda y subyacente en contra de la injusticia del mundo? Cada cruda emoción rebotaba a través de mí como si fuera probando un poco de cada, como si fueran sabores de helado. Sólo que, ya sabéis, menos agradable.

Y, ¿cómo podría yo, Abigail Apple, decidirme por un solo sabor de helado?

Cuando la vida me repartía una mezcla heterogénea de sentimientos, los sentía en lo más profundo de cada rincón de mi ser. Pero aquella tarde no era divertido. Definitivamente no era nada divertido. Como no podía hacerme bola mientras conducía, liberé mis frustraciones con el acelerador de mi coche, presionando el pie con más fuerza contra el pedal.

Parpadeaba a través de las lágrimas calientes mientras el velocímetro subía. Cuando se piensa con el corazón, como yo, tiendes a sentir emociones a lo grande. Me limpié bajo los ojos, sorbí por la nariz y luego eché un vistazo a mi perro, Banana, que me miraba desde su sitio en mi bolso en el asiento del pasajero. Todas aquellas preguntas reflejadas en esos grandes ojos marrones me hicieron pensar si yo necesitaba un beso para estar bien o un feroz ataque de perro que protegiera mi corazón. La imagen de la última opción dibujó una sonrisa en mi cara. Banana era una mezcla de Chihuahua-Dachshund y no podía asustar ni a una mariposa.

El día había ido muy bien hasta hacía un cuarto de hora. El sol brillaba, que era parte de lo bueno de Sacramento, pero ni aún así. Tenía una cita programada para esa noche con un chico con el que había estado intercambiando mensajes de correo electrónico en plan coqueteo desde que se acercó a la tienda de mascotas que yo dirigía para obtener información acerca de la adopción de un perro. A pesar de que no lo había visto en persona, podía decir por su amabilidad y su humor que tendría una sonrisa dulce. ¿Y la mejor parte de mi día? Hacía veinte minutos que había estado jugando con cachorros. Así es, ¡cachorritos!

—Vas a llegar tarde a tu gran cita si no te vas pronto —me dijo Reagan al recoger un cachorro que había estado tomando el sol cerca del cuenco de agua al lado del granero.

Me encontraba rascándole la panza a un cachorro y vi a Banana persiguiendo a otro cachorro sobre la hierba que se mecía suavemente.

—Eh, ¿quién necesita un abrazo de un hombre cuando tiene los besos de ocho cachorros? —Le pregunté sonriendo a Reagan.

—Bueno, si te vas a quedar y sustituir tu cita por este lugar, voy a ir sacando las bolsas de recoger cacas y así puedes trabajar duro para ganarte esos besos —Reagan rió.

—Oye, ¿podrías decirme la hora? —Pisé algo mientras hacía un medio intento de sacudir parte del pelo de perro de mi vestido de verano azul, algo que sabía que era imposible. Tenía que darme prisa para llegar a casa y cambiarme antes de la cita pero no recoger excrementos de cachorro—. Lo siento, tengo que irme.

—Ya me lo imaginaba —Reagan negó con la cabeza antes de espantar el cachorro que

intentaba subir al cuenco de agua. Cachorro torpe.

—Es en serio, voy justa de tiempo. De lo contrario, me quedaría y ayudaría —le dije, y seguidamente llamé a Banana mientras Reagan me acompañaba hasta mi coche. Señalé hacia las colinas, los bosques de árboles altos y el cielo azul brillaba sobre el granero—. Sabes cuánto adoro este lugar. Tu refugio de perros es el lugar más perfecto que jamás ha existido.

Reagan vivía en una pequeña casa de una amplia propiedad y se hacía cargo del refugio de perros, el Refugio de Reagan en el granero (en el que vivían los perros), proporcionando a los cachorros la mejor vida posible hasta que fueran adoptados. Nuestra amistad comenzó aquel fatídico en el que conduje hasta el granero y encontré el amor verdadero en los ojos más grandes del perro más pequeño con el corazón más enorme. Obtuve un dos por uno con Banana y Reagan, algo que había sido el chollo de mi vida.

En cualquier rato libre que tenía entre salir con mis amigas y gestionar la tienda de mascotas, conducía hacia el sur de la ciudad para pasar buenos ratos en el refugio de perros. Ayudaba a Reagan a dar de comer a los perros, limpiarlos y jugar con ellos. El voluntariado era una fuente de pura felicidad en mi vida y con ello ayudaba a dar a los perros una segunda oportunidad que no tendrían sin Reagan y sin su trabajo desinteresado.

Todo ello hizo que lo siguiente que dijo Reagan me causara un gran impacto.

—Bueno, disfruta de este lugar mientras puedas porque no parece que esto vaya a continuar mucho tiempo —dijo.

Se me paró el corazón y me detuve junto a mi coche.

—¿Qué has dicho? —pregunté, segura de que había oído mal.

Ella suspiró y se pasó los dedos por sus mechones rojos cortos, levantando la cabeza para mirar a la cúpula perfecta de cielo azul brillante.

—¿Reagan? —le pregunté, tocando su brazo—. ¿Qué está pasando?

Su mirada se encontró con la mía y fue entonces cuando me di cuenta de la tristeza que se apreciaba en sus ojos, la caída de sus hombros y la pena en la forma en que ella se mordió el labio inferior. Oh, oh. Nada bueno.

—Probablemente vaya a ir bien. Es decir, tiene que ir bien. Pero... —Ella asintió con la cabeza hacia mi coche—. Deberías irte o vas a llegar tarde a tu cita con el guapo hombre misterioso. Trata de no preocuparte por mí y simplemente pasa un buen rato. Sé que has estado esperando esta cita.

Sin pensar, tiré las llaves tan lejos como pude entre la hierba alta que recubría el camino de grava que conducía a las afueras de la propiedad de Reagan.

—¡Abigail! —exclamó.

—Vaya —dije, fingiendo timidez—. Creo que podrías explicarme qué va mal mientras me ayudas a encontrar mis llaves.

¿Fue una idea brillante el tirar las llaves de mi único medio de transporte entre una maraña de malas hierbas y césped? Probablemente no. ¿Sería doloroso buscar entre las espinas de las flores silvestres dispuestas a lo largo del camino? Seguramente. Yo sabía que si llegábamos a encontrar las llaves y me las arreglaba para llegar a mi cita, probablemente él escaparía al verme y tener la impresión de que estaba con la varicela o el sarampión por todos los pequeños pinchazos de mis

manos. En pocas palabras, ¿había sido un poco impulsiva? Sin dudarle. Yo era Abigail Apple: había sido un montón de impulsiva.

Pero había funcionado.

Después de que Reagan me diera una charla acerca del sentido común y la practicidad y no ser tan terca, finalmente me reveló las malas noticias: el casero de Reagan no renovarían su contrato de arrendamiento.

Para una persona normal que viviera de alquiler la noticia sería un rollo. Significaría pasar horas en línea en busca de un nuevo hogar, jugársela con nuevos compañeros de piso y soltar un poco de dinero en pizza y cerveza para animar a tus amigos a que te ayuden a mover todas tus cosas. Sin embargo, para Reagan la noticia era un desastre total y absoluto.

No había otros alquileres de aquel tipo, por lo que tener que mudarse probablemente significaría el fin del refugio canino. Eso significaba que los perros de los que se hacía cargo se tendrían que ir a la perrera. Eso significaba que ese refugio para perros tan especial que era tan bueno y maravilloso y desinteresado llegaría a su fin.

No, no estaba siendo dramática. La noticia fue devastadora.

—¿Cómo puede hacerte eso? —pregunté.

Ella levantó su hombro.

—El valor de la tierra aquí se ha disparado con todo el desarrollo reciente y mi arrendador necesita sacar provecho. No puedo echarle la culpa. Ha sido generoso manteniendo un alquiler bajo durante tanto tiempo porque sabía de la buena obra que estaba haciendo en el lugar.

—Estás lejos de entenderlo —gruñí, separando un poco de hierba y encontrando únicamente suciedad y flores silvestres—. Estamos todos juntos en la Tierra, lo que significa que tu arrendador también tiene responsabilidad sobre cada uno de estos perros. De Hansel y Gretel y Tiny y Fido y Nemo y...

—¡Las encontré! —exclamó Reagan interrumpiendo mi discurso e ignorando mi sugerencia de que atacáramos la casa del arrendador exigiendo justicia. Nos dirigimos de nuevo a mi coche y ella guardó las llaves en el bolsillo, probablemente por temor a que pudiera lanzarlas de nuevo si ella no estaba de acuerdo con alguno de mis planes.

Levanté mi dedo en el aire.

—Podríamos llevar a los perros a su jardín y negarnos a irnos hasta que renueve tu contrato de arrendamiento por el mismo precio. Es un plan brillante. Tendrá que ceder.

—No, Abigail. No funcionará. Él tiene dos hijos que se irán a la universidad en otoño y tiene que vender.

—Oh, bien, si vas a ser así de racional con este tema... —Dejé escapar un suspiro, estrujándome el cerebro en busca de otra opción viable—. Podemos encontrar un apartamento en la ciudad con una terraza en la azotea y mantener en secreto los perros allí...

—Eso no funcionará, Abigail.

—¿Podríamos robar un banco? —Le pregunté, aunque sabía que era una posibilidad muy remota. No tengo traje de ladrona y después un mono naranja no me quedaría bien.

—Sí, sería estupendo atracar un banco. Eres muchas cosas maravillosas, pero no precisamente sigilosa. Además, ya sabes, todo el aspecto inmoral —Se volvió hacia mí cuando llegamos a mi

coche—. Ahora, voy a darte las llaves —dijo, pero retiró su mano cuando fui a alcanzarlas—. Eh, eh, eh. No tan rápido. En primer lugar, tienes que prometerme que no las utilizarás para conducir hacia un banco para robar dinero. ¿Aún mantienen los bancos mucho dinero en efectivo en la caja fuerte?

Puse los ojos en blanco.

—Sabes que no voy a robar un banco.

Ella entrecerró los ojos.

—Quiero escuchártelo prometer.

—Está bien, lo prometo —dije, dándole un gran abrazo mientras ella insistía en que nos gustaría encontrar una forma (legal) para seguir con el refugio canino. Prometí una lluvia de ideas para encontrar una solución. Seguidamente subí a Banana al coche, salté al asiento del conductor y salí a toda velocidad antes de que Reagan pudiera ver que empezaba a llorar.

No empecé a ir a gran velocidad porque estuviera cubierta de pelo de perro y suciedad y tuviera que correr hacia casa para asearme para mi cita a ciegas. No, yo iba a alta velocidad porque estaba molesta y triste y enfadada y frustrada y tantas otras emociones que finalmente decidí que no necesitaba definir como una sola. Sólo volcaría toda esa emoción en mi acelerador, algo que me hacía sentir bien.

El plan funcionó hasta que las luces rojas y azules destellaron en mi espejo retrovisor.

—¡No! Uf —Presioné la palma de mi mano sobre mi frente, dándome cuenta de que el policía quería que me detuviera. Yo, que no había recibido una multa desde que tenía dieciséis años y giré a la derecha en un semáforo en rojo (después de parar en primer lugar) cuando al parecer había un pequeño cartel que decía que no lo debía hacer entre las cuatro y seis de la tarde. ¿Cómo iba yo a saber que aquella señal de mala muerte estaba allí? Es decir, ¿podrían haberla hecho más pequeña? Probablemente no.

Una sirena sonó detrás de mí en un chillido agudo, haciéndome saltar en el asiento. A continuación, una profunda voz masculina resonó desde un altavoz indicándome que me detuviera. Puse los ojos en blanco.

—Ten un poco de paciencia, amigo. Acabo de ver las luces así que dame un segundo para que aminore. Ridículo.

Eché mi coche hacia el lado de grava de la carretera, apagué el motor y me dejé caer contra el respaldo de mi asiento. Tenía ganas de poner cara de pena, pero, ¿qué bien me iba a hacer de cara a una multa? Sería un detonante. Por lo tanto, me obligué espabilarme cuando el coche de policía se detuvo detrás de mí. Entonces cambié al modo «Lo siento mucho, oficial, por favor, no me ponga una multa».

Conforme el oficial de policía se bajaba de su coche, me sequé las lágrimas de rímel hasta que mis ojos color avellana quedaron básicamente libres de maquillaje y me puse un poco de pintalabios de color rosa. Eh, qué había de malo. Usé mis dedos como peine para alisar mi sedoso cabello oscuro hasta que oí un golpe en la ventana del lado del pasajero. Mmm., ¿qué estaba haciendo por allá y no en mi ventana? Bueno...

Bajando la ventana del pasajero, me tragué mi desgarrador dolor de corazón, mi abrumadora sensación de desesperación y las imágenes de los cachorros sin hogar que amenazaban con

traerme lágrimas frescas. Forcé una dulce, radiante y «no me pongas una multa» sonrisa.

—Buenos días, oficial.

—Permiso de conducir y de circulación —dijo el oficial.

Su falta de simpatía me arruinó el plan. Pero yo era Abigail Apple y mi encanto era imparable. Por tanto, me incliné hacia la ventanilla del pasajero, miré hacia el oficial, abrí la boca y de inmediato olvidé la frase cursi que había preparado. Oh, alucinante. El policía estaba cañón.

Aquel policía debía ser la definición de lo que se dice un hombre al que le queda bien un uniforme. Era alto, con un pecho ancho y un uniforme de color azul marino entallado que llevaba ceñido e impoluto. Sus ojos azules rivalizaban con el cielo y lucía su pelo rubio oscuro peinado hacia atrás sin un solo pelo fuera de lugar. De mandíbula marcada, nariz afilada y piel bronceada.

Sí, aquel oficial de policía era guapo. Muy guapo. La única forma en que podría mejorar sería rompiendo con la más pequeña sonrisa esa mirada de iceberg con la que me estaba mirando. Quiero decir, en serio, amigo. Yo le estaba mostrando una sonrisa de sobresaliente.

—Una vez más, permiso de conducir y de circulación, por favor —Él extendió la mano y de inmediato me estiré y puse la mía sobre la suya.

Sentí un hormigueo por mi brazo y de repente me vino a la mente la escena de una película en la que este policía cañón me sacaba de mi asiento y me llevaba en su coche de policía a contemplar el atardecer mientras sonaba *Can't Fight This Feeling* de REO Speedwagon a través de los altavoces...

—Permiso de conducir y de circulación —Repitió, sacudiéndome de mi sueño.

Parpadeé y miré fijamente hacia mi mano que descansaba torpemente en la de él. ¿Por qué no estaba apretando mi mano? Y entonces me di cuenta. Oh no. Aquel tipo no estaba cumpliendo el papel de mi fantasía romántica dándome la mano. No, en absoluto. Él sólo quería que yo le entregara mi información. Y no me refiero a mi número de teléfono. Oh, qué vergüenza.

Mis mejillas se encendieron y aparté mi mano.

—Disculpe mi error. Seguramente le pasen cosas así continuamente —dije, riendo un poco demasiado alto.

Paré de medio reír cuando vi que el oficial no se estaba riendo conmigo. Ni siquiera un atisbo de sonrisa. Oh, torpe de mí. No era un buen inicio de operación «perdóneme la multa».

—Mire, oficial... —Esperaba que me dijera su nombre, pero en cambio enumeró una serie de números. Mis cejas se juntaron—. ¿Es su número de teléfono?

—Mi número de placa, señora.

Vale, ¿tenía que llamarme «señora»? En serio. Yo tenía sólo veintiséis años y él no parecía mucho mayor que yo. Me salió una sonrisa vacilante. Buena pareja, Abigail. Tamborileé mis dedos contra la repisa de la ventanilla y miré hacia el oficial.

—De acuerdo, Sr. Mmm.

—Solo su permiso de conducir y de circulación, señora.

Me ericé de la frustración. El tipo era como un muro impenetrable.

—¿Iba un poco rápido o algo así? Si es así, no fue a propósito. Soy una excelente conductora.

—Veinticuatro kilómetros por hora por encima del límite de velocidad, señora.

Dejé escapar un suspiro, decidí intentar una táctica diferente.

—Siento mucho haber circulado un poco por encima del límite de velocidad. Me he distraído por mi perro durante un segundo y no tenía intención de ir tan rápido.

Saque a Banana de mi bolso y lo levanté para que lo viera el oficial. Yo sabía que hacer uso de Banana para que me perdonaran una multa era caer bajo, pero estaba desesperada. Nadie podía resistirse a esos grandes ojos implorantes y esas diminutas patas e impaciente colita en movimiento. Era humanamente imposible.

—Permiso de conducir y de circulación —dijo, y fue entonces cuando descubrí que aquel oficial de policía no era en realidad humano porque movió la cabeza para mirar más allá de Banana—. ¿Está admitiendo que, además de con exceso de velocidad, conducía distraída, señora?

—Mmm... —Dirigí a Banana hacia él una vez más. Es decir, tal vez sólo tenía muy mala vista. ¿Qué otra cosa podría explicar el fracaso de la magia de Banana? Finalmente, devolví a Banana a su sitio y agarré mi cartera de mi bolso—. Mire, oficial. ¿Existe alguna manera de que pueda hacer la vista gorda por esta vez? Ha sido un día muy duro y si pudiera pasar esto por alto me lo tomaría como una señal de que todavía hay bondad en el mundo.

—La ley es la ley, señora.

—Sí, pero usted es el que decide cómo hacerla cumplir —repliqué—. Podría mostrar un poco de piedad y comprensión. Ya ve, mi amiga me acaba de decir que va a tener que cerrar su centro de acogida canina y todos esos pobres perros no podrán contar con un hogar, algo que me rompe el...

—Permiso de conducir y de circulación, señora —Repitió como un robot sin alma, es lo que era claramente—. O voy a tener que pedirle que salga del coche.

Por alguna razón sospeché que no era para ponerme una mano en la cintura, dar una vueltecita a modo de baile, inclinarme hacia atrás y susurrarme que nunca le pondría una multa a alguien tan preciosa como yo. Pero, por alguna fuerza interior desconocida, logré mantener mi sonrisa mientras sacaba mi permiso de mi cartera. El nombre de Abigail Adams me miraba y me castigó a mí misma por no acudir a actualizar mi permiso legalmente cuando cambié mi nombre. Abigail Adams era la mujer que había prometido no volver a ser de nuevo: la mujer que solo pensaba con la cabeza y sin pasión, una infeliz abogada de Harvard.

En aquel momento, yo era Abigail Apple. Vibrante, divertida y una apasionada de la seguridad de los cachorros. Pero, ya se sabe, ir a tráfico es tan tedioso y se tarda tanto para todo. Así que, Abigail Adams viviría en el carnet de conducir durante un poco más. Entregué el permiso de conducir y de circulación al policía inhumano y me dejé caer sobre mi volante mientras él caminaba hacia su coche.

Miré a Banana, que movió la cola.

—No me puedo imaginar el tipo de chica que consideraría tener una cita con ese tipo —Negué con la cabeza aún a la par que observaba la parte trasera del oficial mientras se alejaba—. Yo no, eso seguro. Necesito a alguien con pasión y emoción. Como mi cita de esta noche.

Oh no. Mi cita.

Comprobé el reloj del salpicadero y me di cuenta de que apenas había tenido tiempo de pasar por mi casa para dejar a Banana con mi mejor amiga Hannah (que en aquel momento vivía en mi sofá estando en búsqueda de un lugar permanente para vivir) antes de dirigirme (dentro del límite de velocidad) a La Casa Flotante en el Viejo Sacramento para la cena. E incluso siendo la hora que era, probablemente llegaría tarde. Qué gran primera impresión iba a tener: sucia de trabajar fuera toda la tarde, cubierta de pelo de perro, el maquillaje corrido de llorar y agotada por las malas noticias que me había dado Reagan y la multa de RoboCop.

Miré como regresaba el oficial con mi permiso de conducir y de circulación (palabras que sabía que atormentarían mis sueños aquella noche) y, por supuesto, me puso una multa. Quizás él también fuera en secreto el arrendador sin corazón de Reagan. No me sorprendería.

—Pague la multa en la dirección o recúrrala en la fecha prevista —dijo, inclinando la cabeza hacia mí—. Conduzca con precaución.

—Que usted también pase un buen día —dije, observando cómo se iba sin decir nada más. Consideré darle la multa a Banana. ¿Funcionaría mejor «mi perro se comió mi multa» que mi perro se comió mis deberes? Ay.

Volví a adentrarme en la ciudad y rápidamente dejé a Banana con Hannah en mi casa antes de salir a la carretera nuevamente, consolándome con imaginar que mi cariñosa cita encontraría alguna manera de que me sintiera mejor en aquel terrible día. Sobre la base de los correos electrónicos que habíamos intercambiado, sabía que él lo entendería. Que estaría de acuerdo conmigo en que el guapo oficial, no, el no guapo oficial no tenía corazón. Él acariciaría mi mano y me diría que ponerme una multa estando yo bajo tal angustia era totalmente ridículo. Sería simpático y amable y me pediría un trozo de tarta de chocolate para consolarme.

Aparqué en el Viejo Sacramento y me precipité hacia el restaurante, haciendo una pausa en el espejo del vestíbulo para frotar restos de máscara de pestañas de debajo de los ojos y sacudir un poco de pelo de perro, asegurándome de que todo saldría bien porque ya nunca tendría que volver a ver a aquel oficial de policía.

Caminé hasta la zona de recepción, le di a la camarera mi nombre y el nombre de mi cita, y seguidamente me condujo hacia una mesa junto a la ventana trasera con vistas al río. Mi corazón latió de emoción al ver a un hombre ya sentado en la mesa, el hombre dulce con el que había estado intercambiando correos electrónicos y que finalmente iba a conocer en persona. Pero cuando llegué a ver mejor el aspecto de mi cita, mis pies se detuvieron y abrí los ojos como platos.

Sentado en la mesa estaba el policía cañón que me había puesto una multa, con un aspecto perfectamente cuidado con un traje a medida impecable y sin un pelo fuera de lugar. Mientras estaba allí boquiabierto ante él, él volvió su cabeza y su mirada se encontró con la mía. Se quedó quieto mientras lo asimilaba y luego muy lentamente las comisuras de su boca se elevaron.

Capítulo dos

Estando de pie en el restaurante con la boca abierta, me quedé mirando el robot sin alma que me había puesto una multa hacía unos veinte minutos. Mis emociones brotaron mientras meditaba si aquel individuo tenía seriamente la osadía de estar sonriéndome en aquel momento.

Sus labios se curvaron hacia arriba. Mirada vacilante. Sí, definitivamente estaba sonriéndome. ¡Tan enfurecedor!

Tal vez a RoboCop le hacía gracia verme de nuevo después de su evidente triunfo con su pequeño libro de multas. O tal vez le hacía gracia lo despeinada que iba gracias a que él había ocupado todo mi tiempo y yo no me había podido duchar (o usar un quita pelusas) antes de la cita. Lo que fuera. No me iba a quedar allí esperando y preguntándome razones. Obviamente estaba en la mesa equivocada.

Me di la vuelta, golpeando accidentalmente el menú de la mano de la camarera y enviándolo por los aires antes de caer al suelo haciendo un ruido sordo.

—Vaya. Lo siento. Estoy teniendo un mal día. Un día tan malo. Supongo que ya solo puede ir a mejor, ¿verdad? —pregunté, recogiendo el menú y entregándoselo a la camarera—. ¿Podemos ir por otro camino a mi mesa, por favor?

La camarera arrugó la frente.

—Su mesa está aquí.

Incliné la cabeza.

—¿Dónde exactamente?

—Allí mismo —Ella asintió con la cabeza hacia la mesa donde el engreído oficial estaba sentado (y sonriendo).

—Mmm, no. No-no-no —Negué con la cabeza, sabiendo que aquello no podría ser posible. La maravillosa cita que había estado esperando durante una semana definitivamente no podía ser con el policía sin corazón. El destino no sería tan cruel conmigo tres veces en un día.

Así pues, comprobé la mesa junto a él. Un grupo de seis hombres vestidos con trajes se encontraban allí sentados y mantenían una discusión que, en mi opinión, parecía dolorosamente aburrida. Junto a ellos, una mesa con una familia de cuatro personas que estaban discutiendo acerca de un panecillo. No, no era mi cita tampoco. Me estiré sobre puntillas para ver si había una mesa detrás de RoboCop, pero sólo había una ventana con vistas al río y el Puente de la Torre, iluminado por la luz menguante al caer la noche.

—No veo mi cita —le susurré a la camarera con la esperanza de que el policía no pudiera oírme.

—Justo ahí. Pelo rubio oscuro. Ojos azules. Músculos... —Su voz se apagó y le echó una miradita como si quisiera que fuera su cita—. El chico guapo.

—De ninguna manera —dije, sacudiendo la cabeza—. No puede ser mi cita.

—¿Por qué no? —preguntó ella, dando un paso más hacia mí—. Él es guapo y ha sido muy amable cuando entró.

—Es un robot —dije, señalando el defecto.

La anfitriona se echó a reír y luego se detuvo en seco al ver que yo no reía.

—Oh, no está bromeando... Bueno, él dijo que su nombre era Cooper Hill, que es el nombre de la persona con la que me ha dicho que ha quedado. Y él dijo que se iba a reunir con una mujer llamada Abigail Apple, que es su nombre. ¿Correcto?

Por un momento, consideré sacar mi permiso de conducir para mostrarle que era técnicamente Abigail Adams y salir pitando. Pero entonces un pensamiento me golpeó: el policía no sabía que era Abigail Apple cuando me puso la multa. Sólo nos habíamos comunicado a través de correo electrónico, por lo que no conocía mi aspecto. Él pensaría que yo era una cualquiera, por eso fue algo estricto. Pero, si él lo hubiera sabido, me hubiera indicado parar en el arcén igualmente pero no me hubiera puesto la multa.

Aclararía las cosas con él y seríamos capaces de compartir una bonita cena juntos. Era de esperar que algo bueno pudiera salir de aquel día. La camarera me acompañó durante la corta distancia hasta la mesa y el oficial mantuvo su mirada en mí a la vez que sus cejas se elevaban. Inmediatamente echó un vistazo a la habitación y dio un respingo cuando me detuve junto a la mesa.

—Disfruten de su cena —dijo la camarera con voz vertiginosa.

—Gracias —le dije, tratando de mantener la calma mientras me sentaba. La camarera dejó el menú, echando otro vistazo al policía. Sacudí la cabeza, sorprendida de que no me hubiera chocado la mano antes de marcharse. Por último, me giré hacia mi cita y sonreí.

—Hola, Cooper.

—¿Abigail Apple? —preguntó.

—Sí, esa soy yo —dije, sosteniendo mis palmas hacia arriba—. No te preocupes. Entiendo lo que ha ocurrido antes en la carretera —Hice una pausa por un momento, a la espera de lo que seguramente sería una sincera disculpa por su parte. Cuando se quedó en silencio, me encogí de hombros—. No sabías que era yo cuando me indicaste que me detuviera, ¿verdad? Es que todavía no he tenido tiempo de actualizar mi permiso de conducir. Por lo tanto, viste el nombre de Abigail Adams en lugar de mi nuevo nombre, Abigail Apple, y no pudiste asociarme al nombre. Mi nuevo nombre tiene una larga historia detrás relacionada con un árbol de manzanas y una crisis existencial y el deseo de cambiar...

Me di cuenta de que estaba divagando y me detuve, sintiendo mis mejillas calientes.

—De todos modos, la cuestión es que estoy segura de que hubieras sido algo más flexible si hubieras sabido que era yo cuando me retiré al arcén. De ninguna manera me hubieras puesto esa multa si te hubieras dado cuenta de quién era yo y que íbamos a tener una cita, esta cita, esta noche. ¿Correcto?

Se me quedó mirando mientras yo bebía agua. Pobrecito, debía sentirse fatal.

—Mira, por favor, no te sientas mal —insistí, levantando mi mano—. En realidad no es tu culpa. Fue sólo un malentendido. No te sientas mal, de verdad.

—No me siento mal —Me mostró una mirada de soslayo y una lenta sonrisa, sacudiendo la cabeza. Por último, dio unos golpecitos con los dedos en el menú—. Para ser honesto, si hubiera sabido que eras tú, te hubiera puesto la multa igualmente.

Me reí a lo grande. Mira, ahí estaba ese sentido del humor que me había atraído tanto a través

de los correos electrónicos que habíamos intercambiado antes de decidir proponer esta cita. Todo no era tan terrible después de todo. Era tan gracioso y le gustaba bromear. ¡Jajaja!

—Abigail, lo digo en serio —dijo, respirando profundamente—. Me siento obligado a ser honesto con ese tema. No me gusta mentir.

Mi boca se abrió por segunda vez en menos de diez minutos y me incliné hacia delante.

—Pero apenas me excedí de velocidad y acababa de recibir malas noticias y soy tu cita.

Él también se inclinó hacia delante:

—E incumpliste la ley.

Dejé escapar un suspiro.

—Apenas.

—Apenas por encima del límite de velocidad es también incumplirla.

Mis ojos se abrieron.

—¿Por encima es por encima? ¿Estás diciendo que me hubieras puesto una multa incluso si sólo me hubiera excedido un kilómetro por hora sobre el límite de velocidad?

—No te excediste solo uno —dijo con voz tranquila.

—Pero...

—Buenas noches —dijo el camarero, que apareció junto a la mesa con una botella de vino—. Soy Javier y les serviré esta noche. El caballero dijo que este es el vino favorito de la dama.

Eché un vistazo a la botella de Chardonnay que llevaba la marca de mi bodega favorita. Por un momento, empecé a derretirme de pensar que se había acordado de mi vino favorito por nuestro intercambio de correos electrónicos. Pero entonces recordé la forma en que me había entregado esa multa. La multa que me hubiera puesto igualmente aun sabiendo que era yo su cita. ¿Pero que le pasaba a ese tío?

El camarero nos sonrió.

—Ya puedo ver las chispas fluir esta noche.

Me eché hacia atrás y me crucé de brazos, Cooper hizo lo mismo y los músculos de su antebrazo se marcaron cuando lo hizo. ¿Cómo se las apañaba para estar tan cañón siendo a la vez tan molesto?

La alegre disposición del camarero cambió.

—¿Puedo ofrecerles a alguno de los dos una cata?

—Yo estoy muy bien con el agua —dije, estrechando los ojos mirando a Cooper.

—Yo también —dijo Cooper, manteniendo su mirada en la mía y un rostro inexpresivo.

El camarero vaciló, claramente sin estar seguro de lo que había ocurrido entre el momento en que Cooper había pedido la botella (específicamente) de vino y aquel momento. Por último, el camarero dejó el vino en un cubo de hielo sin verter una muestra para ninguno de nosotros.

—Bien entonces. Voy a informarles de nuestros especiales para esta noche.

—Sólo una ensalada para mí, gracias —le dije.

El camarero claramente no se esperaba que fuera a pedir de inmediato ya que sacó torpemente su bloc de notas. Chasqueó el bolígrafo y lo sostuvo en la mano.

—¿Y qué ensalada preferiría la dama esta noche?

Ni siquiera había mirado el menú.

—La que sea más rápida de preparar.

—¿De la casa?

—Maravillosa.

El camarero anotó mi pedido y se posicionó cara a Cooper.

—¿Y para usted señor?

—Me gustaría sopa de pescado.

—¿Una taza o un plato?

Cooper hizo ademán de mirarme antes de contestar.

—Taza.

Había tanto silencio entre nosotros que oí el trazo del bolígrafo del camarero mientras yo mantenía el contacto visual con Cooper. No iba a ser la primera en ceder. De ninguna manera.

—¿Y qué más para usted, señor?

Cooper ni siquiera parpadeó.

—Es suficiente.

Totalmente desagradable por su parte pedir comida rápidamente solo porque yo lo había hecho primero. Lo más molesto era que no podía dejar de comparar los ojos azules de Cooper con el color del cielo sobre el granero de aquella tarde pasada. Estaba tratando de indignarme, pero me encontré preguntándome si las manchas oscuras de sus ojos eran de color marrón o negro.

Cooper se mostraba inexpresivo y el tipo era obviamente tan terco como una mula, pero nada de esa molesta personalidad se reflejaba en su mirada. Su mirada era dulce y atractiva... Estrechó la mirada como si tratara de buscar imponer, pero apenas logró hacer que me diera un pequeño vuelco el estómago. Esos ojos me estaban volviendo loca.

—Está bien, bueno, será mejor que me vaya a dar orden de sus pedidos —dijo el camarero mientras se retiraba de la mesa como un excursionista que se acababa de topar con un par de pumas a punto de luchar.

Cooper y yo permanecemos en silencio después de que el camarero se fuera. Nos miramos fijamente el uno al otro desde nuestro lado de la mesa mientras el resto de gente que nos rodeaba compartía conversaciones. Contemplé marcharme, pero mis excesivamente estrictos padres me enseñaron a ser educada. Además, sabéis, mi estómago rugía.

—Puede que el tiempo pase más rápidamente si hablamos de algo —dijo Cooper finalmente. Lo consideré y asentí.

—¿De qué te gustaría hablar? ¿Normas de tráfico?

Se rió para adentro.

—¿En serio, Abigail?

—Vale —dije, dejando escapar un suspiro para que supiera lo poco de acuerdo que estaba con la concesión que estaba haciendo al continuar con aquella cita después de que me hubiera puesto una multa por exceso de velocidad, tanto si hubiera sabido que era su cita como si no. Así, así, tan grosero—. ¿Qué tipo de películas te gustan, Cooper? ¿Cadena perpetua? ¿La leyenda del indomable?

—Divertido —dijo, dibujándose una sonrisa en su cara.

Mi vientre se agitó de nuevo. Probablemente debería haber dejado que el camarero me sirviera

un vaso de vino. O tal vez la botella...

—Me gusta ver documentales —dijo, alcanzando su agua y tomando un sorbo—. Si están hechos con precisión.

—Interesante —mentí, porque aburrían. Los documentales son lo que uno se ve obligado a ver en la escuela cuando venía un maestro sustituto. Como estudiante buena y atenta, había sido la única que había aguantado despierta durante los documentales mientras los demás dormían, sobre todo porque mis padres querían que entrara en Harvard y allí no se dormían durante los documentales aburridos. Desafortunadamente.

—¿Y tú, Abigail? —preguntó mientras yo meditaba cómo de mal me estaba yendo en la vida para llegar al punto de pensar que una cita con ese hombre sería una buena idea.

Finalmente, me encogí de hombros.

—Tal vez sea un cliché, pero me encantan las buenas comedias románticas.

—Interesante —dijo, con todo el entusiasmo de alguien al que están a punto de sacarle las muelas del juicio.

—¿No te gustan las comedias románticas? —pregunté.

—¿No te gustan los documentales? —contestó.

—Para ser honesta contigo, me parecen más bien sosos —dije, suponiendo que era una manera más elocuente de poderlo decir en lugar de «son un auténtico coñazo, tío».

Él asintió lentamente, formándose una línea entre sus cejas.

—Bueno, a mí me parece que las comedias románticas son más bien poco realistas, demasiado sentimentales y, francamente, un poco sin sentido.

Deseé que Elle Woods y Vivian Ward le persiguieran en sueños.

—¿Mejor cambiamos de tema? —Sugerí, sonriendo a pesar de que estaba seriamente dolida. Además, tenía que parar de apretar los dientes o no tendría nada con que masticar en el momento en que mi ensalada de la casa llegara de cocina—. Enviaste un correo electrónico a la tienda de mascotas interesándote por la adopción de un perro y empezamos hablar de todo un poco excepto del hecho de que eres oficial de policía —dije, pensando que podría haber sido un dato interesante—. ¿Qué clase de perro estás buscando?

—Un perro que pueda ser bien entrenado —dijo, apoyando su mano sobre la mesa—. Uno que obedezca mis órdenes. Tal vez algo tipo pastor alemán.

Ah, que quería una miniatura peluda de él mismo. Podía imaginar a ese perro, probablemente llamado Límite de Velocidad o Normativa de Trafico o Sirena, ladrando a Banana por saltar en el sofá. Multa canina por aquí, multa canina por allí. Nada de ladridos después de las 20:00h. No se permite correr en la acera, solamente caminar. Entre Cooper y Límite de velocidad, probablemente Banana y yo terminaríamos en prisión cuando acabara el fin de semana.

—Mira... —Miré en dirección a la cocina y luego volví a mirar a Cooper—. Nuestra comida debe estar a punto de llegar así que vamos a «acelerar» esta cita, ¿de acuerdo?

Él asintió dando consentimiento y se echó hacia atrás.

Agité mi mano.

—Rollo de papel de baño. ¿El papel cuelga por detrás o por delante?

—Por detrás no tiene ningún sentido.

—Pero cuando lo pones por delante tienes que tirar del papel hacia abajo —me expliqué, a pesar de que era lógicamente obvio—. Y cuando lo tienes por debajo tienes que tirar de él hacia arriba y es un buen recordatorio para tirar de los que te rodean hacia arriba y no hundirlos hacia abajo.

Se quedó mirándome boquiabierto como si acabara de proponer la quema de todos los conos de tráfico en una hoguera gigante y lo celebráramos conduciendo alrededor del fuego haciendo círculos sin cinturones de seguridad a ciento cincuenta kilómetros por hora. Al menos esos grandes labios no estaban fruncidos. Pero me hizo anhelar verlo romperse en sólo una pequeñísima, diminuta, chiquitita, deshilvanada sonrisa.

Golpeé mi dedo sobre el mantel.

—¿Océano o montaña?

—Montaña. ¿Tú?

—Ambos.

—Eso no vale...

—¿Gatos o perros? —dije, manteniendo el juego en movimiento.

Su mirada se ensombreció.

—Un gato me mordió cuando era un niño.

Abrí mis ojos.

—No puedo imaginarme por qué.

Posiblemente pareciera que la animosidad humeante entre los dos era aun mayor cuando el camarero volvió con la ensalada de la casa y una taza de sopa de pescado. Dejó los platos como si estuvieran hirviendo y se alejó sin preguntar si alguno de los dos quería pimienta recién molida (probablemente no había querido correr el riesgo de quedarse más tiempo con nosotros).

Comimos en silencio amenizados por el sonido metálico pasivo agresivo de la cuchara o el rechinar del cuchillo. Si había un registro de tiempo récord en cenar en La Casa Flotante, sin duda alguna lo rompimos. Como foto final, los dos dejamos nuestros cubiertos al mismo tiempo y nos miramos el uno al otro, cada uno insistiendo a través del contacto visual que habíamos acabado en primer lugar.

Cooper era tan persistente que ni siquiera podía admitir que yo había terminado mi comida primero. O al menos asumirlo. Después de todo no había tenido ningún inconveniente en ponerme la multa. Me encontraba dispuesta a nombrar esa cita oficialmente como la peor de todos los tiempos, cuando por el rabillo del ojo vi a un hombre caminar hacia nuestra mesa acompañado de seis hombres trajeados. El hombre empezó a darse la mano con ellos y la mayoría de los clientes se volvieron hacia él, como si lo reconocieran. Eh.

—Oficial Hill —dijo el hombre mientras Cooper se ponía en pie—. Qué casualidad verte aquí.

—Buenas noches, Sr. Alcalde.

¿Pero era el alcalde de Sacramento?

Cooper se volvió hacia mí.

—Señor Alcalde, esta es mi... conocida, Abigail Apple.

—Hola —dije, estrechando la mano del alcalde y con ganas de preguntarle si podía

perdonarme una multa por exceso de velocidad. ¿Por qué Cooper conocía al alcalde?

—Hill, tenemos muchas ganas de saber qué organización benéfica ha seleccionado el comité para la próxima semana. Entiendo que será una decisión muy difícil.

El alcalde claramente no se estaba dirigiendo a mí, pero pregunté igualmente.

—Mmm... perdón, ¿seleccionar para qué?

El alcalde se dirigió a mí y esbozó una amplia sonrisa perfecta antes de decir:

—Se está llevando a cabo en la ciudad una campaña benéfica. El oficial Hill dirige el comité que seleccionará a la entidad sin ánimo de lucro que recibirá una donación—. El Alcalde volvió su atención hacia Cooper—. Estamos muy orgullosos de todo el intenso trabajo que estás haciendo...

—Donación, ¿económica? —pregunté.

La expresión del Alcalde reveló una ligera molestia cuando se volvió hacia mí tras mi interrupción.

—Sí —dijo, mirándome de arriba a abajo y pareciendo apreciar mi desastrosa apariencia—. El oficial Hill ha ayudado a recaudar cien mil dólares para donar a la entidad benéfica seleccionada por el comité.

Hizo otro movimiento para volverse de nuevo, pero yo le cogí por el brazo.

—¿Cualquier entidad benéfica? —pregunté.

—Sí, cualquier organización sin ánimo de lucro —explicó, pareciendo resistir el impulso de poner los ojos en blanco cada vez que le interrumpía—. Los requisitos de elegibilidad están en la página web de la ciudad.

Mi corazón dio un salto.

—Cualquier entidad como, por ejemplo, ¿una maravillosa protectora canina?

—Sí, sí, supongo.

¿Cien mil dólares? Estos mantendrían activa la protectora de perros de Reagan durante mucho tiempo, sin importar lo alto que el nuevo propietario tratara de fijar el alquiler. Cien mil dólares significaría que esos perros podrían quedarse en su casa: el sol y las colinas y la sombra de los robles y el cálido establo por la noche. Cien mil dólares para protectora de Reagan harían que aquel día fuera menos terrible. Podría incluso convertirse en un día no tan malo.

Me giré hacia Cooper.

—¿Y ya te has decidido por alguna entidad?

El asintió.

—Bueno, el comité y yo decidimos. Soy el presidente, pero cada uno votamos por la entidad que queremos que reciba la donación.

Me recosté en mi silla y reflexioné sobre la situación. Que Cooper estuviera en el comité era malo. Cooper siendo el jefe del comité era aun peor. Yo propondría la protectora canina de Reagan y él daría un golpe con su martillo (me lo imaginé con uno) y explicaría cómo había violado una norma una única e imperdonable vez. La protectora canina no tenía ninguna posibilidad.

El alcalde dio una cálida despedida a Cooper e inclinó brevemente su cabeza hacia mí antes de continuar hacia otra mesa.

—Me haré cargo de la cuenta si no deseas quedarte —dijo Cooper cuando se volvió a sentar—. No me importa.

Fingí confusión.

—¿Por qué no iba a querer quedarme?

Soltó una sonrisilla.

—Qué divertido.

Me di cuenta de lo sarcástico que había sonado teniendo en cuenta como había ido la noche hasta aquel momento.

—No, no —dije, tratando con todas mis fuerzas de que sonara sincero—. Puede que esto haya comenzado como una cita incómoda pero, ¿no son las primeras citas siempre un poco de esa manera? De hecho, creo que deberíamos darle una oportunidad a una segunda cita.

Estudió mi cara y yo sonreí de forma tan dulce como pude. Siempre me habían dicho que tenía una bonita sonrisa y quise mostrarla intensamente en aquel momento.

—¿De verdad quieres otra cita conmigo? —preguntó lentamente.

—Claro que sí —Junté las manos como si me emocionara pensar en la cita número dos en aquel momento.

Me miró receloso.

—Pero, ¿por qué? —preguntó.

Me reí, con la esperanza de que sonara auténtica.

—¿Por qué no, tonto?

Cooper negó con la cabeza, pero vi la sombra de una sonrisa mientras lo hacía. La curva ascendente de su boca me hizo sentir codiciosa. Yo quería una sonrisa más grande, una verdadera sonrisa, una sonrisa espontánea. Me imaginé que lo haría demasiado guapo para poder mirarlo y yo no quería confundir las cosas. Aquella segunda cita sería para los cachorros.

—¿Por qué no? —dijo Cooper, repitiendo mi pregunta en un tono de incredulidad—. Debido a que esto ha sido lo más parecido a una cita desastrosa.

—No, ¡ha sido absolutamente encantadora!

Él frunció el ceño.

—¿Qué parte exactamente ha sido «absolutamente encantadora»?

Su pregunta me confundió. Tartamudeé por un instante.

—Mmm... La parte en la que hemos hablado de qué tipo de perro estás buscando —Respondí sin convicción—. Y la ensalada de la casa era bastante decente. Esos trocitos de pan realmente daban el toque crujiente. La lechuga tenía un sólido color verd...

—Abigail.

Al oír mi nombre de su boca en ese tono suave... paré en seco. Si hubiera podido convencerme a mi misma de que la situación no iba a sonar rara, le hubiera pedido que dijera mi nombre de aquella manera de nuevo. Me gustó más de lo debido la forma en que sonó.

—Bueno, vale. Voy a admitir que la cita no ha sido la mejor —dije, inclinándome hacia adelante—. Pero tienes que darme un descanso después de esa multa y darme una nueva oportunidad. Hoy ha sido un día difícil para mí y tal vez lo he pagado un poquito contigo. Quiero una oportunidad para poder compensarte.

Parecía estar teniendo en cuenta mis palabras. No podía reprocharle sus dudas. Había sido realmente y verdaderamente un desastre de primera cita. ¿Quién en su sano juicio querría una segunda?

Pero para mi sorpresa, él finalmente asintió.

—Una segunda oportunidad —dijo—. Para los dos.

Luego sonrió. Una sonrisa plena y genuina que casi me tiró de la silla. La gente asumiría que estaba borracha, a pesar de que ni siquiera había probado un sorbo del delicioso vino contenido en la botella. Él trajo una sonrisa a mi propia boca antes de que pudiera detenerlo.

—¿Te recojo en tu casa el sábado?—preguntó.

Rápidamente, negué con la cabeza.

—Mmm... Prefiero ir a buscarte yo, si te parece bien.

El asintió.

—De acuerdo entonces. «Reharemos» la cita.

Asentí con la cabeza.

—Sí, esta cita ha quedado para rehacer.

Tras pagar la cuenta nos fuimos del restaurante y Cooper me ofreció un apretón de manos al mismo tiempo que yo le ofrecí un abrazo. El momento fue incómodo y extraño. Me giré para decirle adiós con la mano cuando su espalda también se dio la vuelta y eligió el momento en que me di la vuelta para, por supuesto, decir adiós con la mano.

No estaba segura de si dos personas podían estar más en ondas diferentes que nosotros dos. Yo volaba alto por el cielo y él tenía los pies firmemente anclados al suelo. Si yo iba hacia la derecha, él iba hacia la izquierda. Él veía blanco y negro, mientras que yo veía magenta y azul verdoso.

Mientras caminaba hacia mi coche, recordé que hacía apenas una hora que me había consolado pensando que no tendría que ver nunca más a ese policía. Y en aquellos momentos tenía organizada una segunda cita con él. ¿Cómo lo había llamado? Rehacer una cita.

Pero, ¿una segunda oportunidad para quién?

Me dije que era para los perros, por Reagan, y para la protectora. Me dije que era incluso bueno para la comunidad. Me dije todas las razones posibles a excepción de la que yo temía que también podría ser cierta: que tal vez, sólo tal vez, yo en realidad quería ver a Cooper de nuevo.

Capítulo tres

—Te juro que me indicaba que girara a la izquierda en el cruce —dije, presionando los botones al azar en mi GPS mientras conducía por una carretera rural al sur de la ciudad—. ¿O era a la derecha? Tú has oído izquierda, ¿verdad?

Cooper me miró.

—Estamos perdidos.

—De eso nada —dije, sacudiendo la cabeza con tanta fuerza que mi larga cola de caballo oscuro volteó hacia el otro hombro—. Ese árbol me resulta totalmente familiar. Debemos estar cerca.

Las cejas de Cooper se elevaron por un segundo pero luego volvieron a su lugar al ver a Banana, que estaba felizmente sentado en mi bolso en el regazo de Cooper. Banana estaba frente al chorro de aire acondicionado, lo que hacía que se le moviera la cara. Adorable.

—Banana es demasiado pequeño para sacar la cabeza por la ventana —dije, manteniendo las manos en el volante—. El aire acondicionado es la segunda mejor opción para él.

—Ya veo —La sombra de una sonrisa cruzó la cara de Cooper a la vez que Banana movió la cola, claramente cautivado con las ráfagas del aire acondicionado. Seguidamente Cooper acercó su grande y fuerte mano y rascó a Banana detrás de su diminuta oreja, haciendo que casi me cayera con el coche dentro de una zanja. Los hombres y los cachorros... no había nada más dulce que contemplar su creciente afecto entre los dos.

—¿Te importa si abro la ventana? —preguntó Cooper mientras yo seguía las instrucciones del GPS para poder llegar a un viñedo en el que le había prometido rehacer nuestra cita.

—Me parece muy bien —Me volví hacia una carretera bordeada de robles. Por el rabillo del ojo, vi a Cooper levantar a Banana hasta la repisa de la ventana abierta. Banana puso sus patas en el marco de la puerta y gritó de emoción cuando le acarició el aire fresco junto con el aroma a aire caliente del verano y a hierba seca. Su cabeza se movía para mirar todo y por un momento temí que su cola saliera disparada de tanto movimiento. Banana se volvió y me miró con una mirada feliz que decía: «¿Puedes creer lo que está pasando? ¿En serio lo puedes creer?».

—Le gusta —dijo Cooper, con una sonrisa.

Los miré, dándome cuenta de que el pelo de Cooper todavía estaba peinado a la perfección de forma inexplicable, incluso con el viento que soplaba a través de la ventana. Mi mirada recayó en su camisa blanca de manga corta y sus pantalones cortos, los cuales habían sido planchados. Sus hombros estaban todavía tensos, retraídos y en posición firme. Pero su expresión era diferente... relajada.

A medida que viajábamos bajo la fresca sombra de los árboles y Banana movía la cola bien sujeto por Cooper, vi algo de paz en la cara de mi robot. Una sonrisa fácil se dibujó en sus labios y echó la cabeza hacia atrás contra el respaldo del asiento, mirando el paisaje de campo que estábamos atravesando. No hablamos mucho mientras yo conducía, mucho menos de lo que nos habíamos dicho el uno al otro en el restaurante un par de noches antes, pero de alguna manera sentí más comunicación entre nosotros en aquel momento.

También fue bueno que él estuviera distraído con el paisaje del camino porque hizo más llevadero habernos perdido de camino al viñedo.

—Abigail, ¿cómo de exactamente familiar te puede resultar a un árbol? —Cooper se enderezó y se inclinó para comprobar el GPS.

—Los árboles tienen caras distintas, tonto —dije, realizando otro giro equivocado—. También tienen diferentes personalidades e historias, por supuesto. Algunos árboles tienen tanto que contar.

Cooper puso los ojos en blanco.

—Y yo que pensaba que los árboles sólo tenían clasificaciones científicas...

—No —dije, sonriéndole—. Ese de ahí atrás era un anciano con las orejas muy grandes que parece no poder quitarse de encima a las ardillas. Se está riendo todo el tiempo porque le hacen cosquillas.

—Una perspectiva única —dijo, y luego se detuvo de repente. Se removió en su asiento mientras miraba por la ventana y luego se volvió hacia mí—. Bueno, diría que... Ese árbol parecía estar riéndose mientras lo mecía el viento.

—¿Ves? Lo estás entendiendo —dije, con una sensación vertiginosa de amplitud en mi pecho. Se volvió hacia mí con una sonrisa.

—No estoy seguro de lo que estás haciendo conmigo.

—Simplemente disfrutar de todo lo que los árboles te pueden ofrecer —Hice un gesto hacia la ventana mientras intercambiamos una sonrisa. Me entró calor en la barriga. Conduje dando vueltas en círculos durante otros veinte minutos antes de fingir frustración—. Este GPS nunca parece funcionar del todo bien por este lugar.

—Tengo mi teléfono móvil —dijo Cooper, echando mano a su bolsillo trasero—. Sólo dime la dirección del viñedo y cargaré el mapa.

Bueno, aquello iba a ser muy difícil de hacer ya que allí no había ningún viñedo. Puse mi mano en su muñeca antes de que pudiera sacar su teléfono.

—Creo que es justo aquí a la izquierda —dije, estudiando su rostro para ver si se lo creía. Unos segundos después me di cuenta de que mi mano estaba todavía en su muñeca. Él paró de intentar recuperar su teléfono, pero no se había quitado la mano. Mi mirada se precipitó de nuevo a la carretera mientras mi mano se quedaba allí congelada. Por último, me aclaré la garganta y aparté mi mano. Mis ojos se clavaron en su mano otra vez y me pregunté cómo sería entrelazar mis dedos con los suyos.

Puse todo de mi parte para resistir. Una importante tensión llenó el coche y se hizo palpable.

Circulamos en silencio, la tensión parecía hacerse más fuerte a pesar de que yo mantenía la mirada fija en la carretera. Cuando llegamos a una intersección familiar, estiré el cuello para leer la señal que había memorizado. «El Refugio de Reagan. Ven a saludar y te quedarás a jugar».

—Eso no suena a viñedo —dijo Cooper, inclinándose hacia delante en su asiento para mirar hacia la colina en la que se encontraba el granero rojo grande.

—Tiene que estar cerca —le dije, encendiendo mi intermitente para girar—. Solo déjame acercarme a ese granero y preguntar.

—Tengo mi teléfono...

Negué con la cabeza.

—Es más fácil preguntar.

—¿Que escribir algo en un teléfono? —preguntó, echando mano a su bolsillo trasero.

—¿Necesitas una actualización en tu programación para la interacción con humanos? — pregunté.

—No soy un robot.

—Mmm. Algunos signos parecen contradictorios a esa declaración.

Entré en el pequeño descampado de grava al lado del granero de Reagan como ella y yo habíamos planeado por teléfono la noche anterior. Yo llegué con Cooper exactamente a tiempo.

Quizás podría opositar para la CIA tras llevar acabo todo aquel plan. Banana estaría adorable con un pequeño traje de espía. Y tal vez podría encontrar uno para mí en las rebajas...

—Espera aquí e iré a preguntar, ¿vale? —Le pregunté, saliendo del coche antes de que pudiera protestar.

Cooper luchó para agarrar a un escurridizo Banana que claramente quería salir conmigo. Eso era porque sabía que todos sus amigos estaban allí. ¡Oh no! Banana iba a reventar toda la operación. Le lancé una mirada de «mantén la calma» y sonreí a Cooper mientras cerraba la puerta.

—Vuelvo enseguida —Moví mis dedos frente a Cooper y luego me marché corriendo hacia el establo. Me deslicé al interior, dejando la puerta abierta «accidentalmente». Encontré a Reagan en el interior junto a la jaula de los perros.

—Abigail, sabes que esta idea es una locura, ¿verdad? —Susurró mientras me arrodillaba para rascar algunas orejas y recibir algunos besos húmedos.

—Si por locura quieres decir brillante, entonces sí, esto es una locura —dije, agitando la varita mágica imaginaria en el aire—. Suelten a los perros.

Ella puso los ojos en blanco y suspiró, pero tiró del pestillo y abrió la puerta de la jaula. Docenas de perros y un puñado de cachorros salieron corriendo hacia la puerta dejada abierta accidentalmente, exactamente como lo había planeado. Reagan salió tras ellos, pero la contuve.

—Deja que se ahogue en la ternura un minuto o dos —dije.

Se apoyó en un poste y se cruzó de brazos.

—¿De verdad crees que esto va a funcionar?

—Estamos a punto de averiguarlo —Incliné la cabeza y oí abrir una puerta del coche mientras los perros ladraban. Me imaginé a Cooper enterrado bajo una pila de patas mullidas y besos húmedos y colas en constante movimiento.

¿Cómo iba a votar por otra organización benéfica para recibir la donación del comité después de conocer este precioso ramillete de alegría? Poner a salvo esta protectora iba a estar chupado. Yo sabía que no había sido del todo honesta con él, pero había sido por una buena causa.

—¿Abigail? —preguntó Cooper con voz apenas audible sobre los ladridos de los perros.

—En el momento justo —dije, poniéndome de puntillas—. Nos vemos en treinta segundos.

Reagan empezó a protestar, pero la hice callar con un dedo en los labios y regresé corriendo a través de la puerta abierta del granero. Me imaginé que la visión que iba a tener estaría bastante alta en la escala de ternura, pero no esperaba que estuviera directamente fuera de rango. Cooper tenía a Banana encajado bajo el brazo y se reía incontrolablemente mientras era asaltado por el

amor perruno. Algunos de los perros más atléticos incluso habían logrado escalar mi coche y lamer las orejas de Cooper y la parte posterior de su cuello.

—¡Abigail! —Llamó una vez más, pillándome mientras lo observaba con una sonrisa en mi cara.

Entré en acción.

—Ostras, ¿esto ha sido culpa mía? —pregunté, con una voz tan inocente como me fue posible. Me adentré a través de los perros y agarre a Banana de los brazos de Cooper. Él se movió para jugar con los otros—. ¿Dejé la puerta abierta?

—¿Qué hacemos? —Se preguntó justo antes de que Hank, un perro casi como un gran oso de peluche, apresara a Cooper contra la puerta del lado del pasajero con sus patas delanteras extendidas a través de la camisa blanca de Cooper y su musculado pecho.

Quedaría lleno de manchas, sin lugar a dudas.

Traté de contener la risa, pero el terrier en el techo de mi coche estaba olisqueando el pelo de Cooper y me lo estaba poniendo muy difícil.

—Vamos a intentar devolverlos al granero o...

—Eh, perritos, ¡volved aquí adentro!

Me di la vuelta y vi a Reagan saliendo de la granja poniendo sus dedos en su boca y silbando alto y fuerte. Los perros corrieron hacia ella de inmediato, todos excepto el terrier que necesitaba una última aspiración al cabello de Cooper antes de unirse al resto. Cooper se apoyó en la puerta del copiloto y se pasó una mano por el pelo.

—Lo siento, amigos —gritó Reagan caminando hacia nosotros. Habíamos estado dándole vueltas al plan por teléfono la noche anterior, pero que al final logré convencerla de iba a ser mejor que hiciéramos como si no nos conociéramos.

—Hola, soy Reagan Carlton —dijo, extendiendo la mano hacia Cooper.

—Cooper Hill —dijo, limpiando baba de perro de sus pantalones cortos antes de darle la mano.

—Soy Abigail Apple —dije, haciendo una mueca por la pequeña mentira.

Ella asintió y se metió las manos en los bolsillos.

—¿Les interesa adoptar o hacerse voluntarios?

Miré a Cooper.

—Oh, bueno, en realidad nosotros...

—Hoy ha sido una locura —Reagan nos interrumpió, tal como lo habíamos practicado—. Algunos voluntarios se han echado atrás en el último minuto, así que estoy yo sola. Los perros están sedientos y tengo que acercarme a la ciudad a por algo de comida. Lo siento, no pretendía enredar, pero me encuentro tan abrumada en este momento.

Su actuación fue un poco rebuscada y forzada. Desde luego no iba a ganar ningún Oscar, pero con suerte picaría el anzuelo.

Me moví torpemente de un pie a otro, tratando de parecer avergonzada.

—Bueno, en realidad, nos detuvimos para preguntar una dirección. Íbamos hacia un viñedo local y ya se nos está haciendo bastante tarde...

—Pero podríamos ayudar un poco —Cooper sugirió, poniendo su mano sobre mi brazo.

—¿Eh? —Me volví hacia Cooper, que se acercó a mí. Mi piel se encendió bajo el peso de su mano en mi brazo—. ¿No te importaría hacer un poco de voluntariado?

—Me parece bien si te parece bien a ti, Abigail —dijo, mirándome—. Sé que estabas ilusionada con llevarme al viñedo.

—Mmm... —Me di un golpecito en la barbilla, pretendiendo reflexionar sobre ello.

Él puso su mano en la parte baja de mi espalda y me miró a los ojos. Me quedé inmóvil por un momento. Sus ojos eran tan azules y su mirada tan amable que me sentí incapaz de moverme.

—Mmm., no, quiero decir, sí —dije, aclarando mi garganta—. Por supuesto, podemos ayudar un poco.

Cooper sonrió a Reagan.

—Pues aquí estamos. ¿Qué te gustaría que hiciéramos?

Una vez que Big Hank estuvo cepillado y lavado con champú y aclarado, rodó sobre su espalda delante de Cooper, que le frotó el vientre con una mano. Otro perro trotó y se sentó junto a Cooper, que empezó a rascar la oreja del perro.

Me derretí un poco al ver lo dulce que era Cooper. De acuerdo, tal vez me derretí mucho.

Banana estaba acurrucado junto a dos de los cachorros y sus patas servían como una especie de manta para la agotadora pareja. Me senté frente a Cooper. Ambos estábamos muy sucios y cubiertos de pelo de perro mojado, pero no importaba. En el establo fresco, las sombras se extendían más y más largas y el tiempo parecía no existir. Un día ideal.

Torcí mis labios hacia un lado, agarré un pedazo de heno, y crucé las piernas (accidentalmente empujando una de las patas del terrier durmiendo junto a mí). Él pataleó con sus piernas, seguro que corriendo tras un conejo en sueños.

—Tengo algo que confesarte —dije.

—¿Finalmente vas a admitir que merecías la multa por exceso de velocidad? —Cooper me hizo un guiño que me aflojó las rodillas sin ni siquiera estar de pie.

Me mordí el labio.

—Tal vez tenga dos cosas que confesar.

Él sonrió.

—Vamos entonces.

Incliné la cabeza y miré a esos ojos azules que observaban con amabilidad. Dios, me sentí como Pinocho. Si mi nariz empezaba a crecer, sólo podía asumir mi culpa.

—¿Recuerdas que me he perdido esta tarde en el coche de camino al viñedo? Bueno, pues ha sido un poco intencionado...

Se rió bajito.

—Yo también tengo algo que confesar.

—¿En serio? —Vi a Cooper dejar de frotar el vientre de Big Hank, así que el perro se acercó más a Cooper como diciendo: «más, más». En cuanto Cooper comenzó a rascarle la barriga de nuevo, la lengua del perro comenzó a colgar de su boca—. ¿Qué podrías tú confesar? ¿Que no te

gusta el vino?

Él cerró un ojo, mirando a través del tenue y polvoriento aire entre nosotros.

—Sabía que te estabas perdiendo a propósito.

Lo miré sorprendida.

—No, no lo sabías.

—Me temo que sí —Él asintió, pareciendo sacar partido de mi vergüenza—. Aunque yo no hubiera sido un profesional capacitado para el interrogatorio, que sí lo soy, no eres muy disimulada.

Sentí calor en mis mejillas. Oh, qué humillación. Y yo que había pensado que era tan perversa.

—¿Por qué no me lo dijiste? —pregunté, tratando de decidir si eso hubiera sido más o menos embarazoso. Difícil decisión.

—Tu motivación parecía bien intencionada —Se encogió de hombros, dándole a Big Hank un último achuchón antes de limpiar su mano en sus pantalones cortos—. Reagan está haciendo un gran trabajo aquí. Entiendo por qué estás ansiosa por conseguir que el comité apoye el refugio.

—¿En serio? —Levanté la vista hacia él y sonreí—. Reagan necesita una gran donación urgentemente. Ella está de alquiler en este lugar y el propietario quiere venderlo. El comprador podría negarse a seguir alquilando el lugar o podría aumentar tanto el precio del alquiler que no se pudiera seguir con el refugio. Me mata que estos dulces perros puedan ser enviados a quién sabe dónde.

El asintió.

—Entiendo lo que quieres decir. Pero, ¿por qué no me dijiste la verdad?

—¿La verdad? —pregunté, sorprendida de que me lo hubiera preguntado—. Tal vez porque nunca votarías por esta opción si supieras que estoy involucrada en ella...

Sus cejas se levantaron.

—¿Por qué piensas eso?

Sin pelos en la lengua.

—Porque no te gusto.

—¿Eso es lo que parece? —Empezó a aproximarse a mí, pero Big Hank protestó con un gemido. Cooper me miró como diciendo: «lo intenté»—. Abigail, sé que nuestra primera cita tuvo unos pocos... baches de velocidad.

—Tienes que usar la palabra velocidad, ¿verdad? —Le pregunté, sacudiendo la cabeza.

—Lo siento —Él levantó las palmas de las manos—. Sé que la cita no fue perfecta y que nos encabazonamos un poquito...

—¿Un poquito? —pregunté con incredulidad.

Él puso un dedo en mis labios.

—Pero no significa que no me gustes, Abigail.

—Caramba, menudo cumplido —dije, con mis labios moviéndose bajo su dedo—. ¿Debo desmayarme ahora o más tarde?

—No es eso lo que quería decir —Tomó mi mano y la sostuvo—. Siento... haberte multado. No sé de qué otra manera describirlo.

Abrió los ojos de par en par.

—¿De verdad?

—Conduces a lo loco —dijo, en voz baja y suave—. Pero también eres valiente y divertida y tienes un gran corazón. Está claro que te preocupas profundamente por estos perros. Ves cosas llenas de vida de una forma que yo nunca veo. Y, bueno, como he dicho... No es que no me gustes.

Sonreí y me mordí el labio.

—Tampoco es que no me gustes tú a mí. ¿Se trata de eso?

Sus ojos azules estaban fijos en los míos y por primera vez en mi vida deseé no haber estado en una habitación llena de cachorros echando la siesta. Aun así, no había ninguna duda al mirarnos a los ojos del otro de que había una conexión. Una chispa.

El sonido de los neumáticos crujendo sobre la grava llenaron el aire mientras Reagan volvía de su «huída de emergencia» a la ciudad para conseguir comida. Cuando ella llegó, tuve que decirle que el pastel se había destapado. Incluso le dije a Cooper que ella había almacenado comida en el silo para meses. Reagan se sonrojó, pero le saqué del apuro admitiendo que el plan había sido idea mía.

A medida que Cooper y yo caminamos hacia mi coche con Banana correteando a nuestros pies, me di cuenta de que el pelo siempre perfectamente peinado de Cooper estaba desordenado. Le quedaba bien. Antes de que pudiera rajarme, extendí mi mano y le aparté el pelo que había caído sobre su frente. Me sorprendió sonriéndome y despeinándose otra vez sin decir una palabra.

Aquel día fue perfecto. Un día absolutamente perfecto. Los pájaros cantaban, el cielo estaba azul, el viento cálido y suave. En aquel momento, esperaba que apareciera un arco iris a pesar de que no estuviera lloviendo o ni hubiera una nube de lluvia en el cielo. Todo era simplemente perfecto.

—Por tanto, ¿votarás por el refugio canino de Reagan? —pregunté, estando de pie junto a mi coche, lista para tomar la carretera de vuelta al centro.

Hubo una pausa y miré fijamente a Cooper, que evitó mi mirada.

—En realidad, no.

Mi boca se abrió y mi corazón se hundió con sus palabras.

Peor. Día. De. Mi. Vida.

Capítulo cuatro

El lunes por la mañana, me zambullí en el, más oscuro, profundo y aterrador rincón de mi armario, explorando en él hasta que finalmente encontré lo que estaba buscando: mi traje de negocios. Cuando dejé la escuela de derecho, juré que nunca volvería a ponerme ese traje, pero tiempos desesperados demandan medidas desesperadas. Y eran los tiempos más desesperados.

Cooper me dijo que estaba pensando en votar por Construyendo Amistades, un programa de ayuda a los sin hogar en Sacramento, y no al Refugio de Reagan en el granero. Incluso después de una tarde mágica de jugar con los perros bajo el sol, aún tenía la intención de robarles un buen y seguro hogar.

Pensé que los besos de cachorro serían mi arma secreta. No lo fueron. Me volví a casa la noche del sábado sintiéndome angustiada. Había jugado mi primera carta y no había sido suficiente. Había fallado a los cachorros. Pero entonces me di cuenta de que había utilizado lo que mejor funcionaría en mí. Pero yo no estaba tratando de convencerme a mi misma para votar por el rescate de perros. Quiero decir, ¿hola? Ya tendría una tonelada de pasta si fuera por mí. No, la persona a la que tenía que convencer era el oficial Cooper Hill.

Por lo tanto, necesitaba hablar su idioma.

El idioma robot.

Y dio la casualidad de que yo era fluida en él.

Quedándome despierta hasta muy tarde la noche anterior, monté con un programa de software mi próxima presentación. Creé diapositiva tras diapositiva, formé gráfico tras gráfico circular, e hice análisis de coste-beneficio una y otra vez hasta que mis dedos sangraron (en realidad no, pero me hubiera quedado allí hasta que lo hubieran hecho si hubiera hecho falta).

Terminé la presentación de diapositivas a las 3:43 de la madrugada.

El resto de la noche (o, uh, madrugada) la pasé practicando mi presentación, sacando brillo a mis tacones negros de la universidad y probando cual de las gafas poco graduadas de mi amiga Hannah me hacían parecer más autoritaria. Y a las 7:47 de la mañana, até una corbata alrededor del cuello de Banana y dejé mi apartamento con cero sueño y la convicción de que ese plan definitivamente iba a funcionar. No considero otra posibilidad.

Tratando de no inquietarme por mi entallado y repelente traje de negocios de mis días de Abigail Adams (que ahora podía ver que tenía necesidad urgente de colorido y flecos) marché por la acera y me dirigí directamente hacia los escalones de la entrada de la Estación de Policía de Sacramento.

—Abigail Apple, ¿dónde vas con tanta prisa y tan temprano? Courtney Carmichael llamó desde su carrito de café justo en la acera.

Courtney Carmichael era la dueña del carrito de café con los cafés con leche con canela que yo consumía a menudo. Teníamos en común el haber estudiado derecho hasta que ella se convirtió en una ex abogada que se quemó después de trabajar veinticuatro horas siete días a la semana durante dos décadas y sólo tener bienes materiales que mostrar de todos sus esfuerzos. Su marido se divorció de ella por falta de atención y ella se dio cuenta de que había desperdiciado todo ese

tiempo trabajando cuando las relaciones eran más importantes. Desde entonces, siempre lucía divertidas chapas brillantes como recordatorio de que hay vida más allá del trabajo.

El carrito de café era el «rehacer» de la vida de Courtney y yo la admiraba por esa elección valiente.

—¡Buenos días, Courtney! Me voy a defender la justicia y defender a aquellos que no pueden valerse por sí mismos. Tengo la intención de triunfar por todo lo que es bueno y puro en este mundo.

Subí el primer par de peldaños, mis ojos se fijaron en las puertas de entrada de la estación.

—Pero todavía no has oído mi siguiente sugerencia de nombre —Courtney me llamó.

Hacía un par de semanas, Courtney había comenzado el juego de los nombres. Había elegido su carrera profesional sobre los hijos y ahora estaba considerando cómo podría haberlos llamado si se hubiera tomado la molestia de tener uno. Pensé que era algún tipo de terapia para ella, así que le seguí el juego felizmente.

—Lo siento, hoy no puedo, Courtney —Le hice un gesto con la mano—. La justicia no espera a nadie.

—Te daré un café con leche gratis.

Mis recién pulidos tacones se detuvieron en pleno vuelo hacia el siguiente escalón y me di un golpecito en el dedo contra el maletín que contenía mi ordenador portátil con mi presentación. Supuse que la Justicia podía esperar por un café con leche gratis. Como gerente de una tienda de mascotas, tenía un presupuesto ajustado.

Girando sobre mis talones, me apresuré a bajar al carro de café de Courtney. Esa mañana lucía una camisa naranja brillante con lentejuelas alrededor del cuello y bolsillo delantero. Ella sonrió mientras batía la leche y luego me hizo un gesto

— Esta vez tengo el nombre correcto, Abigail.

—Vamos a oírlo.

Tomó dos palitos de remover el café e hizo un redoble de tambor improvisado.

—Catalina Carina Carmichael.

Hice una mueca mientras me entregaba el café con leche. Seguidamente dejé un par de dólares en su tarro de propinas.

—Una niña llamada Catalina arrebató mi cita para el baile de mi último año. Es un nombre muy bonito, pero no puedo darle mi sello de aprobación.

—Seguiré en ello, entonces —Courtney sacudió la barbilla hacia la estación de policía—. ¿Qué vas a hacer ahí? Espero que no andes metida en problemas.

—Oh, no —respondí, bebiendo el néctar dulce llamado caféina—. Estoy intentando convencer al oficial Hill para que vote a favor del refugio de Reagan en el granero. Él está a cargo de la asignación de una gran donación y el refugio lo necesita de inmediato.

—Ah, sí. Dirige el comité —Courtney asintió, lo cual no me sorprendió. Ella estaba al tanto de todas las idas y venidas en Sacramento—. Sin embargo, Cooper Hill está muy involucrado con la organización benéfica para los sin hogar, Construyendo Amistades, ¿no es así?

—¿Hay algo en Sacramento que tú no sepas? —Sonreí y di un golpecito en el maletín de mi ordenador portátil—. Pero Construyendo Amistades no lo va a tener tan fácil por mucho tiempo si

yo tengo algo que decir al respecto. Otras organizaciones benéficas también necesitan ayuda. Y tengo mucho que decir sobre el refugio de perros para tratar de convencerlo de que debe ser su máxima prioridad en la actualidad. Créeme.

Antes de que Courtney pudiera discutir mi brillante plan, le di las gracias por el café con leche, me despedí de ella y me apresuré hacia la escalera. Tomando una respiración profunda, tranquilizadora, subí los escalones y empujé las puertas de entrada a la estación. Una de las puertas se quedó atrancada, pero mi movimiento entusiasta hacia adelante hizo que me golpeará la frente contra la puerta. La frente, dolor, ay. No fue la gran entrada que había imaginado.

—¿En qué puedo ayudarle, señorita? —El encargado de la recepción me preguntó, y me echó una mirada que parecía decir que él pensaba que yo era una tarada.

Me enderecé, recuperándome de ese ligero momento vergonzoso.

—Necesito una sala de conferencias vacía y al oficial Hill de inmediato —dije, mostrándole una sonrisa—. Su ayuda es apreciada por mí, un granero lleno de perros y el mundo en general. Gracias.

Unos minutos más tarde, el encargado me mostró una sala de conferencias donde me puse a configurar mi ordenador portátil cuando la puerta se abrió detrás de mí. Me volví para ver a Cooper asomar la cabeza hacia el interior, mirando a su alrededor hasta que su mirada captó la mía en el lugar en el que me encontraba de pie junto a la pantalla del proyector.

—Abigail, ¿qué estás haciendo a...

—Oficial Hill, pasa —Agité mis manos hacia mí varias veces queriendo decir: «ven aquí y contempla mi gran presentación»—. Muchas gracias por dedicar un tiempo de tu muy ocupada jornada de trabajo para reunirme conmigo. Haces un gran trabajo por nuestra comunidad, por lo que me he tomado la libertad de hacerte llegar un café con leche como muestra de mi agradecimiento.

Eh, un pequeño soborno no hace daño a nadie.

Sólo había tomado un sorbo y le había borrado la mancha de lápiz labial, así que no me juzguéis.

Oh espera. . . ¿Había borrado la mancha de lápiz de labios?

—Abigail, no sé de qué se trata todo est...

—Por favor, solo entra y abordaremos el asunto —dije agarrándolo por el brazo que me distraía de tan musculado que estaba, y más bien lo arrastré a la fuerza hacia la silla que había situado en primera fila de la sala de conferencias—. Toma asiento.

Se tambaleó hacia atrás y cayó en la silla tras mi indicación. Está bien, tuve que admitir que tuve que tirar de él. El tipo era un agente de la ley, después de todo. Un enorme criminal no tendría ninguna oportunidad contra él comparado con alguien de mi tamaño. Oh, el héroe. Temblad.

Él miró a la pantalla y leyó el título de mi presentación: «Un análisis argumental para que se seleccione El Refugio de Reagan como ganador por parte del Comité de Caridad de Sacramento para la donación anual caritativa: ¿Por qué El Refugio de Reagan ofrece lo mejor a la ciudad, la gente de la ciudad y la humanidad en general?»

Sí, ese título no se dejaba nada. Justo en el clavo.

Asentí con la cabeza, preparada con mi puntero que, en realidad, eran un par de palos de remover café que había cogido del carrito de café de Courtney a toda prisa. Era un puntero tambaleante, pero pensé que daría el pego.

—Primera crítica —dijo Cooper, estudiando la pantalla iluminada en la sala a través de la oscuridad—. El título es un poco largo, para ser honesto.

Tenía tan buen aspecto con su uniforme de policía que pasé por alto su opinión negativa. Es decir, ¿pensar en recorrer con mi mano su brazo musculoso y llegar hasta su placa? Sí, los escalofríos recorrieron mi columna vertebral. Gran momento. Pero me quité esos pensamientos de encima y me puse firme. Los perros me necesitaban. No podía defraudarlos.

—Gracias por tu honestidad, Oficial Hill —dije, a pesar de que me importaba un pimiento si pensaba que mi título era largo. Mejor cuanto más largo, en mi humilde opinión. O más bien según mi confiada opinión. Me aclaré la garganta, preparando la voz de profesional que había usado tan bien antes de salir de la facultad de derecho—. Tus críticas son bienvenidas pero, por favor, guarda todas las preguntas y comentarios para el final de la presentación.

Él frunció el ceño y miró a su alrededor.

—Exactamente cuánto tiempo va a...

—En primer lugar, conozcamos la historia de El Refugio de Reagan —Con un clic de mi teclado, comenzó la presentación de diapositivas: la mayor presentación de todos los tiempos.

Al final, la respuesta a la pregunta de Cooper era que la presentación duraba ochenta y tres minutos. Mi conferencia trataba los beneficios que la protectora de perros ofrecía a la ciudad, incluyendo información sobre los beneficios para la salud de pasear a un perro y los beneficios para la salud mental de los amantes de un perro.

También hice una inmersión profunda en el costo para la ciudad si El Refugio de Reagan de Reagan tuviera que cerrar y los perros tuvieran que ser recibidos por los refugios ya llenos de animales con fondos públicos. Me extendí acerca de cómo exactamente Reagan emplearía con eficacia y eficiencia la donación. Puede que me hubiera dejado Derecho en Harvard, pero ciertamente no antes de aprender a ser extremadamente convincente.

La interacción física con los perritos no había funcionado del todo con Cooper, pero mi presentación apelaría a su cerebro analítico, lógico y en blanco y negro perfectamente. ¿Cómo podría decir «no» después de esto? El Refugio de Reagan tenía sentido. Era cierto, creo que Banana se durmió a los tres minutos, pero los números no eran realmente su fuerte. ¿Huir de las palomas, quizás? Totalmente.

De todos modos, apreté el puño a un lado como símbolo de victoria mientras terminaba mi presentación y hacía clic en mi última diapositiva, que era una lista exhaustiva de todas mis fuentes, estilo APA, por supuesto.

—¿Y bien? —Le dije.

No es que yo esperara que me diera una ovación de pie, a pesar de que hubiera sido bien recibida y bien merecida. No esperaba que Cooper se quedara cara a la pantalla de la sala de conferencias oscura y vacía con la boca ligeramente abierta. Es decir, su reacción no expresaba exactamente estar impresionado.

Mientras continuaba en silencio mirando a la pantalla, finalmente seguí su mirada hasta la pantalla para asegurarme de que no había cometido un error en la citación. No, todo era perfecto.

—¿Qué te parece? —pregunté, con tono alegre y optimista.

Finalmente volvió la cabeza hacia mí mientras yo esperaba la reacción y aplausos. En cambio, él frunció el ceño y luego levantó la mano.

Incliné la cabeza.

—¿Oficial Hill?

—¿Puedo hacer preguntas ahora?

¿Su tono sonaba molesto o era cosa mía?

—Sí, por favor. Demos la bienvenida a las preguntas —dije, dándome cuenta de que había usado el plural cuando sólo estaba yo parada allí.

Él movió lentamente la cabeza de un lado para otro, como si tuviera tantas preguntas que debía ponderar cuál de ellas hacer primero. Un poco sorprendente. Yo pensaba que donaría el dinero a los perros de inmediato después de mi presentación. Eh. Pero las preguntas profesionales que realizara darían muestra de que estaba tomando mi presentación en debida consideración en su mente analítica.

—¿Qué llevas puesto exactamente? —preguntó, finalmente.

—¿Eh? —Miré mi traje—. En realidad no sé muy bien de qué marca es...

Se rió disimuladamente.

—¿Desde cuándo llevas trajes? ¿O vistes de negro?

—Trato de ser profesional —Me encogí de hombros, mirando hacia abajo, hacia mi aburrido atuendo—. Yo no quería distraer tu atención de la presentación y sólo quería fusionarme con el fondo, ¿sabes?

Se puso de pie, le miré con curiosidad mientras él se acercaba más.

—Abigail Apple —dijo, en voz baja y atractiva, lo que hizo que la distancia entre nosotros pareciera aún menor—. Sería imposible que pudieras fusionarte con cualquier fondo. Y yo estoy distraído por ti cada segundo que pasa.

—Yo... —Mi vientre dio un vuelco mientras le miraba fijamente a los ojos, que parecían brillarle como un lago iluminado bajo la luz del proyector—. ¿Alguna otra pregunta?

—¿Desde cuándo dices palabras como estadísticas y análisis de coste-beneficio y densidad de población?

Mis hombros cayeron y aparté la mirada, temerosa de lo sonrojadas que se pondrían mis mejillas si le miraba a los ojos. Por lo tanto, me quedé mirándome los dedos de los pies y me encogí de hombros. El asunto no iba tan bien.

—Quería sonar inteligente —dije, decidiendo ser honesta.

—¿Qué quieres decir con «sonar inteligente»? Eres inteligente —Tomó mi mano, envolviendo sus dedos alrededor de los míos. Sentí un hormigueo a lo largo de mi piel. Bueno, ciertamente no esperaba esa reacción a mi presentación. ¿Estaba realmente mi robot sosteniendo mi mano?

Sin embargo, su mano parecía verdaderamente humana. Cálida. Suave. Fuerte. No podía decir que lo odiara. Más bien me encantaba locamente. Él no era un robot, después de todo.

—También eres dulce, persistente y cuidadosa. No necesitaba una presentación para saber esas

cosas de ti. Lo veo en cada sonrisa, cada mirada, cada risa —dijo.

—¿En serio? —pregunté, mientras él apretaba mi mano, algo que fue positivo porque creí que mi cuerpo se había entumecido. Mis ojos se abrieron mientras se inclinaba hacia mí.

—¿Estás lista para mi última pregunta? —preguntó. Sentí su cálido aliento en mi mejilla.

No.

—Sí.

—¿Sabes que no he dejado de pensar en ti desde que dejamos el granero? —preguntó mientras su boca se curvaba hacia arriba en una sonrisa dulce.

Mi corazón se derritió.

—¿En serio?

El asintió.

—En serio.

De repente me tambaleé sobre mis pies y Cooper me tranquilizó situando sus fuertes manos en mis codos.

—¿Ya vas a desfallecer por mí? —preguntó, obviamente en broma, pero había también una evidente preocupación en su voz.

—No, quiero decir, sí, me refiero... —Noté calor en mi cara y jugué con un mechón de mi pelo—. Quiero decir, he estado despierta toda la noche trabajando en esta presentación y me estoy quedando sin pilas.

—Deja que te lleve a casa —Él sacó las llaves de su bolsillo como si el asunto se hubiera decidido.

—No, no me gustaría molestarte más, ya te he distraído de tu trabajo bastante tiempo. Conduciré hasta mi casa —Fui a pasar por delante de él para agarrar mi bolso, que contenía a Banana aún durmiendo, adorable con la corbata toda torcida.

Una línea se formó entre las cejas de Cooper.

—Si te vas al volante, me veré obligado a ponerte otra multa.

Me di la vuelta de repente, lo que resultó ser una mala idea ya que la sangre se precipitó a mi cabeza.

—¿Perdón? —pregunté.

—Conducir con falta de sueño puede ser tan peligroso como conducir en estado de embriaguez —dijo, metiendo sus dedos en los bolsillos mientras se balanceaba sobre sus talones—. Estás perjudicada y, por lo tanto, eres un peligro para los que te rodean.

Entrecerré los ojos hacia él.

—¿Me estás amenazando con otra multa?

—Sí.

—¿Sólo para poder llevarme a casa?

Él sonrió.

—Sí.

—¿No es esto abuso de poder, Sr. Según la Ley?

Se encogió de hombros.

—Mi coche está justo al salir, enfrente.

Un poco de emoción corrió a través de mí.

—Entonces entiendo que vamos a dar un paseo.

Confusa y desorientada, me desperté en mi cama y tuve que comprobar mi despertador para descubrir que eran más de las cinco de la tarde. Flotaba olor a comida en mi habitación, así que me precipité hacia el pasillo para averiguar lo que mi amiga Hannah estaba cocinando.

Ella se volvió hacia mí cuando entré en la cocina.

—Hola, dormilona —dijo.

—Yo... Mmm... ¿dónde está Cooper?

—¿El oficial cachondo? —preguntó ella, dejando escapar un fuerte silbido—. Él te soltó, literalmente, te dejó caer, esta mañana.

Fruncí el ceño.

—¿Qué?

Ella rió.

—Sí, estaba aquí haciendo algo de trabajo desde casa y oí un golpe en la puerta. Y allí estabas, inconsciente en los brazos del policía más buenorro que he visto en mi vida.

—¿Qué?! —le pregunté, incapaz de recordar nada de eso.

—Ajá —Ella asintió, probando la salsa que estaba haciendo, metiéndose la cuchara de madera a la boca—. Dijo que te quedaste dormida segundos después de que te metieras en su coche. No quería despertarte y dijo algo acerca de que habías estado despierta toda la noche. ¿Es eso cierto? De todos modos, yo le indiqué tu habitación y él te llevó allí.

Me tapé la cara de vergüenza.

—Oh no.

—Oh sí. Él incluso acurrucó a Banana a tu lado y se fue después de darte un beso en la mejilla. No tienes idea de lo celosa que estoy en este momento.

Me toqué la mejilla e imaginé los labios de Cooper presionados contra mi piel. Mi primer beso con él y estaba profundamente dormida. Típico. Simplemente típico.

Hannah miró por encima de su hombro mientras la pasta hirviendo se movía.

—Cuando se fue dijo que te enviaría un mensaje más tarde.

—¿Lo hizo? —pregunté, corriendo hacia mi habitación. Banana lamió mi mano mientras yo buscaba mi bolso con mi teléfono.

Saqué mi teléfono móvil y abrí el mensaje de texto de Cooper: «Una presentación muy completa, Srta. Apple. Me ha aportado mucho a considerar. PD. Le he salvado la vida al no permitir que se pusiera al volante. PSS. Ahora Banana cree que es un perro policía. Espero te parezca bien».

Todo me parecía TAN bien. Él tenía que donar el dinero para el refugio canino de Reagan después de aquel día. Tenía que hacerlo.

Capítulo cinco

Al día siguiente a la hora de cenar, me las arreglé para que un par de amigas se pasaran por la tienda de mascotas para poder ponernos al día. Era un ritual que hacíamos a menudo, a veces con un café, a veces a tomar algo más, y esta vez para recoger comida china de Wok N'Roll ya que me había saltado mi hora de la comida. Mmm.

Habíamos pasado los últimos treinta minutos discutiendo el reciente dilema laboral de Hannah. A ella siempre le había gustado su jefa, pero esa semana su jefa le había subido sus tareas drásticamente, incluyendo la asignación de un discurso en una próxima conferencia. Un discurso muy público. Decir que Hannah no estaba muy emocionada con la idea sería decir poco.

—pregunta importante para ti, Hannah —Saqué mis palillos de mi plato vacío de chow mein de pollo y los levanté en el aire—. ¿Prefieres que un perro te lama mantequilla de cacahuete de los dedos de tus pies mientras eres obligada a permanecer quieta y aguantar o prefieres dar un discurso público de tres minutos?

—Para ya con esos supuestos locos —dijo ella, rompiendo en un ataque de risa. Se agarró un costado por la risa imparable y nuestra amiga Krista se limpió una lágrima mientras soltaba un suspiro tembloroso.

—Estáis asustando a los animales con esa risa —dije, sin saber qué sonaba más fuerte: mis dos amigas o dos periquitos chillando. El canto de los pájaros hizo eco contra las paredes de ladrillo hasta el techo ornamentado con las posteriores risas de Hannah y Krista. Tomé uno de los juguetes de perro para masticar que tenía guardados y sonreí brillantemente a Hannah. La bola mullida rebotó en su hombro con un chirrido agradable causando que Hannah se riera aún más fuerte.

Finalmente, ella se quejó.

—En serio, mi jefa me está volviendo loca. Apuesto a que Jennifer sólo me ha asignado el discurso porque no quiere hacerlo ella. Es parte de su trabajo. Así que, ¿por qué me obliga a hacerlo?

—Ah, la pregunta del día —Le di unas palmaditas en el brazo antes de salir a comprobar si había clientes esperando en caja. Una mujer compró lecho fresco para el hámster de su hijo y charlamos brevemente mientras pagaba. Cuando se fue, volví a reunirme con Hannah que estaba alimentando a Einstein, una tortuga residente de la tienda de mascotas. Le tendía una hoja de lechuga, explicándole su miedo a hablar en público.

Ella suspiró dramáticamente mientras Krista sacaba un conejo blanco de su jaula.

—Quiero decir, vamos —dijo Hannah en señal de protesta—. Yo prefiero archivar documentos durante todo el día y hacerme cortes con todos y cada uno de ellos que dar ese discurso en público.

Seguimos dándole vueltas, cada una de nosotras intentamos imaginar algo extravagante que preferiríamos hacer antes que dar un discurso en público. Hannah había recibido una clase de cómo hablar en público cuando íbamos juntas la U.C. Davis. Su cara antes de cada clase hacía juego con el sofá verde de los años 70 que la abuela de Krista nos había dado «amablemente»

para nuestro apartamento (no importaba cuántas veces habíamos insistido en que no lo queríamos). Aquella clase había sido un momento difícil para Hannah. Nunca había visto a nadie más feliz con un aprobado justo.

—Aprobado es aprobado —Había pronunciado después de su última clase, agitando con orgullo su proyecto final con buena nota—. Adiós para siempre a hablar en público. Ten cuidado de no golpearte con la puerta al salir.

Estaba claro que había hablado demasiado pronto.

—Muy bien, tengo una buena —Krista rascaba al conejo blanco detrás de su oreja—. Dar un discurso de cinco minutos frente a extraños es peor que estar atrapado en un viaje de cinco días con toda tu familia en un Mini Cooper.

Hannah frunció el ceño.

—Sabes que tengo cuatro hermanos, ¿verdad?

Krista sonrió.

—Exacto.

Dando unos golpecitos a su barbilla, Hannah valoró esa última loca posibilidad. Einstein se arrastró hacia adelante para comerse la lechuga que ella le había apartado debido a su estado de distracción.

—Viaje por carretera —Hannah finalmente respondió, alejando de nuevo la lechuga de Einstein sin saberlo. Einstein corrió tan rápido como pudo para llegar a ella, un poco más rápido que un caracol. Solo un poco—. Podría atar a Harry y a Joe a la parte superior, que Peter corra al lado del coche y estoy segura de que podría meter a Greg en el maletero. Entonces tendría espacio para poder llevaros a vosotras también.

Krista rió.

—O simplemente puedes atar...

La campanilla de la puerta de entrada a la tienda de mascotas sonó avisando de un nuevo cliente. Miré hacia la entrada cuando vi entrar a Cooper, de aspecto profesional (y oh-tan-sexy) con su uniforme de policía.

—¿Sabías que iba a venir? —Hannah susurro, mirando por encima de mí.

Krista se inclinó hacia delante.

—¿Abigail conoce a ese tío? ¿Qué me he perdido? Infórmame ya.

—Ese es su policía cañón, del que te hablé —respondió ella.

—Él no es mi policía cañón —Corregí, pensando en que era una pena que no lo fuera—. Él es el rígido y soso policía cumplidor de leyes que no va a votar por el refugio para perros.

Krista tarareó.

—¿Ese es él? Está buenísimo.

Le di un codazo en el costado justo en el momento en que Cooper se acercaba a mí.

—Hola Cooper —dije, poniéndome de pie y alejándolo de Krista y Hannah antes de que pudieran decir algo que me avergonzara. ¿Le confío mi vida a mis amigas? Sí. ¿Confío en que ellas no van a preguntarle a Cooper indiscreciones? Ni lo más mínimo. Mis cejas se juntaron.

—Mmm, ¿qué haces aquí?

Soltó una sonrisilla.

—Yo también me alegro de verte.

Me acerqué y le toque el codo.

—No lo decía en ese sentido. Yo solo...

Espera, le estaba tocando el codo. ¿Por qué estaba tocándolo y la sensación había sido de completa naturalidad? Podía escuchar a Krista y a Hannah susurrando detrás de nosotros, y sentí mi cara enrojecer mientras yo retiraba (a regañadientes) la mano de su brazo.

—Sólo quería decir que no esperaba verte aquí —dije sin convicción ninguna, mirándome los dedos de los pies.

—Hola Cooper —Hannah llamó desde donde Einstein perseguía gruñendo el trozo de lechuga en constante movimiento.

Le envié una mirada de «no te atrevas a avergonzarme» y luego una suplicante mirada de «por favor no me avergoncéis» sólo para tomar todas las precauciones,

—¿Verdad que Abigail está muy guapa hoy? —Le preguntó Hannah a Cooper, ignorando por completo tanto mi mirada amenazante como mi mirada suplicante de cachorro.

—Vamos a hablar a otra parte —dije, alejando a Cooper y parando en los tanques de peces situados en el lado opuesto de la tienda.

Por encima del hombro de Cooper podía divisar a Hannah y a Krista susurrando entre sí. Traté de ignorarlas lo mejor que pude. Mis mejillas no tenían necesidad de enrojecer más. Estaba segura de que se asemejaban al color de las luces de la parte superior del coche de policía de Cooper.

—¿Qué pasa? —pregunté. Mi intención de sonar natural fracasó en cuanto mi voz sonó quebrada. Cooper lo ignoró amablemente y me sonrió.

—¿Qué opinas acerca de tener otra cita? —preguntó—. Ayer no tuve la oportunidad de sugerírtelo en mi coche ya que te dormiste.

—Mmm., sí, siento lo sucedido —Me rasqué la parte de atrás de mi cuello—. Se me hizo un poco tarde montando mi presentación y no dormí mucho, bueno, más bien nada.

—No voy a conseguir limpiar esa baba de mi camisa.

—¿Qué? ¿Se me cayó la baba sobre ti? —pregunté, recordándome a mí misma preguntar a Hannah y Krista si hablar en público es peor que babear sobre el brazo de un chico guapo que te está llevando en coche a tu casa. Yo elegiría dar ese discurso sobre un escenario—. Cooper, lo siento mucho. Si me das la camisa puedo probar con un poco de blanqueador.

Me di cuenta de una contracción en la comisura de los labios de Cooper y me detuve.

—Espera un minuto... —Puse los ojos en blanco—. ¿Me estás tomando el pelo?

El asintió.

—Lo estoy.

El alivio se apoderó de mí y decidí que ese lado lúdico de él no era tan malo. Incluso podría gustarme un poquito, mínimamente, si no se hubiera visto envuelta mi baba.

—Entonces —dijo, aplaudiendo—. ¿Cita?

A espaldas de Cooper, Hannah y Krista se desmayaban de manera espectacular en la pila esponjosa de camas para perros, y yo traté de no reírme sonoramente.

—Claro —le dije, encogiendo los hombros esperando parecer casual—. Otra cita sería

divertida. ¿Cuándo has pensado?

Las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba.

—Ahora.

—Cualquiera que sea el programa de humor que se esté ejecutando desde tu placa base está funcionando bien. Me quito el sombrero frente al programador —dije a mi divertido RoboCop antes de regresar a la caja registradora. Saqué mi calendario de debajo del mostrador y eché una ojeada a través de él—. Estoy libre el viernes. ¿Te viene bien?

—No quiero esperar hasta el viernes para pasar más tiempo contigo —dijo, apoyando los codos sobre el mostrador e inclinándose sobre él para que sus labios se acercaran peligrosamente a mi oído—. Y no estaba bromeando, Abigail.

Me aparté, mirándole en plan evaluador. ¿Una cita improvisada? ¿Era ese el mismo hombre cumplidor de normas básicas que me había puesto una multa hacía sólo unos días?

—¿Quieres que tengamos una cita ahora mismo? —pregunté, buscando en sus ojos cualquier signo de que fuera una broma.

Su mirada se ensombreció.

—Preferiblemente en este segundo.

Mi vientre dio un pequeño vuelco.

—No puedo.

Cooper parecía sorprendido.

—¿No puedes?

—Estoy trabajando, Cooper. Y a juzgar por tu uniforme, tú también.

—Mi turno acaba de terminar.

—El mío no —Me alejé de él para evitar reconocer que me iría con él porque quería tener esa cita. Pero, ¿hola? Un robot no era la persona adecuada para mí, especialmente uno que se negaba a votar por El Refugio de Reagan, que era tan cercano a mí y tan querido por mi corazón. Me puse a hojear una revista de nuevos productos para perros. Los pasos de Cooper se hicieron eco siguiéndome tras de mí. Tomó la revista entre dos dedos y la giró.

—Puede que sea más fácil de leer si la pones en el sentido correcto.

—Gracias —dije, notando calor en mis mejillas. ¿Qué me pasaba? El chico estaba desordenando mi cerebro.

—¿Puedo preguntarte a qué hora estarías libre para quedar conmigo? —preguntó, bajando la cabeza por lo que ya no pude evitar su mirada.

—Sí, a en punto —dije, con mi dedo apuntando hacia la victoria—. No acabo hasta las siete y no me gustaría que te esperaras por aquí. Lo siento, no puedo salir porque no son las siete y no acabo hasta esa hora —dije, castigándome a mí misma internamente por disimular tan mal—. Así que, sí, no puedo.

—Yo te cubriré —Krista gritó desde el otro lado del pasillo.

La miré rápidamente y me guiñó un ojo. Nunca me había arrepentido de contratar a una amiga hasta ese momento.

—No, tengo que hacer contaje y cerrar.

Ella sonrió.

—Puedo cerrar el negocio, no hay problema.

—Hoy no es tu día de trabajo —dije, sacudiendo la cabeza—. Este es mi turno y se supone que debo estar aquí hasta las siete y, bueno, simplemente no puede ser. Lo siento. Porque no son las siete —dije, señalando el reloj de pared detrás de mí con forma de huella animal.

Cooper echó un vistazo al reloj y se enderezó.

—Son las 6:53.

—No son las siete —dije, haciendo de esos 7 minutos mi argumento.

—Así que, vamos a ver si lo entiendo —dijo, hablando lentamente—. ¿No puedes tener una cita conmigo porque estás siguiendo una norma?

Un indicio de sonrisa se dibujó en sus labios a pesar de que su intento por disimular. Me mordí el labio y jugueteé con el dobladillo de mi camisa.

Sus ojos se estrecharon.

—Usted, Abigail Apple, ¿está siguiendo una norma?

Levanté un hombro.

—Mmm, ¿sí?

—Cariño, tenemos que hablar —dijo Hannah, apareciendo detrás de mí. Ella deslizó su brazo a través del mío, arrugó la nariz mirando a Cooper, y levantó un dedo. Entonces ella me dio la vuelta para ponernos cara a cara y me arrastró lejos de allí—. Enseguida vuelve.

Ella tiró de mí hasta mi oficina en la parte trasera de la tienda y Krista vino después cerrando la puerta detrás de ella.

Hannah se cruzó de brazos.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—¿Qué? Estoy trabajando.

—Te he cubierto un montón de veces —dijo Krista, poniendo los ojos en blanco—. Incluso cerré por ti aquella vez que te fuiste antes de tiempo porque la zapatería Shapely Shoes en el Gold Rush Center tenía la oferta de llévate un par y consigue otro a mitad de precio.

Hannah asintió.

—¿Tenemos que seguir con esto?

—No estoy realmente por él —dije, agitando mis manos en el aire—. Quiero decir, él y yo discutimos en nuestra primera cita y fue horrible. Sólo fui a una segunda cita con él porque dirige el comité que asigna una importante donación a una organización benéfica local y quiero que vote a favor del refugio de Reagan en el granero para que no tenga que cerrar.

Hannah y Krista volvieron a mirarse y luego se echaron a reír. Bueno. . . No me esperaba la reacción.

Crucé los brazos.

—¿Qué es tan gracioso?

Krista se secó una lágrima de la mejilla.

—Abigail, cariño, es tan obvio que te gusta, muy muy mucho —dijo, mientras continuaba riendo tan severamente que comenzó con hipo—. Pero obviamente estás en fase de negación de ese pequeño detalle.

—No lo estoy —protesté.

—Sí, estás completamente colada por él —agregó Hannah—. Deberías haber visto tu cara cuando entró en la tienda. Tus ojos se abrieron mucho más que cuando viste aquel gatito que llevaba un tutú cuando quedamos a comer la semana pasada.

Krista tragó una bocanada de aire gigante y asintió.

—Cuando estabais hablando tus mejillas se tornaron de color rojo y te quedaste mirándote los zapatos. Sólo te pones nerviosa de esa manera cuando te gusta alguien.

Hannah se acercó y me apretó el codo.

—También dijiste su nombre en sueños después de que te dejara en la cama. Varias veces.

Abrí los ojos de par en par.

—¿Qué?

Hannah se echó a reír.

—Está bien, lo he dicho solo para añadir un poco de diversión. Es broma —dijo, ahogando otra risita—. Pero, en serio, dejar de hacerte la dura. Te gusta. Todos lo sabemos, así que admítelo tú misma. Ahora, Krista se quedará al mando aquí. Piérdete.

Empujé mis manos a mis caderas.

—¿Me estás obligando a irme?

—Piensa en ello como en un empujoncito amistoso —Ella me sacó por la puerta de la oficina y me adentró de nuevo en la tienda, aunque yo fuera protestando.

—Abigail ya está lista —Hannah anunció, empujándome hacia el mostrador mientras yo trataba de esquivarla y volver a mi oficina—. ¿Verdad, cariño?

Estaba a punto de poner otra excusa para no tener una cita con Cooper cuando lo miré y me quedé sin palabras. Fue mirarle a los ojos y darme cuenta de que mis amigas tenían razón: me gustaba.

Unas palabras que nunca pensé que diría sólo una semana antes, cuando él me hizo detenerme. O cuando se negó a dejarlo en una advertencia y me puso una multa. O cuando dijo que le gustaban los documentales. O cuando admitió que colocaba el papel higiénico hacia afuera en lugar de hacia adentro. O, lo peor de todo, cuando dijo que iba a votar por la asociación para sin techos en lugar de por el refugio de Reagan en el granero.

Pero me gustaba.

Me gustaba el Oficial Hill

Me gustaba RoboCop.

Y yo quería tener otra cita con él. Una de verdad. Inmediatamente, en ese mismo segundo, si no antes, sentí un gran miedo.

—Vale, estoy lista —le dije, dando un paso hacia Cooper a pesar de no estar en absoluto preparada para aceptar esos sentimientos que no podría negar durante más tiempo.

Capítulo seis

Bueno, mi sueño de tener una cita tipo comedia romántica tuvo una muerte rápida cuando Cooper aparcó el coche delante de una cerca cubierta de malezas y medio cubierta de piezas entrelazadas de basura. Si bizqueaba, la bolsa de plástico azul ondeando al viento podría recordar a las olas del mar... echándole la imaginación. Unas olas figuradas podrían ser románticas, ¿verdad?

Un candado cubierto de óxido apareció frente a mí colgando de una gruesa cadena, que había enrollado cinco veces en un bucle para mantener la puerta unida, bloqueando un camino de tierra que conducía a un antiguo depósito de agua. Una señal de «prohibido el paso» en la puerta (desgastada por años al sol) tintineaba a lo lejos y pensé que cada ráfaga de viento podría enviarla directa contra el suelo polvoriento. Lo único que faltaba era la llamada inquietante de un buitre en aquella zona abandonada de la ciudad. Y tal vez una o dos plantas trepadoras.

Incluso Banana se encogió de miedo desde la ventana ante tal vista desoladora frente a nosotros.

—Por favor, dime que estamos perdidos —Mi tono desesperado se convirtió en casi un chillido—. Que en realidad estamos de camino a una cena íntima y te has pedido. Eso es lo que realmente ha pasado. ¿Correcto?

Sacudió la cabeza.

—No.

—Tal vez has tomado una curva equivocada de camino a un zoológico de mascotas y te has perdido —Bajé mi ventanilla y miré alrededor con esperanza—. Seguro que hay una granja de llamas por aquí. O bien, pusiste mal la dirección que nos llevaba a dar un paseo en helicóptero sobre Sacramento y esa es la razón por la que estamos sentados en un aparcamiento vacío con una puerta frente un viejo depósito de agua.

—Mal de nuevo —Él sonrió por encima de mí y me dio una palmada en el hombro.

—Puedo encender mi GPS —Le ofrecí, manteniendo aún un poco de esperanza.

—Relájate, Abigail —Se rió y apagó el motor, se bajó de su coche y se dirigió hacia la puerta del lado del pasajero.

—Banana, si muero hoy... —Lo atraje hacia mí, sintiéndome en parte responsable de aquella situación ya que yo era la única que sentía algo por Cooper, y no Banana—. Por favor, que sepas que has sido el amor de mi vida, pequeño amigo.

Cooper estaba al lado de mi puerta.

—Y, Banana, nunca he visto a nadie llevar corbata mejor que tú —añadí rápidamente, dándole un beso en la parte superior de la cabeza y esperando que aquello no fuera el último elogio que le daría mi bebé.

Cooper abrió mi puerta y me ofreció su mano, pero vacilé.

—Te prometo que valdrá la pena —dijo—. No juzgues un libro por su cubierta.

Observé el camino de tierra más allá de la puerta. Las sombras de las altas hierbas silvestres se extendían por el camino a medida que el sol se hundía en el horizonte.

—¿Hay una biblioteca ahí abajo? —pregunté, sintiendo esperanza por un momento—. ¿Con un poco de espacio de lectura rodeado de árboles y arbustos y cubierto de luces parpadeantes como una especie de jardín secreto donde me vas a leer poesía y comeré fresas y beberé champán?

Se quedó observando en dirección a donde yo estaba mirando y seguidamente tamborileó los dedos a lo largo de la parte superior del coche.

—Debería haber dicho no juzgues un depósito de agua por su oxidada y tetánica cerradura —dijo, acercando su mano aún más—. Solo confía en mí.

Acepté su mano y guardé a Banana en mi bolso. Aquí no ha pasado nada.

—¿Cómo es que tienes llaves de este lugar claramente abandonado? —Le pregunté mientras caminábamos hacia la puerta juntos.

Miré a Cooper pero él no respondió. Tal vez no me había oído.

—¿Hola? —Agité una mano delante de él—. ¿Sabes quien es el dueño de esto? ¿Es esa la razón por la que tienes las llaves de la puerta?

El único sonido que se produjo en respuesta era el crujido de los zapatos contra la grava. Finalmente, sonrió tímidamente por encima de mí.

—No tengo las llaves.

Me tomé un momento para asimilar sus palabras.

—Espera, ¿qué? Entonces, ¿cómo nosotros...?

Él sonrió. Me agarró del brazo y lo mantuvo inmóvil, mirándome con los ojos más abiertos que nunca antes me habían mirado fijamente.

—Cooper —dije con voz incrédula—. ¿Me estás diciendo que estás a punto de... —Hice una pausa y sostuve mis dos brazos hacia arriba para dar un efecto dramático—. ¿Violar la ley? ¿Me estás animando a romper también la ley?

—No te voy a poner en ese compromiso —dijo, y se volvió para caminar a lo largo de la valla de tela metálica cerca de la puerta con la cerradura oxidada. Le seguí con Banana, preguntándome si debería pellizcarme sólo para asegurarme de que aquello no era un sueño.

—Como respetuosa de la ley, ciudadana obediente, voy a tener que reportar esto, oficial —dije tras de él, con ganas de chillar de alegría ante la idea de que alguien le pusiera una multa.

Quizás Cooper tenía un hermano gemelo. Esa era la única explicación racional. Cooper debía estar atado en alguna parte y aquel debía ser Tucker o Sawyer o Peter Hill. Era el gemelo malo.

—La detención de un ciudadano —dije cantarina, pasando a través de las malas hierbas y disfrutando a fondo el principio de aquella cita—. Voy a llevar a cabo la detención de un ciudadano, oficial. Por favor, no se resista. Soy muy fuerte y muy rápida.

Él sacudió la cabeza y se rió cuando se detuvo y me esperó.

—¿Te importaría prestarme tus esposas para la detención de mi ciudadano? —pregunté, cortésmente—. ¿Son de tu tamaño? ¿Son talla única?

—Eres demasiado —dijo, levantando una sección suelta de la cerca de alambre y haciendo un gesto hacia mí para que pasara por debajo.

Me encogí de hombros.

—No tengo mis propias esposas. Soy gerente de la tienda de mascotas. Que se escapa antes del final de su jornada laboral tras ser coaccionada.

—Qué rebelde —dijo, mientras yo me colaba a través del agujero en la valla y seguidamente me volvía a esperarlo.

—Te lo advierto, Oficial. Si corres, Banana se te tirará encima —continué, sin poder evitar una sonrisa de oreja a oreja—. Él es un agresivo perro de ataque a pesar de las apariencias.

—Lo tendré en mente —dijo, dejando caer la valla de nuevo a su lugar después de que él se arrastrara a través de ella. Luego rascó a Banana detrás de la oreja. Banana lamió rápidamente su dedo meñique, moviendo la cola alegremente—. Sí, agresividad es sin duda la palabra que utilizaría para describir a Banana.

Sonreí y Cooper me devolvió la sonrisa. Puso su brazo alrededor de mi hombro y me condujo hacia el depósito de agua. Con su fuerte brazo alrededor de mí, el depósito de agua de repente no parecía tan desolado y decrepito. Estar envuelta en su abrazo hizo que pareciera hermoso bañado por el sol de la tarde. De repente, pude escuchar el canto de los pájaros y el olor de las flores silvestres en la brisa suave y sedosa. La pintura vieja del depósito de agua de alguna manera parecía brillar con el brazo de Cooper en mí y el óxido de alrededor ya no parecía aburrido.

Vale, definitivamente me gustaba Cooper. Mucho.

—Cogeré a Banana —dijo cuando llegamos a la escalera de la base del depósito.

Me quedé mirando la larga subida.

—¿Vamos allá arriba?

—Esa es la idea.

Me quedé boquiabierta hacia él.

—¿Seguro que no prefieres ir a buscar pizza? ¿O leer libros de códigos de policía o algo así? Levantó una ceja traviesa.

—Si no te conociera bien, diría que estás pensando con la cabeza ahora mismo.

—La lógica es definitivamente necesaria en este momento —Miré de nuevo hacia lo alto del depósito de agua situado en la parte superior de la escalera—. Tal vez la lógica está gobernando mi cerebro porque no quiero caerme y abrirme la cabeza en nuestra tercera cita.

Él rió.

—Estarás bien.

Al final, sólo me costó unos chillidos de niña y un par de ráfagas de «voy a morir» llegar a la parte superior de forma segura. Sintiéndome a salvo en lo alto, fui a besar aquel lugar antes de darme cuenta de lo sucio que debía de estar. Me dediqué a cerrar los ojos y apoyarme contra el depósito de agua con un suspiro de satisfacción. Cooper subió después de mí y se arrastró hacia mi sitio para sentarse a mi lado. Sentí su hombro contra el mío y puso su mano en mi pierna.

—Abre tus ojos.

—Ni hablar —dije, sacudiendo la cabeza profusamente. Un no rotundo, capitán. Se lo agradecía de corazón, pero no gracias. Ni en un millón de años, de eso nada monada, por encima de mi cadáver.

—Abigail... —Cooper trazó pequeños y reconfortantes círculos en mi pierna con su pulgar—. Abre los ojos y disfruta de la vista.

Entreabriendo solo un ojo, lo miré a través de la estrecha rendija. Él apuntó con la cabeza hacia el borde de la barandilla. Tomando una inhalación profunda y soltando una exhalación

temblorosa hacia fuera, abrí mis dos ojos. Oh guau.

La vista de Sacramento se extendía ante nosotros sobre el río con sus reflejos dorados brillantes de los últimos rayos de sol. Tonalidades brillantes de color rosa y naranja y amarillo bañaban el gran ancho cielo, que parecía extenderse hasta el infinito. Y no había nadie más que nosotros. Y pensar que yo esperaba que fuéramos a una biblioteca...

—Este lugar es increíble —Mi voz era casi un susurro. Me volví a Cooper y lo encontré sonriendo de la misma manera que yo. Pero Cooper no estaba admirando la vista desde el depósito de agua. Él me estaba mirando. Nos miramos a los ojos y yo, también, de alguna manera me olvidé de la vista incomparable frente a nosotros—. ¿Cómo encontraste este lugar?

Se dio la vuelta, apoyando su cabeza contra el depósito de agua mientras miraba hacia el río.

—No he estado aquí en años —dijo, mirándome por el rabillo del ojo—. Pero solía venir aquí muy a menudo cuando era un niño.

La imagen de Cooper siendo un niño me hizo sonreír.

—¿Cuántas multas le pusiste a los niños del barrio por montar en sus triciclos demasiado rápido? Apuesto a que eras bueno en el juego de Simon dice.

Cooper se rió, pero había un peso en su risa que no podía entender. No era despreocupada y su sonrisa no se reflejaba en sus ojos. Luego miró hacia abajo.

—No creo que me reconocieras de niño. Era muy diferente de lo que soy ahora.

Mis cejas se juntaron.

—¿Cómo es eso?

Abrió la boca como si fuera a decir algo, pero luego vaciló y se echó a reír, sacudiendo la cabeza.

—¿Qué? —pregunté.

—Nada.

—Dime —Le di un codazo juguetonamente en el lado, despertando a Banana de su siesta en el regazo de Cooper—. Vamos —insistí—. Sé que ibas a decir algo, solo dilo.

Él miró hacia la parte superior del depósito de agua.

—En aquel momento... En realidad era más como tú.

—¿Cómo yo? —Señalé a mi pecho porque simplemente no lo podía creer. ¿Cooper solía ser como yo?

—Lo sé —dijo, mirando como Banana rodaba para encontrar otro lugar cómodo—. Es difícil de creer, pero es cierto. Vivía la vida al máximo. Yo era aventurero e imprudente.

—Oye.

—Y salvaje...

—Oye.

—Y loco.

—No estoy loca.

Cooper me miró directamente a los ojos y levantó una ceja.

—¿Vamos a tener que hablar de tu presentación y su título que es como una novela larga?

Eh. Estaba en lo cierto.

—Bien —murmuré—. No hay nada malo en tener un poco de locura.

—Como dije —continuó—. Yo también estaba loco. Pero, bueno, ahora soy diferente.

Una vez más sentí que un peso invisible parecía arrastrar hacia abajo su cabeza y hundirle los hombros y ensombrecer su alma. Él jugueteó con un hilo perdido de un botón de su camisa perfectamente planchada (como siempre). Dudo que hubiera sabido que estaba allí cuando salió de su casa o lo habría recortado con sus pequeñas tijeras que probablemente estarían etiquetadas como «Tijeras para cortar hilos» en su cajón de «Tijeras varias». Una loca imaginación por mi parte.

—Abigail —dijo después de un momento de silencio—. Yo sé que tuvimos un comienzo un poco difícil y sé cómo puedo ser a veces. A veces puedo parecer un poco... estricto

Cierto, yo dije a la vez «robótico».

Él sonrió.

—Sí, tal vez un poco robótico.

—Un poco —dije con una sonrisa sincera. Tenía miedo de admitir que tal vez, sólo tal vez, había llegado a gustarme todo de él, incluyendo su lado robot. Cada parte de él era Cooper y yo parecía estar creciendo junto a él.

Observó mi reacción mientras movía su mano hacia la mía. Nuestros dedos se entrelazaron y me gustó la sensación. Me gustó mucho.

—Te traje aquí porque quería que pudieras verlo —dijo, haciendo una pausa por un momento. Pude sentirlo tratando de encontrar la manera de decir lo que quería decir—. Porque yo quiero que conozcas más de mí, no sólo el lado robótico.

Fruncí el ceño, un poco confundida por lo que quería decir.

—¿Más de ti?

Él se movió incómodo y luego me apretó la mano.

—Sólo dame un poco de tiempo para explicarme, ¿de acuerdo?

Asintiendo, apoyé la cabeza en su hombro y retomé la vista panorámica que se extendía desde allí.

Su pecho subió mientras respiraba hondo.

—En la escuela secundaria, tenía un amigo que era como un hermano para mí, Harrison James. Este era nuestro lugar, este depósito de agua.

—Oh... —Yo apreté su mano, no quería interrumpirle.

Se movió de nuevo y quedó en silencio mientras yo trataba de esperar tan pacientemente como podía. Entendí que aquello era difícil para él... abrirse. No estaba segura de lo que él quería decirme, pero yo estaba seguro de que le quería escuchar. Finalmente, después de otra respiración profunda en la que sentí el ascenso y la caída de mi mejilla, continuó.

—Puede que no te lo creas, pero Harrison y yo solíamos traer cerveza a este lugar. La cerveza que habíamos comprado con mi identificación falsa.

Cooper era correcto. No podía creerlo. En absoluto.

—Nos gustaba entrar y subir hasta aquí y beber y escuchar música, a veces hasta que el sol se ponía detrás de nosotros —Su cabeza se movió y lo sentí sonriéndome—. O hasta que un policía poco divertido venía y salíamos corriendo.

Me reí en voz baja.

—¿Verdad que son lo peor?

—Lo peor —estuvo de acuerdo, haciendo círculos a lo largo del dorso de mi mano con el pulgar. Pensé que me iban a temblar los dedos—. Cualquiera norma que hubiera por ahí, yo quería romperla. Me rebelé contra mis maestros, mis padres y mis consejeros. El director me conocía por mi nombre y no era precisamente porque estuviera en la lista de honor. Pasé más tiempo en su oficina que en biología.

—Es difícil de imaginarte de esa manera —dije, sacudiendo la cabeza. No, no me podía imaginar ese Cooper. ¿Habría llevado el pelo desgreñado y rebelde? ¿Habría llevado camisetas de bandas de rock y celebrado fiestas bajo las gradas del campus después de clase? Me sentí como si estuviera oyendo hablar acerca de una persona que no conocía, una persona totalmente independiente del hombre responsable y organizado contra el que estaba apoyada.

—Pensé que era un rebelde guay —dijo, sacudiendo la cabeza—. Pensé que estaba viviendo la vida al máximo y que los límites y las responsabilidades eran cadenas que me retenían. Harrison era mi socio en el crimen, contra viento y marea. Mi mejor amigo.

Escuché a Cooper tragar y quise ver su cara, pero me quedé quieta para no interrumpir su confesión, porque eso era exactamente lo aquello parecía: una confesión. Así que, mantuve mi mano y mi cabeza en su hombro.

—¿Qué ha cambiado? —pregunté.

—Era nuestro último año y los dos teníamos diecisiete años —dijo con una voz tan tenue que apenas podía escuchar—. Se celebraba un concierto de rock en las afueras de Sacramento al que queríamos ir. Sin embargo, nuestros padres habían dicho que no, por supuesto. Harrison pensaba que no ir al concierto iba a ser una tragedia, así que insistí en que aún así iríamos. Me dije que íbamos a ir. Le dije que nos íbamos a arrepentir si no lo hacíamos. Dije que teníamos que vivir de forma salvaje y libre. Y lo convencí de salir esa noche.

Un escalofrío recorrió mi columna vertebral. Esperé.

—Me escapé de casa de mis padres con las llaves del coche de mi padre y recogí a Harrison de su casa. Él cayó entre los arbustos de debajo de la ventana de su habitación y nos reímos de ello todo el camino hasta el concierto. La noche estaba siendo todo lo que había esperado que fuera. Lo estábamos pasando bomba. Todo era perfecto hasta que un conductor borracho se saltó un stop y golpeó nuestro coche a una manzana de la casa de Harrison. Murió en el acto tras el impacto.

Deje de respirar. Harrison había muerto aquella noche.

—Yo me llevé un rasguño en la frente y una indemnización.

Se me hizo un nudo en la garganta del tamaño de una roca. Entendí. Comprendí lo que Cooper quería compartir conmigo. Entonces comprendí lo que quería decir cuando me explicó que quería que conociera más de él. Era algo más que un policía, algo más que un seguidor de las normas, más que un robot.

Tenía una historia detrás de esa fachada. Había cometido el error de verlo como si él solo pudiera contemplar el mundo en blanco y negro. Pero era más que eso. Tenía tonos de gris. E incluso tenía tonos de color. Era amable y atento y reflexivo y divertido. Había cometido errores y tenía remordimientos y había tratado con el dolor y el daño y la tristeza.

Era difícil saber qué decir cuando alguien te cuenta una historia como la suya. Nunca parece que las palabras vayan a ser suficientes. No decir nada parecía perfecto. Así que vi la puesta de sol y apoyé la cabeza contra Cooper y pensé en lo que debería decirle.

—Te entiendo, Cooper —dije, frotando mi mejilla contra su hombro—. Veo como eres.

Sabía que mis palabras no decían todo lo que querían decir, pero él apretó mi mano y apoyó la cabeza contra la mía y supe que había dicho suficiente.

Capítulo siete

Aquel era el día.

Aquel era el día en que se decidiría todo.

Aquel era el día en que el comité votaría.

Pero primero tenía que mostrar mi presentación. Y antes de realizar la presentación, estaba bastante segura de que iba a vomitar. Y antes de vomitar, tenía que tener algo en mi estómago para poder hacerlo. El problema era que seguía rechazando todo lo que Hannah intentaba que me comiera.

—Abigail —dijo, poniendo sus manos en sus caderas—. Tienes que comer algo o te desmayarás durante tu presentación.

Hannah puso un muffin de chocolate en frente de mi cara como si fuera mitad un misterioso talismán intentando hipnotizarme para que comiera y mitad un premio que usaría con Banana para que obedeciera.

—Estoy demasiado nerviosa para comer —le dije, mordiéndome las uñas y mirando toda la sala de conferencias del ayuntamiento que se iba llenando constantemente de hombres y mujeres que usan sórdidos trajes negros e incluso aún más sórdidos ceños. Tras mi cita con Cooper en el depósito de agua, algo había cambiado dentro de mí. Él y yo hablábamos por teléfono todos los días, quedábamos para tomar café y no podía imaginar mi vida de otra manera. Pero ahora era el lunes siguiente y tenía que comparecer frente a la comisión para gastar mi última bala y salvar el refugio de Reagan en el granero. Estaba más que petrificada—. Lo siento, Hannah, es que no puedo comer. Hay demasiado en juego con todo esto.

Independientemente de mi declaración, miré la magdalena con trocitos de chocolate con interés, reflexionando sobre si eran o no chips de chocolate. Hice ademán de alcanzar el dulce cuando Hannah sonrió, pero el estómago me dio un vuelco de repente y alejé mi mano gimiendo.

—Hannah, sube ahí por mí —dije, empujando mis apuntes hacia ella con los dedos sudados—. ¿Por favor por favor por favor? Gracias te quiero. Eres la mejor.

—Sigue soñando, chica —Ella se rió, mordió un poco el muffin y levantó las cejas—. Si de verdad me quieres, entonces deberías hacer tú la presentación para mi jefe.

—Touché —Me quejé. En mi corta carrera en la facultad de derecho, había hecho presentaciones frente a grandes audiencias periódicamente. Era una especie de parte del trabajo. Pero nunca antes había tenido un problema que me hiciera rechazar muffins de chocolate con trocitos de chocolate. Yo sabía por qué esa vez era tan diferente: me importaba.

Me preocupaba por los perros que aquella donación podría salvar. Me preocupaba por lo que esa donación podría ayudar a mi amiga. Me preocupaba por hacer algo en lo que creía en mente, cuerpo y alma.

En la facultad de derecho no me importaba nada, era la razón por la que lo había dejado. Era la razón por la que me había mudado e iniciado una nueva carrera, y me había convertido en una mujer distinta. Fue la razón por la que cambié mi apellido. Ostras, pensé, todavía tenía que cambiar eso en mi permiso de conducir.

Esa tarea pendiente me distrajo brevemente de mi nerviosismo aplastante. La ansiedad había comenzado a colarse de nuevo en mí cuando Cooper entró en la sala. Sus ojos buscaron entre la multitud cada vez mayor, algo que hizo que mi corazón se agitara porque sabía exactamente lo que estaba buscando: a mí.

Una sonrisa se extendió por su rostro y sus ojos se iluminaron cuando me vio y le sonreí en respuesta a su sonrisa. Luego señaló a la puerta en el lado opuesto de la sala de conferencias. Le aseguré a Hannah que estaría de vuelta y me hizo un guiño.

—Ve a flirtear con el ligón—Se dirigió a mí desde la distancia y se golpeó la frente de forma exagerada—. Tonta de mí, quería decir ve a luchar por la donación.

Me di la vuelta con las mejillas calientes.

—¡Hannah!

Ella se encogió de hombros.

—Que vaya bien sea lo que sea.

A juzgar por la sonrisa que no podía contener, ella estaba lejos de sentirse arrepentida de lo que había dicho. Negué con la cabeza y me introduje a través de la multitud hasta llegar a la tranquila y vacía sala donde encontré a Cooper apoyado en la pared. Levantó la cabeza cuando el clac agudo de mis tacones golpeó el suelo de mármol.

—¿Nerviosa?—Me preguntó mientras tomaba mis manos entre las suyas.

—No—mentí—. No mucho. No señor. ¿Nerviosa? ¿Yo? Cómo podría... Es decir por qué habría de estarlo... No estoy nerviosa. Tú estás nervioso.

Se rió y me apretó las manos haciendo que mi nervioso parpadeo se detuviera.

—No debería estar nervioso—dije sacudiendo la cabeza—. Soy buena en este tipo de cosas. Al menos solía serlo. En la facultad de derecho era...

—¿Facultad de derecho?

Se me quedó mirando como si hubiera hablado japonés. Sonreí, me encantaba pensar que lo que le iba a contar le sorprendería.

—Sí, colegio de abogados—dije, tirando los hombros hacia atrás y poniéndome recta—. Una servidora se siente orgullosa de haber abandonado la facultad de derecho.

—Yo... Yo solo... ¿la facultad de derecho?—Era el turno de que Cooper parpadeara—. ¿Abigail Apple? ¿Leyes? Reglas y leyes y reglamentos y estatutos y el orden y reglas y...

—Creo que has repetido reglas.

—Y mazos y códigos y normas.

Me encogí de hombros.

—No eres el único que solía ser diferente.

Él se había sincerado conmigo la semana pasada, algo que nos había unido más. Yo sabía que había sido un gran paso para él, uno honesto y doloroso. Y al mirarle a los ojos, sabía que tenía que dar el mismo paso para él.

Yo le quería enseñar todo de mí. No sólo la que era ahora. Porque al igual que Cooper, yo no sería la mujer que estaba en ese mismo momento en ese pasillo sin haber sido la mujer que solía estar en la escuela de derecho años antes.

Si quería que Cooper fuera mi futuro, necesitaba mostrarle mi pasado.

—Mis dos padres eran abogados —dije, aspirando una bocanada de aire—. Exitosos y serios abogados que esperaban que su hija se convirtiera en una exitosa y seria abogada.

—La presentación en la estación de policía —dijo, con realización escrita en sus ojos—. ¿Influencia residual de tus padres?

—Una chica puede escapar de la escuela de derecho, pero no puede escapar de padres estrictos, exigentes y controladores.

Se rió de mi broma.

—Crecí haciendo lo que se esperaba de mí. Asistí a clases avanzadas, clubes de debates después de la escuela y prácticas en el tribunal local —Se me hizo un nudo en el estómago al mentalmente revivir la miseria de no ser yo—. Me especialicé en inglés en la universidad porque mis padres lo quisieron. Acepté sin tan siquiera pensar si quería especializarme en inglés o no. También solicité entrar en la facultad de derecho sin pensar en ello. Asistí a clases sin pensar en nada. Fui día a día en piloto automático sin pensar si aquellas opciones me hacían feliz. Sin pensar si le estaba haciendo algún bien a alguien. Sin pensar si aquello era lo que quería en el fondo de mi corazón.

—Entonces, ¿qué cambió? —preguntó sin dejar de acariciar su pulgar contra mi mano.

—Te vas a reír —respondí, dejando caer mi mirada de la suya.

—Entonces nos reiremos juntos.

Miré hacia él. Él estaba en lo correcto. ¿Qué había de malo en reír?

—Estaba en un parque leyendo un libro sobre la ley de impuestos y me cayó una manzana en la cabeza —dije, recordando de nuevo aquel día.

Esperé la respuesta de Cooper. Se quedó en silencio por un momento, pero me di cuenta del movimiento de su pecho. Una pequeña risa escapó de sus labios y el sonido me hizo reír. Se rió de mi risa y me reí de la suya y nos quedamos solos en el pasillo riendo tan fuerte que teníamos lágrimas en los ojos y nos cogíamos los costados.

—He cambiado mi vida entera porque me cayó una manzana en la cabeza —Me las arreglé para decir a través de la risa casi histérica—. ¡Una manzana!

Él contuvo el aliento y se echó hacia atrás, limpiándose los ojos.

—Abigail Apple —dijo en tono sibilante—. Nunca he estado tan agradecido a una fruta en toda mi vida.

Dejé de reír cuando él me sonrió.

—Cada manzana que vea ahora, pararé y la besaré —Continuó—. Todos los agricultores del mercado van a tener que ahuyentarme de sus cosechas y todas las tiendas de comestibles van a tener que prohibirme la entrada y cada trabajador en cada huerto va a tener que poner las cercas altas para mantenerme lejos, porque voy a besar a todas y cada una de las manzanas que encuentre.

Las lágrimas se me acumularon en los ojos de nuevo, y no fruto de mi risa incontrolable anteriormente, sino por una otra razón.

—Besar manzanas está en contra de las reglas —dije en voz baja.

Sus ojos no dejaron de mirarme cuando dijo, tan suavemente:

—Lo sé.

Sonreí.

—Pero le tengo que agradecer a una manzana que estés en mi vida —dijo, y me miró de la forma más adorable que había visto nunca—. Esos perros del refugio tienen que agradecer mucho a una manzana. Tus amigos tienen que agradecer a una manzana. Así que romperé una regla o dos por una manzana.

—Esos perros tienen que agradecer a mucho más que a mí —dije, dándole un golpecito juguetonamente con el hombro—. Ellos te tienen a ti también. Tienen que agradecer a una multa por velocidad y a una mala primera cita y una muy buena segunda cita.

Sonrió al mismo tiempo que alguien desde el interior de la sala de conferencias anunciaba entre el zumbido de la multitud que las presentaciones comenzarían en dos minutos. Mi estómago dio un vuelco.

—Abigail, quiero que sepas algo —dijo, pareciendo darse cuenta de mi incomodidad—. Vas a hacer un gran trabajo allá arriba en el escenario. No tengo duda.

Asentí.

—Todas mis hojas de cálculo están preparadas y comprobé por tres veces las diapositivas anoche. Los números están ahí...

—Abigail.

—Rehice el análisis de costos para que sea más convincente para el comité, pero quizás debería haber incluido la inflación. No he incluido la inflación. ¿Por qué no incluí...

—Abigail.

—Mi desglose de los costes de la granja debe ser preciso. Los servicios públicos y el consumo anual de alimentos para perros y mantenimiento de cercas y corrales y...

—Abigail.

—¿Son los gráficos circulares demasiado «monos»? —pregunté, con mi mente dándole vueltas mientras balbuceaba. Ya no tenía tiempo y si no estaba completamente preparada, les fallaría a todos... Cooper, Reagan y los perros. Debería haber hecho más. Debería haber trabajado más duro—. Debería haber utilizado un gráfico de barras. Todo el mundo sabe que un gráfico de barras es más profesional. ¿En qué estaba pensando? ¿Un gráfico circular? ¡¿Un gráfico circular?!
—¡Apple!

Abrí la boca para continuar, pero de repente Cooper me sacudió en la frente. Miré con incredulidad, ya que me acababa de golpear. Me froté la zona.

—Ay —dije, frunciendo el ceño ante la sonrisa en su cara y haciendo pucheros de forma más petulante de lo que pretendía. Me crucé de brazos y comenzó a golpear el suelo con la punta del pie—. ¿Por qué narices has hecho eso?

—Ha sido solo un recordatorio —dijo, y luego se inclinó y le dio un suave beso a ese mismo lugar que había golpeado en mi cabeza. Sólo podía mirarlo en estado de shock mientras se retiraba y me sonreía. Me retiró un corto mechón de pelo de mi frente de forma tan suave que hizo que se me pusiera la piel de gallina—. Un recordatorio de que ahora eres Abigail Apple. Así que sé Abigail Apple. Ella es alucinante.

Se me hizo un nudo en el estómago.

—Pero un gran peso recae sobre mí.

—Te prometo que esos perros no perderán su casa, ¿de acuerdo? —Él tomó mis mejillas con

sus palmas de las manos—. No voy a permitir que eso ocurra, así que deja de preocuparte. Nunca te he visto así.

Asentí. Era todo lo que podía hacer.

—Sólo sé tú misma allá arriba —dijo, mirando hacia la puerta de la sala de conferencias cuando el vozarrón invitó a todos a tomar sus asientos—. Sé Abigail Apple.

Sus manos se separaron y yo me incliné hacia él justo cuando él se iba como un viento cálido de verano. Casi me caigo de tanto que me había inclinado. Mi bolso se deslizó de mi hombro y su contenido se esparció por el suelo de mármol.

Sacudiendo la cabeza y riéndome de mí misma, me agaché para recoger todo. Allí estaban las pequeñas cosas: brillo de labios y corrector, pañuelos, una horquilla y una lista de la compra de hacía seis meses. Estaba la corbata de Banana del día de mi presentación a Cooper en la estación de policía. Obviamente, estaba mi cartera, mis llaves y el teléfono móvil. Pero también estaba mi unidad flash USB.

Mi unidad flash USB, la que contenía mi meticulosamente escrita, exhaustivamente investigada, agonizantemente analizada presentación para el comité que estaba mirándome fijamente allí en el pasillo vacío mientras meditaba lo que Cooper me había dicho antes de irse: Sé Abigail Apple.

Me quedé mirando la unidad flash USB que contenía mi presentación y me encontré reflexionando por qué, realmente por qué, aún no había cambiado de nombre el carnet de conducir. Yo misma había dicho una y otra vez que no tenía tiempo con mi trabajo y el voluntariado. Me dije que era porque hacer cola en tráfico era una experiencia peor que cualquier otra en la tierra.

Pero tal vez era porque aún no había adoptado plenamente ser Abigail Apple. Y tal vez aquel era el día en que lo haría. Después del estímulo de Cooper, quizás fuera el día en que finalmente había vuelto a ser lo suficientemente valiente. Entonces supe lo que tenía que hacer.

Con una sonrisa en mi cara, agarré la unidad flash USB y me dirigí directamente a la papelera más cercana. La lancé y envié mis tacones del colegio de abogados justo después de ella. Descalza y valiente, rebusqué mi teléfono móvil y marqué el número de Reagan.

—Abigail —respondió ella, sin aliento—. Estoy saliendo en este momento. Lo siento voy tarde. Hubo un incidente entre dos cachorros y un hueso de juguete, ahora desintegrado. Pero yo...

—¿Has dicho que todavía no has salido? —pregunté.

—No, lo siento. Llegaré antes de tu presentación, lo prometo. Salgo ahora mismo...

Sonreí.

—No hay problema. Me alegro de que se te haya hecho tarde. Aunque lo siento por el juguete desintegrado.

—¿Eh?

—No salgas todavía.

Hubo una pausa al otro lado del teléfono.

—¿Por qué no?

—Porque tengo un plan —dije, con la emoción corriendo por mis venas. Ya no sentía una pizca de nerviosismo. Era Abigail Apple.

Y sabía qué hacer.

Capítulo ocho

En mi presentación de treinta minutos para el comité que decidiría qué organización benéfica local recibiría la donación de cien mil dólares, no pronunciaría un solo número. No mostraría ni un gráfico circular. No habría ninguna hoja de cálculo a la vista.

Habría, sin embargo, una gran cantidad de cachorros.

Bueno, si llegaban en los siguientes tres minutos.

Me puse de pie en el pasillo, andando arriba y abajo sobre mis pies descalzos apenas tres minutos antes de mi intervalo de tiempo asignado, y tratando de no ver como avanzaba la segunda maneta del reloj de la pared cuando oí el primer ladrido.

Corrí hacia la escalera y fui casi golpeada por una ráfaga de cachorros y perros. Después de recuperar el equilibrio, mi mirada se dirigió a Reagan, Krista y Hannah dando un tirón a las correas de nuestros amigos peludos. Entonces me arrodillé entre la ráfaga de besos húmedos y la caída del pelo a la vez que mis amigos se inclinaban sobre sus rodillas, jadeando y resoplando.

—¿Llegamos demasiado tarde? —preguntó Reagan entre bocanadas de aire.

A modo de respuesta, la puerta de la sala de conferencias se abrió y una mujer inclinó la cabeza hacia fuera.

—Abigail Apple, su turno —dijo la mujer.

Hice un guiño a Reagan.

—Justo a tiempo.

Cuando entré en la sala de conferencias, la mujer susurró:

—El ordenador portátil está configurado para usted con el proyector. Sólo tiene que poner su unidad flash USB y listo.

Sonreí y asentí. Pero cuando llegué a la parte delantera de la sala y me puse delante de trece personas del comité y el público interesado sentado detrás de ellos, apagué el proyector.

Desde el lateral, la mujer agitó las manos.

—No, se necesita tenerlo encendido para poder ver la presentación.

Me incliné hacia ella.

—Voy a hacer algo teatral en lugar de la presentación. No se preocupe.

Ella levantó las manos como si fuera a decir: «Haz lo que quieras, pero no digas que no te lo advertí». Me volví a mi público y pillé a Cooper mirándome.

—Damas y caballeros —Empecé, de pie con las manos cruzadas delante de mí—. Tenía una presentación preparada para el día de hoy porque quería convencer a sus mentes de que El Refugio de Reagan es quien debe recibir la donación caritativa.

Hice un gesto con la mano hacia Reagan, que estaba esperando en la puerta de la sala de conferencias.

—Pero me acordé de alguien muy querido para mí, el corazón es igual de importante. Así que aquí va...

Y durante los siguientes treinta minutos compartí mi experiencia personal con el refugio de Reagan en el granero, mientras que los perros estaban sentados en el regazo de los miembros del

comité, acurrucados bajo sus sillas y sentado junto a ellos y consiguiendo de vez en cuando que les rascaran una oreja o un masaje en el vientre. Hablé abierta y honestamente sobre el impacto que el voluntariado había hecho en mi vida. Señalé a Banana y la alegría que me había traído mientras lamía la oreja de Cooper. Y expliqué la necesidad de proteger a las mascotas.

Dejé que los perros hicieran el resto.

Al final de mi presentación, ayudé a Reagan, Krista y Hannah y a algunos miembros del público a reagrupar a los perros y luego repartí rodillos de quita pelusa a todos los miembros del comité para que pudieran eliminar el pelo de perro de sus trajes de negocios.

Como jefe de la comisión, Cooper se puso de pie en la parte delantera de la sala de conferencias y anunció que ya que aquella había sido la última presentación, ellos se irían en aquel momento a deliberar y más tarde volverían a anunciar el ganador de los cien mil dólares. Conforme Cooper dejaba la sala con los otros doce miembros del comité, me echó una mirada entre el caos de los veinte cachorros hambrientos y me guiñó un ojo.

Yo sabía que lo había hecho.

Yo sabía que el refugio en el granero estaba a salvo.

Yo sabía que el comité votaría por él.

Así que después de diez minutos de alivio de vejigas de perros y acorralando a los perros en el parque de detrás del Ayuntamiento, regresé a la sala de conferencias con confianza en mi corazón. Cuando el comité se presentó de nuevo y tomó asiento, no me sentí nerviosa o ansiosa o preocupada en lo más mínimo. Y cuando Cooper se puso de pie sosteniendo un cheque gigante y volviéndose para ocultar el nombre del ganador, no tuve nada que temer porque ya sabía las palabras que iban a salir de su perfecta boca la cual tenía ganas de besar.

—Ha sido una decisión muy difícil —comenzó Cooper.

Asentí con la cabeza, pensando que por supuesto que tenía que decir eso.

—Creedme cuando decimos que nos gustaría poder dar la donación de cien mil dólares a cada una de las organizaciones benéficas que presentaron hoy. Todas son merecedoras y esto sólo demuestra cuanto trabajo queda por hacer en la ciudad.

Asentí de nuevo, lista para que dijera lo que yo ya sabía.

—Pero hemos tenido que elegir sólo una organización para esta donación y estamos muy contentos de anunciar...

Se detuvo, pero yo ya me iba acercando hacia la parte delantera de la sala cuando dijo:

—La organización que va a recibir la donación de la ciudad de Sacramento es...

¡Era el momento!

—...¡Construyendo Amistades!

Di un medio paso y parpadeé. Un momento. ¿Qué?

Entonces vi a Jill Parnell, directora de Construyendo Amistades, una organización sin ánimo de lucro dedicada a los sin techo, de pie y andando hacia Cooper enfundada en su traje de diseño y sus zapatos de tacón alto mientras el público aplaudía. Traté de llamar la atención de Cooper, pero se situó frente a la directora mientras estrechaba su mano y le pasó el cheque gigante que tanto necesitaban los dulces perros de Reagan. Bizqueé para leer el nombre en el cheque, con la esperanza de que se aclararían las cosas.

Sin duda, el cheque debía decir El Refugio de Reagan, pero Cooper debía haberse puesto nervioso y lo había anunciado mal. Eh, si puede ocurrir en los Oscar, también puede suceder en el Ayuntamiento de Sacramento. Entrecerré los ojos, pero no importaba cuánto lo hiciera, el cheque seguía llevando el mismo nombre: Construyendo Amistades.

Construyendo Amistades, no Refugio en el Granero.

Mi estómago se revolvió y sonó mi bolso, saqué el móvil y traté de no lanzarlo. En la pantalla de mi teléfono móvil apareció un mensaje de texto de Reagan, que estaba afuera con Krista y Hannah cuidando de los perros: «Hemos escuchado los aplausos. ¿Ganamos? ¿Se salvan los perros?».

Me vine abajo. ¿Cómo podría decirles que había fallado? ¿Cómo podría contestarles que los perros no iban a tener ningún sitio al que ir cuando cerrara el refugio? ¿Cómo podría expresar cuánto lo sentía?

Aquello no estaba pasando. Todo el mundo a mi alrededor estaba feliz y yo no entendía por qué. Algo no estaba bien. Esto no estaba bien claramente.

¿Nadie se preguntaba donde iban a ir los perros de El Refugio de Reagan cuando se cerrara? ¿No se preguntaban cómo iban a conseguir los perros su próxima comida, su siguiente aseo y su próximo paseo? ¿No les importaba que los perros se mantuvieran con vida?

Las personas de aquella sala debían tener respuestas que yo no tenía, porque desde mi posición no había ninguna razón para estar feliz.

—Queremos agradecer a todos el haber asistido hoy —dijo el alcalde desde el podio cuando todo el mundo guardó silencio—. Estamos muy orgullosos del trabajo que ha realizado esta comisión y sobre todo su muy dedicado jefe del comité, el oficial Cooper Hill.

Aplaudí, aturdida, sin saber qué otra cosa hacer. Sentía como si mi cuerpo no fuera mío. Se suponía que debía ser la celebración de un cheque para El Refugio de Reagan. Y apenas sabía qué hacer conmigo misma. Era todo lo que podía hacer para no romper a llorar.

—A mi entender, el voto se redujo a un desempate —continuó el Alcalde—. Así que gran trabajo para todas las organizaciones benéficas por su ayuda a la comunidad. ¡Nos vemos el próximo año!

¿Un desempate? Vi a Cooper entre la multitud. Todavía estaba hablando con la directora de Construyendo Amistades, que estaba hablando animadamente con él. Al igual que todos los demás en la sala, él parecía feliz. Ladeé mi cabeza hacia un lado mientras lo miraba fijamente. Un desempate...

Las piezas estaban todas allí, pero mi mente no estaba preparada para encajarlas. La imagen del rompecabezas esparcido era tan clara, tan obvia, tan inevitable, y sin embargo no quería verlo. Porque eso significaría que Cooper había sido el voto decisivo. Significaría que Cooper, mi Cooper, era el que había votado por Construyendo Amistades en lugar de por Refugio en el granero.

Esto significaba que Cooper me había mentado cuando dijo que los perros no perderían su

casa.

En ese momento, se volvió hacia mí encontrándose con mi mirada. Entonces su sonrisa desapareció. Sentí que las lágrimas me picaban en los ojos y luego huí tan rápido como pude de la sala. Volé por las escaleras, ansiosa por salir de allí y alejarme del ayuntamiento y de él. La gente me miraba con preocupación cuando pasaba apresurada junto a ellos, limpiándome los ojos, corriendo con mis pies descalzos.

Empujé las puertas del ayuntamiento para abrirlas y estaba en mitad de la escalera cuando oí a Cooper gritar mi nombre. No le hice caso.

—¡Abigail! —Volvió a llamar.

Me mantuve corriendo, pero me alcanzó y puso una mano sobre mi brazo. Él me dio la vuelta mientras yo trataba de ocultar mis lágrimas.

—Abigail, por favor solo...

—¿Has participado en el desempate? —pregunté, reemplazando rápidamente mi dolor por ira. Resultó que las lágrimas seguían llegando independientemente de qué emoción fuera por delante —. ¿Has sido el voto decisivo en el comité? —pregunté.

Esperé, con la esperanza de que él tuviera una explicación. Yo quería que dijera que había votado a favor de El Refugio de Reagan. Quise que dijera que había algún malentendido, algún estúpido malentendido. Esperé y esperé, pero en el fondo sabía la respuesta.

Suspiró y tomó mi mano.

La rechacé y me crucé de brazos.

—Dímelo.

Se pasó los dedos por el pelo.

—Sí... Voté por Construyendo Amistades.

Bueno, allí estaba... inevitable y doloroso.

—Dijiste que ibas a votar a favor de El Refugio de Reagan —dije, tratando de ocultar la desesperación en mi voz—. Dijiste que todo lo que tenía que hacer era ser yo misma.

—No quise decir eso —dijo, formándose arrugas en su frente—. Sólo escucha durante dos segundos y te lo explicaré, ¿de acuerdo?

—¿Qué hay que explicar? —pregunté, con lo que el puño en el pecho. Yo quería estar loca. Prefería estar loca que pensar en el dolor de haber sido herida y traicionada. Me sentía estúpida, tan increíblemente estúpida por creer en él.

—Abigail, nunca dije que votaría por Refugio en el...

—¡No puedo creer que pensara que eras diferente! —dije, moviendo mis manos en el aire.

Él hizo una pausa y entrecerró los ojos.

—¿Qué significa eso?

La emoción hervía dentro de mí y ya no podía estar allí de pie. Me paseaba arriba y abajo por la acera cuando él bajó el último peldaño y se paró frente a mí.

—Pensé que habías cambiado —dije, con mi voz en peligro de llegar a un nivel que sólo los perros de Reagan detrás del ayuntamiento pudieran oír—. Pensé que te habías dado cuenta de que no siempre se puede pensar con la cabeza y que tenías un corazón. Pensé que eras más que un robot.

Él se encogió al escuchar las palabras, que claramente le había dolido más de lo que pretendí. Yo estaba herida, pero yo no quería hacerle daño a cambio. Abrí la boca para disculparme cuando oí el lúdico ladrido de Banana. Estaba con Reagan y los otros perros en el pequeño parque de detrás del ayuntamiento. Lo oí de nuevo y el dolor me inundó al pensar en lo que sucedería con los mismos amigos con los que estaba jugando en aquel momento. ¿Y si ese fuera Banana?

Me imaginaba el pequeño y peludo amor de mi vida en una jaula de metal fría en un suelo de hormigón. Me lo imaginé temblando y solo y atrapado en el interior durante todo el día. Lo vi en una vida alternativa en la que no existía el refugio de Reagan en el granero y no había ninguna granja y no había colinas y ni ningún sol caliente ni sombra fresca y agua fresca del arroyo.

Banana estaba a salvo conmigo. Siempre estaría a salvo conmigo. Pero, ¿los otros perros? Aquella vida alternativa que me había imaginado pronto sería su vida. Aquella vida alternativa sería su realidad. Y cuando miré hacia arriba a Cooper y pensé en lo fácil que podría haber cambiado su destino, no pude encontrar la fuerza en mi corazón para disculparme.

—Construyendo Amistades no hubiera cerrado sin la donación —dije con voz derrotada y triste—. El Refugio de Reagan tendrá que cerrar. Pero no te importa, incluso después de estar allí con todos esos perros. Todavía no te preocupa lo suficiente.

—Abigail...

—No — le interrumpí, levantando una mano hacia arriba—. Por favor, no digas nada más. No puedo oír nada más de este tema. Ya está hecho. Se acabó.

Abrió la boca, pero luego se detuvo.

—¿Qué se acabó?

—No creo que podamos estar juntos nunca más —dije, sintiendo mi corazón agrietado por segunda vez en el día. Crucé mi mano sobre mi pecho—. Sé que pienso con mi corazón y sé que a veces me mete en problemas. Sé que puede hacer que me aferre a las cosas con demasiada fuerza, que ame demasiado fuerte y que luce de forma demasiado obstinada. Sé lo que significa que mis emociones sean salvajes.

Respiré profundamente mientras él esperaba, me miraba con esos ojos azules. Una nota salada invadió mi boca, probando una de mis propias lágrimas. Fueron cayendo libremente y también estaba segura de que me moqueaba la nariz.

—Pero sentir todo con tanta intensidad significa que también quiero conectar con alguien de tú a tú —continué, sollozando temblorosamente—. Quiero compartir mi corazón con alguien que sea capaz de compartir su corazón conmigo.

Su rostro palideció y se quedó como una estatua. Pero yo sabía que me había oído.

—Y después de hoy, bueno... —Suspiré, sacudiendo la cabeza—. No creo que seas capaz de eso. Lo siento, pero me tengo que ir.

Sin decir una palabra, di media vuelta y continué por las escaleras y salí del ayuntamiento. Todavía iba descalza después de haber tirado mis tacones, pero no me importaba. Por la acera caminaba, haciendo caso omiso de las miradas a menudo confundidas o preocupadas de peatones pasando junto a mí por la acera. Tenía un lugar a donde ir y simplemente no me importa que me vieran así.

Cuando entré en la oficina, estaba ocupada, por supuesto que estaba. Sabía que lo iba a estar.

Pero cogí número, me senté y esperé y esperé y esperé. Aspiré el olor a humedad y me mantuve en espera. No me había ido el día como yo hubiese querido. No fue para nada como esperaba. Me esperaba estar bebiendo en aquel momento una piña colada de celebración con Reagan, Krista y Hannah. Y también con Cooper. Me esperaba estar caminando hacia el banco con aquel cheque ridículamente grande, con cuidado de que una ráfaga de viento no se lo llevase. Me esperaba ir con Reagan a su casero y entregar el dinero que necesitaba para pagar la entrada de la finca.

Esperaba que Cooper estuviera allí con nosotras.

Esperaba felicidad y alegría y risas aquella tarde. Pero sobre todo esperaba felicidad, alegría y risas con Cooper. Aquello no sucedió.

Pero aprendí una cosa: sabía quién era yo y quién quería ser. Sí, duele a veces sentir tan profundamente, preocuparse tanto, pensar con tu latiente y herido corazón. Pero no quería dejar de ser yo porque fuera difícil. Nunca quise ser la antigua Abigail, de paso por la vida. Yo quería ser Abigail Apple.

Finalmente me llegó el turno y me abrí paso entre la multitud que esperaba.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó el hombre.

Deslicé mi licencia de conducir por encima del escritorio.

—Tengo que actualizar mi apellido, por favor.

Capítulo nueve

Tres semanas más tarde, todavía lloraba cuando pensaba en el cierre de El Refugio de Reagan. Me había gastado más dinero en cajas de pañuelos de papel que en muchos años juntos. Me parecía que acababa de terminar una carrera de perros en trineo de miles de kilómetros en el Ártico. En serio.

Pobre Banana. Cada vez que lloraba se acurrucaba junto a mí y me lamia las lágrimas y tanta cantidad de sal no podía ser saludable para un perro tan pequeño. ¿Cómo se suponía que iba a encajar en sus pequeños y adorables suéteres otoñales si estaba tan hinchado?

Pero todavía tenía una herida en el corazón. Y no estaba del todo segura de que fuera únicamente por el cierre del refugio para perros de Reagan. Algo más faltaba. Alguien había desaparecido.

Algo que no aceptaba.

Pero aquel día no tenía nada que ver con un corazón roto. Tenía que tomarme un café antes de conducir hacia el refugio de Reagan en el granero. Bueno, ya no sería el refugio para perros de Reagan nunca más, ya que la propiedad había sido vendida y necesitaba mi ayuda para embalar todo. Los perros pronto se meterían en mi asiento trasero para ser conducidos a la Sociedad Protectora de Animales de Sacramento.

—Hoy es el día —Courtney me llamó mientras caminaba por la acera del centro hacia su carrito de café.

—Hola, Courtney —dije, arreglándomelas para mostrarle lo más parecido a una sonrisa que pude bajo las circunstancias existentes mientras preparaba mi bebida, un café con canela extra dulce.

—Hoy es el día —repetió, levantando su dedo en el aire con un guiño—. Tengo el nombre que hubiera sido fabuloso. No te recordará a ninguna cita fallida de la graduación. Te va a encantar.

Yo sabía que pensar en nombres de chico que le hubieran gustado si hubiera tenido un hijo antes de que fuera demasiado tarde era una especie de terapia para Courtney, pero el hecho de que ella hubiera tenido un amor y lo hubiera perdido me hizo sentir algo más triste aquel día. Aunque verla vestida con una camisa hawaiana decorada con surfistas me animó un poco, a pesar de la pesadumbre que llevaba mi corazón.

—Dime, Courtney —me dijo.

—¿Seguro que estás preparada?

Levanté mi pulgar en gesto de aprobación. Eso hizo que Courtney hiciera una pausa y el extremo de la pila de nata murió con una pulverización caótica a medias.

—Abigail Apple —dijo ella, levantando las cejas mientras dejaba la bebida—. No eres tú misma. Cuéntame.

Froté la palma de mi mano sobre la cabeza de Banana, manteniendo a raya las ganas de llorar.

—Voy de camino a ayudar a Reagan a cerrar el refugio en el granero —dije con un nudo en la garganta—. No puedo dejar de pensar en lo injusto que es. Pensé que Cooper votaría por donar el dinero para el refugio, pero no lo hizo. Y esos perros lo necesitan—. Bajé mi cabeza, mirando mis

chancas con diamantes de imitación como pidiéndole a mis dedos de los pies que me salvaran de todo aquel horror. El sonido del batidor de crema me hizo levantar la cabeza.

La frente de Courtney se arrugaba concentradamente mientras ponía tanta nata en mi bebida como era humanamente posible. El doble de lo habitual. Pero ni siquiera la nata podía animarme en aquel momento.

—Toma esto y escucha —dijo entregándome la bebida—. Necesitas algo dulce mientras te muestro la fría y dura realidad.

—¿Por qué siento miedo? —pregunté, lamiendo la nata y mirando más allá de la montaña blanca de crema. Nunca la había oído hablar en un tono tan grave. Ella normalmente era dulce como Piña Colada, por lo la expresión seria y severa de su mandíbula me confundió.

—Voy a hablarte de mi amiga, Beth —Su frente se arrugó mientras frotaba con un paño el pequeño espacio en el mostrador debajo de la máquina de café espresso—. Conocí a Beth hace un par de años, cuando yo todavía estaba estudiando derecho.

—Es muy difícil imaginarte como abogada —dije, mirando a los dibujos con aspecto de surfista nuevamente y preguntándome si brillarían en la oscuridad.

—No sabes cuántas veces he oído eso —dijo ella, dejando escapar un profundo suspiro—. Este tipo de felicidad sólo puede venir de ya no ser abogada. Uf, muchas horas. Noches hasta muy tarde. Conflictos constantes. Estaba decidida a ganar en ese juego y lo hice bastante bien, pero me desperté un día y me di cuenta de que mi bufete de abogados era todo lo que tenía.

Se le esfumó la sonrisa.

—Ahora pareces feliz.

—Necesitas más nata —Courtney me añadió más nata y guardó el recipiente en la mini-nevera—. A lo que iba, conocí a Beth cuando era abogada. Ella estaba metida en una relación abusiva y se sentía atrapada.

Se me revolvió el estómago.

—Qué horrible.

—Puede ser algo muy confuso el que un ser querido y en el que confías empiece a hacerte daño. El instinto de protección propia hizo que finalmente Beth tuviera el valor de dejar a su pareja, pero se quedó sin lugar a donde ir.

—¿Qué pasó? —pregunté, sabiendo que no había suficiente nata en el mundo para sobrellevar esta conversación.

Ella inclinó la cabeza y me miró de forma penetrante.

—Había una joven abogada llamada Jill Parnell que estaba arrasando en Sacramento. Llevando los casos más difíciles, tratando de tú a tú con los mejores abogados de la ciudad y triunfando.

Jill Parnell. Jill Parnell. ¿Por qué me era tan familiar ese nombre?

—Por una serie de circunstancias, un día fue a servirle el desayuno a personas sin hogar y se encontró cara a cara con Beth —dijo Courtney mirándome a los ojos—. Ellas tenían la misma edad e incluso se parecían un poco. Jill dijo que había sido como mirarse en un espejo.

Me quedé entumecida al recordar dónde había oído el nombre de Jill Parnell.

—¿Sabes lo que salvó a Beth, Abigail?

Negué con la cabeza, a la espera de la respuesta.

—Sí, en el fondo, creo que lo sabes.

Lo que sabía entonces era la razón por la que necesitaba nata extra. Por el sabor amargo en la boca. Y todo era obra mía.

—Jill es la directora de Construyendo Amistades.

—Beth es la razón por la que Jill comenzó Construyendo Amistades —Courtney asintió mirándome de forma comprensiva—. Jill me dijo que se dio cuenta de que bajo diferentes circunstancias podría haber sido Beth. Por lo tanto, servirle el desayuno a Beth no le pareció suficiente. Ella quería darle a Beth la oportunidad de reconstruir su vida. Vivienda, asesoramiento, capacitación para el trabajo, apoyo... ya sabes.

—¿Es por eso que Jill comenzó el programa para gente sin hogar? ¿Por su cuenta? La organización sin ánimo de lucro ha crecido mucho —dije, dándome cuenta de que lo haría aún más con la generosa donación del comité.

—Es una mujer muy decidida. Creó un equipo para formar Construyendo Amistades y comenzaron por ayudar a una sola persona: Beth. ¿Adivina qué está haciendo Beth ahora?

Negué con la cabeza.

—Dime.

—Beth está en su segundo año de derecho —Courtney sonrió como estando mucho más que orgullosa—. Ella tiene la ilusión de representar y defender a otras víctimas de la violencia doméstica. Y ella es feroz. Espero que lo haga mejor que yo a la hora de gestionar las horas que pasa trabajando.

—Yo también lo espero —dije, sintiéndome mal por Courtney pero impresionada por Beth. Pero entonces mis hombros se hundieron y yo bajé la cabeza—. No envidio a Construyendo Amistades por la donación. Yo solo quería que Cooper votara a favor de Refugio en el Granero para salvar a todos esos perros, que significan mucho para mí. Ahora, ¿quién sabe lo que va a ser de ellos?

Courtney se inclinó sobre el carro y me apretó el antebrazo.

—En un mundo perfecto, habría suficiente dinero para todos. Sólo tenemos que hacerlo lo mejor que podamos —Ella hizo una pausa como si pensara en algo—. Si se tratara de un mundo perfecto —dijo, tocando su barbilla con su otro dedo—, los perros no necesitarían un refugio. Todos estarían en casas maravillosas con personas que los amaran, como el hogar que le has dado a Banana.

—Y un sinfín de nata —añadí con una sonrisa. Podía sentir a Banana revolviéndose tras su siesta a media mañana en el bolso.

—Pero no vivimos en un mundo perfecto, Abigail —me recordó—. A veces se deben tomar decisiones difíciles como la que ha tenido que tomar el oficial Hill. Y estoy segura de que sentía que estaba haciendo la mejor elección que podía bajo circunstancias tan difíciles.

Asentí con la cabeza, entendiendo lo que quería decir. Alguien se aclaró la garganta detrás de mí y cuando miré hacia atrás me di cuenta de la cola que se extendía a lo largo de la acera. Pero Courtney se quedó centrada en mí, lo que hizo que me preguntara si se había dado cuenta de la cola. Sin embargo, nadie dijo nada. ¿Estarían escuchando la historia de Courtney?

—Cuando yo era infeliz y estaba insatisfecha como abogada —continuó—. Supe que mi corazón quería más de la vida, pero era aterrador dar ese salto y hacer un cambio. Y cuando Beth se tuvo que enfrentar a la difícil decisión de escapar de su antigua vida, siguió a su corazón a pesar de dar un gran salto hacia lo desconocido. Y tú seguiste a tu corazón y luchaste por el refugio para perros —dijo, sonriendo suavemente.

—Al igual que Cooper hizo con el voto a Construyendo Amistades —Terminé con una bombilla encendida encima de mi cabeza. Un suspiro escapó de mis labios y aunque no había llevado una venda sobre mis ojos, entonces pude ver con claridad—. Le pedí a Cooper su apoyo para algo que era importante para mí, pero nunca lo hice lo mismo por él.

—Ya que parece que has descubierto algo, creo que es el momento de la siguiente persona en la cola —dijo Courtney, mirando por encima del hombro—. ¿Qué va a querer, señor?

Mientras Courtney preparaba el café del señor, mi mente daba vueltas. Había acusado a Cooper de pensar con la cabeza en lugar de con el corazón, pero debería haber vertido esa acusación sobre mí misma. Si hubiera dejado de pensar con mi propia cabeza por un momento, podría haber visto lo que había en el corazón de Cooper.

En su lugar, había pisoteado por todas partes.

Puse mi mano sobre Courtney y la apreté al igual que ella me había apretado el brazo.

—Gracias por el café, Courtney.

—El café es bueno para el alma —Ella hizo un guiño, apretando el café molido—. Qué tal Atticus Aaron Carmichael?

—Mmm... Incliné la cabeza, fingiendo tenerlo en cuenta—. Es un nombre potente pero Atticus me recuerda a *Matar a un ruiseñor* y *Matar a un ruiseñor* me recuerda a la escuela secundaria y la preparatoria me recuerda el acné y la clase de gimnasia. Voy a tener que vetar ese nombre también, Courtney.

Courtney suspiró y se encogió de hombros.

—No se puede ganar siempre, supongo.

—Eh, ¿Courtney? —Le pregunté, esperando que ella levantara la vista hacia mí—. Nunca es demasiado tarde para adoptar un amigo peludo y ponerle el nombre de Atticus. De hecho, ese podría ser un buen nombre para un caniche cruzado que conozco.

Se detuvo un momento y luego su cara se iluminó aún más de lo que lo había hecho.

—Esa es la mejor idea que he oído durante todo el año. Hablaremos más tarde.

Después de que asintiera con la cabeza, ella regresó a su tarea mientras yo caminaba por la acera con mi café con canela en la mano y una visión completamente diferente en mi corazón.

Mientras corría por la acera, en mi teléfono móvil sonó la última canción de Justin Timberlake. Eché un vistazo a la pantalla que indicaba que era Hannah. Respondí mientras subía a mi coche para conducir hasta la granja de Reagan para ayudarle a mover a los perros.

—Eh, Hannah. No puedo...

—¡Me encanta hablar en público! —Gritó.

Casi se me cae el teléfono tratando de alejarlo de mi oído para no quedarme sorda por el chillido agudo que siguió a su anuncio

—Claramente ha fallado la conexión. Me ha parecido oír que te gusta hablar en público.

—No, Abigail. Me encanta hablar en público —dijo y luego gritó. Oh, daños en mi oído—. ¡Me encanta, me encanta, me encanta! ¡Es mi cosa favorita del mundo!

En el asiento del pasajero junto a mí estaba Banana, que levantó las orejas y arqueó su cabeza hacia un lado con curiosidad al oír el sonido inhumano sonando a través de mi teléfono.

—Es Hannah —Articulé, cubriendo el altavoz.

A Banana debió parecerle bien porque se volvió hacia el aireador delante de él y empezó a lamer el aire fresco (también conocido como el aire acondicionado) que soplabla hacia él. Una punzada de tristeza me llamó la atención cuando recordé a Cooper allí sentado, sosteniendo mi pequeño bebé precioso junto a la ventana para que pudiera ser un perro grande por un momento. Dolía aún más la forma en que Cooper sonrió Banana, así que empujé la imagen de mi mente y me centré en la carretera y, más importante aún, en que mi amiga estaba teniendo claramente un colapso mental.

—Está bien, ¿qué está pasando exactamente? —pregunté, mientras el Bluetooth finalmente transfería mi llamada a los altavoces del coche para poder usar el manos libres.

—Lo que te digo, me gusta hablar en público más que comer galletas de chocolate recién horneadas.

Blasfemias.

—Me gusta más que mover los dedos de los pies en la arena en un brillante día de verano con el viento acariciando mi pelo.

Locura.

—Abigail, me gusta más que la sensación de un suéter cuando sale directamente de la secadora en una noche de invierno.

Esa es la mejor sensación del mundo y todo el mundo lo sabe.

—Estás claramente atrapada en un universo alternativo —dije, aprovechando el único momento de no gritar de Hannah al verse obligada a coger aire temblorosamente—. Hablar en público es lo peor y todas estuvimos de acuerdo. ¿Qué ha cambiado?

—Bueno, hice algo absolutamente loco que no vas a creer —dijo Hannah, con un volumen más bajo con el que era menos probable terminar con sordera permanente—. Hablé con mi jefa, Jennifer.

—Hablaste con tu jefa sobre el discurso en público que quería que hicieras a pesar de que es su trabajo —Me reí a la vez que giraba hacia el camino rural que me llevaría al Refugio de Reagan en el granero—. Un acto de valentía, Hannah.

—Lo sé —dijo ella, y casi podía verla poniendo los ojos en blanco—. Fue una locura, ¿verdad? Pero resulta que he estado viendo todo este asunto de forma errónea.

—Cuéntame.

—Ella no estaba tratando de cargarme su trabajo —explicó Hannah—. Ella está pensando promocionarme y quería ver si yo era capaz de lidiar con más responsabilidades.

—¡No me digas!

—Tal cual —Hannah se echó a reír—. Y yo que pensaba que ella quería cargarme con terribles tareas que no quería hacer... y todo el tiempo tuvo sus mejores intenciones, de corazón. Es decir, no lo puedo creer. ¿En qué estaba pensando?

—Estabas pensando en lo mucho que detestabas hablar en público —dije mirando a Banana, que me miró con una mirada que podría traducirse a «chica, estoy tratando de disfrutar de este paseo. ¿Puedes decirle que se calme?».

—Debería haber confiado en mi jefa —dijo Hannah, dejando escapar un gemido que sonó como si tuviera dolor—. ¿Por qué diablos no acabo de confiar en ella?

Miré hacia el cielo a través de mi techo solar. Entre Courtney y ahora Hannah estaba claro que el universo estaba tratando de golpearme en la cabeza y que debería haber confiado en Cooper. Al menos eso me parecía. Lo había entendido totalmente en ese momento.

—Estoy muy feliz por ti, Hannah. Pero voy hacia El Refugio de Reagan, así que tengo que acelerar.

—De acuerdo. Lo siento mucho por su refugio. Sabes que hoy me gustaría poder estar allí para ayudar y no en el trabajo.

—Lo sé —le dije, con un suspiro—. Nos vemos más tarde.

Nos despedimos y colgué mientras dejaba mi coche aparcado en el pequeño montón de grava al lado del granero rojo. Podía ver a los perros corriendo por el campo y Banana también parecía querer hacerlo ya que su cola empezó a moverse vigorosamente. Reagan debía estar tratando de sacarles toda su energía antes de tener que llevarlos a otro refugio de animales.

Apoyé la frente contra mi volante y cerré los ojos.

¿Cómo se supone que iba a confiar en Cooper cuando él me mintió? El prometió que el refugio no sería cerrado y que su voto estaba asegurado. ¿Cómo podría confiar en un hombre que me había mentado; sin importar sus buenas razones?

Un golpe en mi ventana me hizo saltar y al mirar me encontré dos patas y una gran baba de saliva que goteaba en mi coche. En primer lugar, puaj. En segundo lugar, quería llorar.

Oh, las emociones iban y venían rápidamente.

Agarré a Banana de mi bolso con un nudo en la garganta y salí del coche. Me ardían los ojos por dentro a pesar de la brisa fresca que transcurría por la granja. Rodeada por colas moviéndose y apuestos alientos de perro que nunca quería dejar de oler, me apoyé en mi coche y me dejé caer a la grava.

Entonces lloré mientras trataba de abrazar tantos perros como podía, una especie de abrazo de equipo perruno. Quería que cada lamida se quedara allí húmeda y mojada para siempre. El pelo de perro pronto cubrió mi vestimenta y me hizo llorar más fuerte sabiendo que había comprado un enorme paquete de rodillos atrapa pelusa que ya no necesitaría. Acerqué cada perro a mi pecho y besé sus cabezas, ignorando por completo el pelo que sin duda recubriría mi lengua. Mis emociones superaron fácilmente mi sentido común, el poco que tuviera, durante el tiempo que permanecí allí contra mi coche rodeada de los mejores animales que había conocido. El tiempo se detuvo en ese momento en que me encontraba fatal.

—¿Abigail? —Reagan llamó.

Con la visión borrosa, estiré el cuello de entre los perros hacinados para ver a Reagan caminar

hacia mí desde el granero. Cuando me vio, probablemente con un aspecto terrible, ella corrió.

—¿Qué estás haciendo ahí? —preguntó.

—No puedo hacerlo, Reagan —gemí—. No puedo decirles adiós. Tenemos que hacer algo para salvar a estos perros —dije, tratando sin éxito de escupir un pelo tieso de mi lengua—. No podemos renunciar.

—Abigail, ¿no tienes el teléfono?

—Sí, está en el coche porque he estado hablando con Hannah —Apreté el cuello de una mezcla de gran danés—. Mira, sé que descartaste la idea la primera vez, pero aún así creo que se puede robar un banco. Hay oferta de pasamontañas negros en el centro comercial en este momento. Robemos un banco, ¿de acuerdo?

—Abigail, te he llamado...

—No soy violenta y sé que no eres violenta, pero ¿qué pasa con esto? —Levanté a Banana por encima de los otros perros—. Iremos a ver a tu propietario y Banana le lamerá los dedos de los pies hasta que ceda y te devuelva la granja. Si nos pillan, sin duda, la policía lo entenderá —dije, pensando inmediatamente en Cooper llegando en uniforme. Me pondría una multa o me llevaría a la cárcel si era necesario, por una buena razón o no.

Reagan se cruzó de brazos y frunció el ceño.

—Estás diciendo locuras otra vez.

—Podemos escribir en el aire —espeté, tratando de ponerme de pie. Fracasé en el intento y me di cuenta de que uno de los perros más grandes estaba felizmente sentado en mi regazo—. Alquilarémos un avión y escribiremos en el cielo: Salvad refugio en el granero —dije, sabiendo con certeza que era la idea más brillante jamás inventada—. Todo el mundo en Sacramento lo vería.

Reagan levantó una ceja.

—¿Sabes cómo pilotar un avión?

Hice un gesto con la mano quitándole importancia.

—Detalles, Reagan. Simples detalles.

Ella puso los ojos en blanco y se abrió paso entre los perros. El avance era lento, ya que todos saltaban sobre ella.

—Abigail, ¿dónde está tu teléfono?

Ella se metió en mi coche. Estiré mi cuello para ver sus botas sucias asomar.

—No sé —le dije, preguntándome por qué necesitaba un teléfono—. Creo que está en mi bolso. ¿Conoces a un piloto? ¿Vas a llamar a un piloto? ¿Un ladrón de bancos que nos aconseje?

Su cabeza apareció saliendo del coche y me tendió mi teléfono para que lo viera.

—Te envié un mensaje antes —dijo.

—Ah vale... —Bizqueé para leer el mensaje en la pantalla y luego negué con la cabeza. Leí las palabras de nuevo. Me froté los ojos y trató de leer una vez más. Entonces me pellizqué y seguí leyendo lo mismo. No podía creerlo pero no estaba soñando y la vista no me estaba fallando.

El mensaje de texto decía: «El comprador de la propiedad me ha regalado la granja. Me la acaba de dar a mí. Abigail, El Refugio de Reagan en el granero no se va a ninguna parte.

¡Lámame! ¡¡¡Aaaah !!!

Al levantar la vista, Reagan estaba de pie encima de mí con una enorme sonrisa en su rostro.

—¿En serio? —pregunté.

Ella asintió.

—De verdad.

Su sonrisa se convirtió en una sonrisa en toda regla y mis ojos se humedecieron, pero esta vez eran lágrimas de felicidad. Sonreí y nos abrazamos y saltamos hasta que la pregunta más obvia entró en mi mente. Me aparté y miré a Reagan.

—¿Quién haría algo así? —pregunté, y luego se me cortó la respiración en la garganta.

Había una persona que me había prometido que el refugio estaría a salvo y que de verdad parecía el tipo de persona que cumplía una promesa. Pero la donación de cien mil dólares era suficiente sólo para pagar la entrada de la propiedad y no para comprarla. Además, el cheque ya se había ido a Construyendo Amistades. Entonces, ¿cómo diablos había salvado Cooper el refugio?

Capítulo diez

Bueno, allí estaba de nuevo, a toda velocidad por una carretera nacional con Banana a mi lado y más emociones burbujeando dentro de mí: arrepentimiento, ansiedad, gratitud, felicidad, alegría, el «Uf, ¿por qué hago un lío de todo y cualquier cosa en la vida?», emoción y una cosa más que se parecía mucho a una palabra que comienza por A.

Y no me refiero a almendrado.

Mis sentimientos eran como olas rompiendo sobre mí y apretaba el pedal cada vez más fuerte pensando que un pastelito de almendra no vendría mal en aquel momento.

Pero tenía que llegar hasta Cooper tan rápido como pudiera. Tenía que llegar hasta él en aquel momento, que no parecía lo suficientemente pronto. Tenía que llegar a él aquella mañana o, mejor aún, ayer por la mañana. No, tenía que llegar a él echando hacia atrás hasta el momento en que le grité en los escalones del ayuntamiento.

Pero retroceder en el tiempo era imposible.

Así que tendría que conformarme con encontrarlo tan pronto como pudiera y esperar que fuera muy pronto.

Pensé en el momento anterior, cuando tenía grava debajo de mi trasero, el metal caliente de mi coche contra mi espalda, los perros a mi alrededor y la sonrisa de Reagan por encima de mí. Yo la miré e hice la pregunta más obvia: ¿Quién haría algo así?

¿Quién había comprado la finca al propietario de Reagan? ¿Quién tenía esa cantidad de dinero? ¿Quién le había regalado la propiedad sin querer nada a cambio? ¿Quién había salvado El Refugio de Reagan en el granero? ¿Quién salvó el único lugar en la tierra que más me importaba?

—¿Quién haría algo así? —Le había preguntado.

Ella me miró y sonrió.

—¿No lo sabes? Vamos, Abigail. Debías saber que iba a hacer tal cosa.

—Lo siento —me dije, sacudiendo la cabeza—. No conozco a ningún millonario, alguien que pudiera permitirse comprar esta propiedad.

Se cruzó de brazos.

—Al parecer, conoces a uno.

—¿A quién? — Le pregunté, deseando que acabara de responder a esa pregunta sin tener que pasar por toda ese absurdo momento. Yo quería saber a quién tenía que agradecerse. Yo quería saber a quién le debía mi eterno agradecimiento. ¿Por qué no me lo decía de una vez?

Y entonces ella me lo dijo.

—Me tengo que ir —dije apresurándome sobre mis pies, buscando entre la multitud de perros a mi diminuto Banana—. Oh, Dios mío, Reagan, me tengo que ir ya. Justo ahora.

—Vete —Me animó ella, ayudándome a apartar lo suficiente a los perros para que pudiera meterme dentro de mi coche y cerrar la puerta.

Bajé la ventanilla mientras retrocedía, con cuidado, por supuesto, no fuera a lastimar a cualquiera de los dulces perros que ya estaban a salvo. El Refugio de Reagan en el granero había sido salvado por el héroe desinteresado más sorprendente que jamás había caminado sobre la

tierra... y necesitaba darle las gracias.

—Me tengo que ir —le grité a ella mientras le hacía señas porque mi cerebro no podía pensar en otra cosa en ese momento—. Me tengo que ir, me tengo que ir, tengo que hacerlo... Oh espera. ¡No sé lo que voy a hacer cuando lo encuentre!

—Sabrás lo que hacer —respondió ella mientras yo me iba levantando una nube de polvo.

No estaba tan segura de lo que haría cuando llegara allí. Después de dejar la facultad de derecho, pensé que tenía todo resuelto. Yo creía que sabía mi camino. Yo creía que sabía qué hacer porque estaba siguiendo lo que dictaba mi corazón. Pues bien, ahora necesitaba que mi corazón me mostrara amablemente cómo salir de aquel lío que había creado. Aceleré cada vez más cerca de la ciudad encogiéndome de tan solo pensar en el gran lío que había montado.

Mientras conducía, practicaba lo que le diría a Cooper cuando lo encontrara. Gracias a Dios que estaba practicando verbalmente, porque si hubiera estado escribiendo todas las ideas sobre el papel, mi asiento de atrás se habría inundado de bolas arrugadas de disculpas fallidas. Ninguna era lo suficientemente buena y si no hubiera oído sirenas detrás de mí que me hicieran frenar, mis metafóricas bolas arrugadas habrían comenzado a caer sobre Banana y sobre mí.

Las sirenas ululaban una y otra vez lo suficientemente alto para mí como para sacarme de mis imaginarias disculpas. Vi las luces rojas en mi espejo retrovisor y supe que aquello iba a quitarme un tiempo precioso. Bueno, tal vez había pisado un poco demasiado el acelerador y tal vez había estado yendo un poquito por encima del límite de velocidad. Pero aquella disculpa lo merecía. Tenía que solucionar lo de aquella multa rápidamente para poder continuar de inmediato con la búsqueda de Cooper.

—Pórtate bien, Banana —le dije mientras miraba por el espejo retrovisor. Aquella vez, me arrastraría directamente.

Todo aquello empezaba a parecer un *déjà vu* hasta por las manchas en la cara de máscara de pestañas y los ojos hinchados de tanto llorar. Hice lo que pude con un par de toques de corrector y un poco de lápiz labial. Bajé la ventanilla del pasajero y oí una voz familiar.

—Señora, ¿podría por favor salir de su coche? —dijo, pero el sonido venía de mi lado del coche, del lado del conductor.

Me quedé helada. Yo sabía de quién era la voz. Mi corazón reconocía esa voz. Era la voz que había sonado una y otra vez en mis sueños desde hacía tres semanas.

—Señora, si no le importa —repitió—. Por favor, salga de su coche.

Me temblaba la mano cuando alcancé la manivela de la puerta. Bajé mi mano hacia mi pierna para poder limpiarme el sudor. No estaba segura de si mis piernas aguantarían cuando me pusiera de pie sobre en el camino de tierra puesto que ya las notaba como gelatina, y eso que todavía estaba sentada.

Al quedar de pie, me quedé con una mano en el marco de la puerta y una en el lateral del coche y luego me volví hacia la voz que tan bien conocía.

Un uniforme, un ceño fruncido y los ojos azules más condescendientes de la historia.

—Señora —dijo Cooper poniendo sus manos en sus caderas—, ¿Tiene usted idea de lo rápido que iba?

Apreté la empuñadura de mi coche porque cada vez que pensaba en que seguía manteniéndome

de pie, le miraba a los ojos y sentía mis rodillas doblarse de nuevo.

—Bueno, tenía mucha prisa —dije, sorprendida de que me saliera la voz.

—Eso no es una excusa válida para ir conduciendo imprudentemente por un camino rural, señora. Las normas son las normas.

—Pero tenía que llegar a un lugar importante, oficial —Me mordí el labio, resistiendo el impulso de acercarme a él. Solo un paso. Sólo un paso más cerca y me quedaría satisfecha. Pero incluso mientras pensaba en ello sabía que me estaba mintiendo a mí misma. No me quedaría satisfecha hasta que estuviera tan cerca de él que no pudiera ni moverme—. Bueno, realmente no tenía que llegar a alguna parte —admití mirándole a los ojos—. Tenía que llegar hasta alguien.

Cuando Cooper dio un paso hacia mí fue como si me quitaran un peso de los hombros.

—¿Hasta alguien? —preguntó, levantando una ceja.

Asentí.

—Alguien que es terco y testarudo y que molesta como un grano en el trasero todo el rato — dije mirando su rostro con cuidado.

Se cruzó de brazos.

—Entonces no me queda claro por qué tenías tanta prisa para llegar hasta alguien así.

Di un paso más hacia él.

—Bueno, esta persona también es honorable y amable y bondadosa y comprometida y el mejor hombre que he conocido, así que...

Contemplé a Cooper y mis ojos se abrieron. ¿Cómo se suponía que iba a explicarle lo mucho que lamentaba cómo me había comportado en el ayuntamiento? Para pensar en lo peor y huir corriendo de él a toda velocidad cuando lo único que realmente quería era volar en sus brazos.

Había pocos centímetros entre nosotros cuando nos miramos el uno al otro.

—Bueno, yo también tenía un poco de prisa por encontrar a alguien —dijo con su voz más suave que la ligera brisa que hacía que las flores silvestres del campo frente a nosotros se balancearan. El cerró la distancia entre nosotros aún más y continuó—. Y este alguien que estaba buscando también es un poco terca y tal vez un poco cabezota y peor que un dolor la mayor parte del tiempo.

Sentí una mínima sonrisa tirando de las comisuras de mi boca.

—No suena a alguien digno de tener prisa por encontrar —dije.

Sacudió la cabeza.

—No conozco a nadie por quien merezca más la pena correr por encontrarla —dijo en tono más serio de lo que nunca lo había oído—. Ya que este alguien es la persona que tiene el corazón más grande que he conocido nunca y ese alguien se tira a la piscina con todo su corazón sin mirar primero. Es apasionada y cariñosa y protectora. Y cuando esa persona mete la pata, es porque siente mucho más intensamente que nadie más.

Las lágrimas se me empezaron a acumular en los ojos y se me pasó por la mente que a aquel ritmo debería empezar a invertir en algún proyecto de mejora de máscara de ojos resistente al agua.

—¿Va a ponerme una multa, oficial? —pregunté, dando un paso más hacia él.

—No veo por qué, señora —dijo, dando un paso más. Sólo faltaba un paso más... y lo di,

manteniendo mis ojos en los suyos—. Porque, Abigail Apple, yo iba conduciendo igual de rápido que tú intentando encontrarte —dijo.

No había más espacio entre nuestros pies. Cuando se acercó del todo a mí ya no había más espacio entre nuestras manos. Luego se inclinó y no hubo más espacio entre nuestros labios. El beso fue como el sol sobre la granja que él acababa de salvar: dulce, suave y cálido.

Se retiró un poco y casi me caigo hacia adelante con él.

—¿Abigail? —susurró.

—¿Sí?

—¿Eso es pelo de perro en tu mejilla?

Abrí la boca para disculparme, pero luego me di cuenta de algo hermoso. Cooper quería todo de mí, incluido el pelo de perro. Sonreí y asentí.

Él sonrió, sacudió la cabeza, y sin decir nada más presionó su boca contra la mía. A medida que me fundía con él, con ganas de saborear aquel momento y que no acabara nunca, tuve un gran dilema. Necesitaba decir las palabras que presionaban mi corazón pero también necesitaba no romper el beso, porque quería que ese beso no terminara jamás mientras yo tuviera vida.

Así que quise tenerlo todo y solté las palabras contra los labios de Cooper.

—¿Qué? —Murmuró en respuesta.

—Comisario —logré decir mientras él deslizaba un brazo alrededor de mí y yo suspiraba.

Cooper se apartó un poco y me miró.

—¿Comisario?

Cubriéndome la cara con mis manos, dije las palabras de nuevo. Sin embargo, salieron tan ahogadas desde mi pequeño caparazón. De repente, sus fuertes manos se enredaron suavemente alrededor de mis muñecas para apartarme las manos de la cara

—Abigail, ¿qué estás diciendo?

Sentí mis mejillas calientes.

—Lo siento.

Él me sonrió.

—Oh.

—Lo siento —dije de nuevo—. Lo siento tanto que sería necesario inventar una nueva forma de expresar cuánto lo siento.

Cooper se apartó para apoyarse en mi coche y me llevó con él. Nos quedamos de pie uno al lado del otro y observamos las flores silvestres bailar bajo los rayos de dorados.

—No acepto tus disculpas —dijo mirando al frente incluso cuando me di la vuelta sorprendida para mirarlo. Pero sólo pudo mantener su rostro con gesto severo por un momento antes de volver a girarse hacia mí con otra sonrisa y deslizarse su mano alrededor de la mía—. Abigail, no tienes nada de qué disculparte. No me has decepcionado. De hecho, me has dado un regalo que nunca podré pagar.

—¿Te lo he dado? —Le pregunté parpadeando y preguntándome cuándo lo hice.

Él asintió.

—Después de la muerte de Harrison, he ido intentado ser exactamente lo contrario a lo que había sido hasta aquel momento en el que había actuado de manera irresponsable y que le había

costado la vida a Harrison. Yo quise cumplir todas las normas y nunca dejar que mi corazón dominara lo que mi cabeza sabía que era lo correcto. Esa actitud me ayudó a curar heridas pero también me alejó de otras personas y de entablar relaciones significativas.

Apreté su mano y le sonreí.

—Me has hecho querer abrir mi corazón totalmente de nuevo —dijo con voz suave y baja—. Y tú, Abigail Apple, me has dado el valor para finalmente conseguir lo que quería.

Apoyé la cabeza en su hombro y pensé que podía quedarme allí durante el resto de mi vida cuando un ladrido desde el coche sobresaltó a los pájaros de los árboles por encima de nosotros e hizo que Cooper y yo diéramos un salto.

—Alguien se siente excluido —dijo riendo mientras se deslizaba por delante de mí y se inclinaba sobre el asiento del conductor en el coche. Salió con Banana firmemente sujeto en su mano. Banana se retorció alegremente y lamía el pulgar de Cooper.

—Tengo una pregunta más —dije viendo como Cooper le rascaba por detrás de la oreja a Banana.

—Dispara.

—Por favor, no te tomes esto a mal, pero ¿cómo has hecho exactamente para recaudar el dinero para comprar la granja de Reagan a su propietario? Dijo que costaba un millón de dólares.

Mantuvo sus ojos en los míos.

—Tras la muerte de Harrison, recibí una indemnización del seguro. Quise coger toda la cantidad de dinero en efectivo y quemarla porque me hacía sentir mal ser compensado por aquella razón, porque nada me iba a quitar el dolor que causó aquel conductor. No quería hacer nada con aquel dinero. Nunca quise verlo, no quería gastarlo, nunca quise pensar en ello. Así que lo dejé en el banco.

La emoción ahogó su voz, pero se aclaró la garganta y continuó.

—He hecho pedazos las notificaciones que he recibido cada año sobre la cantidad de intereses de los ahorros acumulados. Sentía que si gastaba ese dinero significaba que lo había superado, que seguía adelante y continuaba con la vida, algo que no me parecía justo sin Harrison.

La tristeza se plasmó en las líneas de su rostro, también cuando me miraba con una sonrisa triste. Y supe que todo iba a ir bien.

—Cuando tú y yo estábamos en ese depósito —dijo, apretando mi mano—. No podía dejar de pensar que le hubieras gustado a Harrison. Y no dejaba de pensar que él me habría pegado un tortazo por mantenerte alejada de mi corazón. Y supe en ese momento en qué hubiera querido que me gastara el dinero.

—El Refugio de Reagan en el granero —dije, afirmando lo obvio—. Es por eso que me prometiste que el refugio para perros no cerraría.

El asintió.

—Yo creía que Construyendo Amistades necesitaba de la ciudad, pero sabía que El Refugio de Reagan necesitaba de mí. Por lo tanto, voté como tenía que hacerlo. Confié en mi corazón y entonces...

—Y entonces yo no confié en el mío y me marché —le respondí sacudiendo la cabeza—. Necesitamos rehacer.

Cooper asintió.

—Es hora de que le demos a nuestros corazones una segunda oportunidad. ¿Qué te está diciendo el tuyo en este momento?

Ahucé mi oído e incliné la cabeza hacia mi pecho.

—Mmm... Creo que me está diciendo que definitivamente deberías besarme de nuevo.

Él rió.

—¿Eso te dice?

Asentí.

—No hay duda de que es lo que dice.

Cooper tomó mis mejillas y rozó sus labios contra los míos. Sentí mi pecho paralizarse. Si me estaba dando un infarto, supe que había peores maneras de morir.

—Será mejor que escuchemos a tu corazón —susurró, presionando su boca contra mis labios antes de besarme de nuevo.

Y tengo que decir que no sabía que los robots podían besar tan bien. Pero éste era especial. Tal vez éste era especial porque su corazón era excepcional y auténtico. Tal vez era especial porque aquel robot era mío.

Epílogo

Tres meses después, los tonos naranjas, amarillos y rojos de las hojas en la granja de Reagan estallaron de emoción hasta el punto en que no había necesidad de comprar globos para celebrarlo. El cielo se pintó del más precioso azul para aquella ocasión especial y el viento susurraba alegre entre los árboles y la dorada vegetación silvestre. La piel brillante de cada perro había sido limpiada y cepillada y cada uno llevaba un lazo porque iba a ser un día que todos recordaríamos.

Banana se apresuraba a seguir mi ritmo mientras yo me movía de un lado a otro, asegurándome de que cada detalle estuviera en su lugar para la gran inauguración de las nuevas, mejoradas, ampliadas y alucinantes instalaciones del refugio gracias a la generosidad de Cooper. Escuché los pantaloncitos de Banana mientras me mezclaba con la multitud que iba llegando a la celebración.

—Abigail —me llamó Hannah.

Me di la vuelta con cuidado de no pisar a mi pequeño hombre y me encontré con Hannah abriéndose paso entre la multitud.

—¡Eh, tú! Gracias por venir —dije, tirando de ella y dándole un abrazo.

—Bueno, no puedo quedarme mucho rato —dijo ella, estrujándome—. Tengo que estar de vuelta en la oficina esta tarde. Pero quería darte esto.

Tomé el sobre blanco que me ofreció y levanté la ceja.

—¿Qué es esto?

Hannah sonrió.

—Sólo una pequeña donación para el refugio.

Las lágrimas comenzaron a brotar de mis ojos y ella puso los ojos en blanco.

—¿Te tienes que emocionar por todo, Abigail?

Puse mueca de indignación.

—No me emociono por todo —mentí.

Se cruzó de brazos.

—¿Lloraste o no lloraste con el anuncio de champú para bebés anoche?

—Pero el bebé y el cachorro y el... —No podía decir nada más sin llorar, así que simplemente le di otro abrazo a Hannah—. Te quiero, Hannah.

—Estoy orgullosa de ti —dijo, y me dio un apretón.

—¡Hannah! —Gritó una mujer que llevaba un traje negro mientras se dirigía hacia nosotras tratando de sonreírle a Hannah y escribiendo un mensaje de texto en su móvil a la vez, en plan como si su vida dependiera de ello.

Hannah sonrió a la mujer.

—Jennifer, me hace tan feliz presentarte...

—Sólo... —dijo la mujer, con sus dedos volando por el diminuto teclado—. Un... —dijo ella, levantando su dedo— Segundo.

La pantalla del móvil se quedó en negro y seguidamente se lo guardó en su maletín y nos sonrió a Hannah y a mí. Ella extendió la mano y me dio lo que podría haber sido el más firme apretón de

manos de mi vida.

—Jennifer Page —dijo—. ¿Y tú debes ser Abigail?

Asentí.

—Encantada de conocerte, Jennifer.

Hannah se volvió hacia mí.

—Jennifer es mi jefa —explicó.

—Jefa mientras estamos en el trabajo. Amiga en las horas libres, como ahora —dijo Jennifer con una sonrisa genuina y dulce pero manteniendo su mano palpando su bolso. ¿Llegando mensajes de texto?

—Abigail —me dijo Jennifer metiendo la mano en su bolsillo—. Creo que es absolutamente maravilloso lo que has hecho aquí. Realmente siento tanta admiración por las personas que donan su tiempo. Siempre quise hacerlo pero con mi carrera de tiempo completo y mi negocio a tiempo completo me deja sin horas... —Metió la mano en el bolsillo delantero de su bolso y sacó un sobre—. Esto es lo mejor que puedo hacer en este momento, una donación para el refugio en el granero.

—Es muy generoso de tu parte —dije, aceptando el sobre y sintiéndome emocionada por su declaración y donación—. Se le dará un buen uso. Gracias.

—De nada —dijo ella al tiempo que su teléfono sonaba en su bolso.

Hannah se rió bajito.

—Cuarenta y cinco segundos sin estar al teléfono —dijo en broma dando un codazo a Jennifer—. Un nuevo récord para ti. Tómatelo como un gran cumplido, Abigail.

Sonreí.

—¿Negocios importantes?

—Tal vez —dijo Jennifer, encogiendo los hombros de una manera que supuse quería que transmitiera indiferencia—. Ojalá.

—No seas modesta, Jennifer —dijo Hannah antes de girarse hacia mí—. Jennifer tiene un potencial inversor para su negocio.

Sonreí.

—¡Eso es maravilloso!

Los dedos de Jennifer tamborilearon a un lado de su bolso a pesar de que pude ver lo mucho que estaba intentando dejar de hacerlo. Antes de que pudiera decir nada, mi propio teléfono sonó en mi bolso y lo saque de entre los pintalabios y pinzas para el pelo, comprobando la pantalla y encontrando un mensaje de Cooper: No comas pastel sin mí. Llego enseguida.

Sonreí a Jennifer.

—Eh, acabo de mirar el mío, lo justo es que mires el tuyo ahora.

Jennifer lanzó un gran suspiro de alivio y sacó su teléfono de su bolso mientras Hannah reía. Hice un guiño a Hannah antes de decir un rápido adiós, tomando a Banana en mis brazos y girando para alcanzar el camino de grava hacia la carretera nacional en la parte inferior de la colina.

Llevar zapatillas de deporte podría haber sido una idea sensata. Pero sensata no era una palabra que se encontrara muy a menudo en mi vocabulario personal. Además, no se puede usar zapatillas de deporte con un precioso y nuevo vestido negro con un lazo alrededor de la cintura, ni

aunque estuviera adornado con el más fino pelo de perro del estado de California. En su lugar, me puse un par de tacones y supusieron casi mi muerte mientras corría para sorprender a Cooper.

Me encontraba apoyada en la señal de la granja de Reagan recobrando el aliento cuando Cooper se detuvo. Ajusté rápidamente la sábana que había echado sobre la señal y sonreí cuando se detuvo. Él bajó la ventanilla del lado del pasajero y se inclinó.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, quitándose las gafas de sol—. ¿Por qué no estás en la granja? ¿Estás bien?

—¿Puedes salir de tu coche y venir aquí, por favor? —pregunté.

Miró a su alrededor.

—Aquí no se puede aparcar.

Recoloqué a Banana en mi brazo y le hice a Cooper un gesto con la mano quitándole importancia.

—Estás en un camino rural. No va a venir nadie. Sólo aparca y ven aquí.

Miró a su alrededor.

—Abigail, es ilegal e inseguro para mí a aparcar aquí. Las normas son las normas.

Puse los ojos en blanco. No puedes sacar a un policía tan fácilmente de su uniforme. Entonces me di cuenta de que tenía que estar bromeando conmigo.

Apreté las manos juntas en posición de oración.

—¿Podrías romper esa regla muy poco importante durante sólo dos minutos?

Cooper rió, comprobando el camino rural una vez más y apagando seguidamente el motor. Tenía tan buen aspecto cuando salió de su coche: el pelo un poco menos perfecto, camisa por fuera del pantalón, el dobladillo del pantalón desgarrado por donde Banana rascó durante la noche de películas de la semana pasada.

—Está bien, está bien —dijo, poniendo sus manos en los bolsillos—. Estoy aquí. ¿Qué es tan importante?

Sonreí y señalé la señal.

—Necesito tu ayuda con esto.

Él inclinó la cabeza.

—¿Hay una nueva señal para la granja?

—Sí. ¿Puedes ayudarme a tirar de esta sábana? —Vi como arrugaba la frente por la confusión—. Es que llevo a Banana en brazos.

Fue la primera excusa poco convincente que me vino a la cabeza en cuanto a por qué no podía simplemente tirar de la sábana por mí misma. Debido a que era el mejor hombre que había pisado el planeta, Cooper dio un paso adelante y retiró la sábana de la señal.

—Ya está —dijo, doblando la sábana una y otra vez formando un perfecto cuadrado—. Ahora podemos irnos...

Observé la cara de Cooper todo el tiempo y sonreí cuando finalmente se dio cuenta de que la nueva señal también tenía un nuevo nombre. El refugio para perros de Reagan ya no era sólo un refugio en el granero. Yo le había pedido a Reagan hacía dos semanas hacer un cambio y ella había aceptado de todo corazón. Vi como Cooper pronunció el nuevo nombre, congelado desde donde se encontraba.

Se volvió hacia mí.

—El Refugio de Reagan en el granero y la casa de Harrison.

Asentí.

—Ahora hay una sección de la casa dedicada exclusivamente a cachorritos.

—¿Añadiste el nombre de Harrison? —Se preguntó, aparentemente casi sin poder dejar salir las palabras.

—Pensé que la donación se realizó en su honor así que... ¡Aaah!—Grité de sorpresa cuando Cooper me tomó en sus brazos y me levantó del suelo, con Banana entre nosotros.

—No tienes ni idea de lo mucho que esto significa para mí —susurró, apretándome con más fuerza. Cuando él se retiró me di cuenta de la insinuación de lágrimas en sus ojos.

Pegué la mano a su mejilla y sonreí. Entonces, ya que no tenía ganas de llorar antes de la fiesta, le di un codazo señalando a su coche.

—Oye, ¿quién dijo que podías aparcar ilegalmente aquí, Oficial Hill?

Se rió y negó con la cabeza.

—No hagas que informe a la policía —añadí, guiñándole un ojo.

Me abrió la puerta y me detuvo antes de que subiera al coche para darme un beso rápido.

—Gracias —dijo.

—No —dije, sacudiendo la cabeza—. Gracias a ti.

La inauguración de la casa de Harrison fue un éxito masivo. Con la ayuda de Cooper habíamos sido capaces de convertirlo en algo más que un refugio para perros. Ahora que no había que pagar alquiler cada mes, Reagan tenía fondos para asociarse con Construyendo Amistades para ofrecer puestos de trabajo a tiempo parcial a las personas sin hogar que quisieran ir a trabajar con los animales de la granja de Reagan.

Las donaciones fueron lloviendo durante la mañana y fueron adoptados más perros en esas pocas horas de los que habían sido adoptados en los últimos meses, incluyendo una mezcla especial de caniche entonces llamado Atticus, que fue adoptado por Courtney Carmichael. A medida que la multitud comenzó a disminuir, busqué a Cooper que había desaparecido y lo encontré con Reagan firmando el papeleo que parecía muy similar a los papeles que firmé para adoptar a Banana.

¿Podía ser más perfecto? Suspiré de felicidad.

—Abigail —dijo Cooper cuando me vio corriendo hacia él—. Quiero presentarte a alguien.

Rodeé su brazo con mis manos y solté un chillido. Nos quedamos fuera de la celda en la que los perros jugaban mientras él señalaba.

—Te presento a Fido.

Busqué entre los perros. Parecía que estaba apuntando a aquel pequeño peludo de la esquina.

—¿Quieres decir a la mezcla de terrier? —pregunté.

—No, Abigail —dijo Cooper, riendo mientras hacía un gesto hacia la esquina opuesta—. El grande de allí. El grande se vuelve a casa conmigo.

—¿Aquel hiperactivo y enorme? ¿Estás loco? —Levanté mis manos en el aire mientras me giraba para mirarlo—. Se va a comer a Banana. Lo va a aplastar con una de sus patas gigantes y no quedará nada de Banana, quedará una tortita. Oh, tortitas de banana suenan bien. ¿Quieres que

vayamos a por unas tortitas de banana cuando acabe todo?

—Abigail.

—No, tienes razón, me estoy distraendo —dije sacudiendo la cabeza y señalando con el dedo repetidamente contra mi frente—. Céntrate, Abigail. Ese no es el tema. El tema es que no va a haber manera de que nuestros perritos se lleven bien, Cooper. De ninguna manera. ¡Un meneo de la cola de Fido y Banana se irá por los aires!

—Abigail.

—Un simple ladrido va a arruinar los pobres pequeños oídos del pobre Banana.

—Abigail.

—¿Y qué pasa si tu cachorro se sienta en Banana? —pregunté mientras mi voz se elevaba más y más—. ¿Qué pasa si tu cachorro se da la vuelta sobre Banana? Y si...

De repente él puso un brazo alrededor de mi hombro, me dio la vuelta, y luego señaló a la esquina del establo.

—Abigail, mira —susurró en mi oído con calma—. ¿Podrías estar callada durante dos segundos y mirar?

Volví a mirar hacia el establo y encontré el gran perro, el perro de Cooper, Fido, acariciando a Banana. No era nada más que un gentil gigante con mi pequeño hombre.

—¿Sabes una cosa? —Me dijo Cooper al oído—. A veces los polos opuestos se atraen.

Me di la vuelta para encontrarnos cara a cara.

—Estoy segura de que sí.

—¿Adivina qué más? —Pasó su pulgar por mi mejilla y luego se acercó más a mí, mirándome con esos preciosos ojos azules—. A veces los polos opuestos se enamoran profunda y locamente.

—Yo también te quiero —Sonreí, poniéndome de puntillas y presionando mis labios contra los suyos. Tantas emociones fluyeron a través de mí mientras nos besábamos que no supe cuál elegir, así que por fin las sentí todas a la vez, profundamente, con pasión, y con todo el corazón.

Fin

**Si te ha gustado pasar un rato
con estos personajes,
asegúrate de leer la historia de Jennifer en:**



La Doble Cita Desastre
(Cita para Rehacer, 2)

Sobre el Autor:



SUSAN HATLER es una autora superventas del *New York Times* y *USA TODAY* que escribe romance contemporáneo humorístico y emocional y novelas para adultos jóvenes. Muchos de los libros de Susan han sido traducidos al alemán, español, francés, y italiano. Optimista por naturaleza, cree que la vida es increíble, la gente es fascinante, y la imaginación es interminable. Le encanta pasar tiempo con sus personajes y espera que a ti también te guste.

Puedes contactar con Susan aquí:

Facebook: [facebook.com/authorsusanhatler](https://www.facebook.com/authorsusanhatler)

Instagram: [instagram.com/susanhatler](https://www.instagram.com/susanhatler)

Twitter: twitter.com/susanhatler

Sitio web: [susanhatler.com/espanol](https://www.susanhatler.com/espanol)

Blog: [susanhatler.com/category/susans-blog](https://www.susanhatler.com/category/susans-blog)

Libros de Susan Hatler

La Serie: Cita para Rehacer

La Cita Millonaria

La Doble Cita Desastre

La cita de al lado

Cita al Rescate

La Serie: Besos junto a la Bahía

Cada Pequeño Beso

El Beso Perfecto

Tan Solo un Beso

El Beso Más Dulce

Un Beso de Navidad

Todo Sobre Aquel Beso

Siempre en un Beso

La Serie: Mejor una Cita que Nunca

Amor a Primera Cita

Verdad o Cita

Mi Última Cita a Ciegas

Salva la Cita

Giros de una Cita

Licencia para Citas

Conducida a Citas

Arriba con la Cita

Déjà Cita

Cita y Corre

La Serie: Sueños Preciados

Una Cita Inesperada

Un Beso Inesperado

Un Amor Inesperado

Una Propuesta Inesperada

Una Boda Inesperada

Una Alegría Inesperada

Un Bebé Inesperado